

TITUS BURCKHARDT

SIENA

CIUDAD DE LA VIRGEN

TITUS BURCKHARDT

SIENA
CIUDAD DE LA VIRGEN

Traducción

de

Esteve Serra

MEDIEVALIA

© 2006, Edith Burckhardt

© 2006, para la presente edición

José J. de Olañeta, Editor

Apartado 296 – 07080 Palma de Mallorca (España)

Todos los derechos reservados

ISBN: 84-7651-722-6

Depósito Legal: B-10.804-2006

Impreso en Limpergraf, S.L. – Barcelona

Printed in Spain

ÍNDICE

Prefacio	3
Sena vetus civitas Virginis	6
“Il Buon Governo”	32
La Ciudad del Alma	57
Civitas Veneris	68
El Santo Monograma	80
Los tiranos	95
El asedio	99
El Palio	119
Epílogo	124
Fuentes	125

PREFACIO

Este libro es un intento de describir, con la ayuda de los testimonios contemporáneos más directos, el destino de una ciudad que ejemplifica el desarrollo espiritual del mundo cristiano occidental desde la Edad Media hasta nuestros días. Estos testimonios no sólo comprenden referencias escritas, crónicas, cartas, documentos y sermones, sino también obras de arte en la medida en que éstas reflejan el espíritu de un período dado o ponen de relieve el carácter de personas o sucesos particulares, o bien refieren la historia de una gran realización comunitaria, como la construcción de una catedral, y con ello ilustran un aspecto particular de la historia cívica. Para relacionar entre sí las informaciones proporcionadas por todos estos testimonios contemporáneos, era necesario un comentario general que inscribiera los acontecimientos locales en el gran marco de la historia europea: al menos se ha intentado indicar que estos acontecimientos locales –más allá de sus efectos momentáneos especiales- eran manifestaciones de un gran destino espiritual.

En el título hemos llamado a Siena “Ciudad de la Virgen”, que es el nombre que dieron a su ciudad los habitantes de Siena en el momento de su mayor florecimiento; de hecho, la adhesión de la ciudad a la Santísima Virgen recorre como un hilo conductor toda la historia sienesa. Es posible que a muchos lectores las continuas referencias a María casi como si fuera una Persona divina les parezcan extrañas; de ser así, les pediríamos que considerasen la verdad insondable que irradia de la persona de la Madre de Dios –dejando aparte Su realidad personal, que en modo alguno deseamos “justificar”- y recordasen que Ella representa una fuente infalible e indestructible de poder maternal que se encuentra al mismo tiempo en las profundidades del alma humana y en la totalidad del propio universo.

*

El autor quiere agradecer el consejo y la cooperación de las siguientes personas: el profesor G. Cecchini, antiguo director del Archivo del Estado de Siena; el profesor G. Garosi, director de la Biblioteca Municipal de Siena; el señor Dario Neri; el profesor R. Bianchi-Bandinelli y el profesor Enzo Carli, director de la Pinacoteca de Siena.

El autor quiere reconocer también la valiosa información que ha obtenido de las siguientes obras: Langton Douglas, *Storia politica e sociale Della Repubblica di Siena*, Siena, 1926; Wolfgang Braunfels, *Mittelalterliche Stadtbaukunst in der Toskana*, Berlín, 1953; Vittorio Lusini, *Il Duomo di Siena*, Siena, 1911; L. Zdekauer, *Il Costituto del Comune di Sienna dell'anno 1262*, Milán, 1897; Enzo Carli, *La Peinture Siennoise*, París, 1955.

Las obras de las que se han traducido documentos especiales se mencionan al final del libro. Las partes omitidas se indican con puntos suspensivos (...)



Siena: Vista del Campo desde el campanario de la Catedral



Siena a vista de pájaro. Grabado según una pintura de Rutilio Manetti, principios del siglo dieciocho. Impreso por Pierre Mortier, Amsterdam. Abajo, la Porta Camollia

SENA VETUS CIVITAS VIRGINIS

El rápido desarrollo de nuestras ciudades modernas, debido a las técnicas industriales, nos ha hecho casi olvidar lo que significa verdaderamente una *civitas*, una ciudad, que deriva su medida no de la época maquinista, sino del hombre, y su orden de la perspectiva espiritual de una comunidad humana. Estas cualidades de orden se han conservado a lo largo de los años en la ciudad de Siena. Cuando uno se sitúa en el Campo, aquel espacioso centro de la Ciudad en forma de concha y rodeado de altos edificios góticos, se da cuenta de que aquí los hombres eran todavía hombres. No existía una masa anónima, pues la palabra de cada hombre libre tenía su peso en los asuntos comunitarios, y sin embargo todos obedecían a una escala de valores universal.

No es el orden racional de muchas ciudades barrocas lo que encontramos en Siena; su pequeño universo es multiforme, pues representa el propio cuerpo, alma y espíritu del hombre. La ciudad está construida a lo largo de las curvas de tres colinas que se extienden como las nervaduras de una hoja. Desde cada altura se pueden contemplar las otras partes de la población, separadas por valles pero conservando siempre la unidad de la ciudad, con sus torres y casas rojizas. En la colina más alta —el Castelvecchio— se levanta la Catedral. En el punto en que se dividen las tres partes de la ciudad, el Campo, la antigua plaza del mercado, desciende hasta el Palazzo Publico, el Ayuntamiento, desde el que la esbelta torre en forma de minarete que los sieneses llaman “il Mangia” se eleva hasta la altura de la catedral. Entre las colinas en que se asienta la ciudad, tanto en las hondonadas como en las laderas, hay innumerables jardines protegidos y rodeados por los brazos de las murallas que abrazan a toda la ciudad.

Visibles desde una gran distancia, la Catedral y la torre del Ayuntamiento aparecen como símbolos de los dos poderes, el religioso y el temporal. Suspendida en la altura, la Catedral mira hacia abajo en un tranquilo aislamiento, revestida de bandas alternantes de mármol claro y oscuro que le dan una severidad y un frescor casi equivalentes a la transparencia, en contraste con el rojizo terroso de los edificios del entorno. Y frente a la Catedral, desde el valle del Ocampo, se alza atrevida la torre del Ayuntamiento, estandarte de fuerza y seguridad en sí misma, por encima de todos los tejados.

La belleza de Siena no es meramente el resultado de un crecimiento inconsciente y “natural”. Siena fue construida conscientemente por sus habitantes, como una obra de arte, con un agudo sentido de la unidad pero también con un profundo respeto por los derechos heredados de las castas, las profesiones y los clanes, que es la marca especial de la Edad Media. Se ha dicho con razón que, mientras que en Francia y Alemania el período gótico tuvo en la catedral su obra maestra, en Italia, el máximo logro comunitario de la Edad Media fue la construcción de la ciudad gótica.

La arquitectura gótica se ha conservado más perfectamente en Siena que en cualquier otra ciudad de Italia. Ninguna otra ciudad posee una plaza central como el Campo, con sus inimitables proporciones, una plaza que el pueblo de Siena construyó como escenario perfecto en el que representar su orgullosa historia. Ninguna otra ciudad ha conservado en igual medida la armonía y la severa pureza de la arquitectura de aquellos tiempos. El que haya sobrevivido intacta durante tanto tiempo se debe al hecho de que, tras el esplendor de los siglos doce, trece y catorce, la ciudad sufrió una decadencia durante el Renacimiento y, posteriormente, un largo período de oscuridad. El Renacimiento añadió poco al aspecto general de la ciudad, por lo que a principios del siglo XIX ésta se encontraba casi exactamente tal como los arquitectos góticos la habían diseñado.

El destino de Siena sigue una pauta casi simbólica: en primer lugar, el ascenso triunfante gracias a la fe religiosa, pronto seguido por un abuso de poder causante de discordias internas y, finalmente, la caída y la humillación, a pesar de los repetidos avisos recibidos a través de santos y de señales del Cielo. Hubo un momento, en el siglo trece, en que Siena alcanzó las proporciones y la importancia del París o el Londres de aquellos tiempos; pero, aunque el orgullo de sus habitantes permaneció incólume, el siglo dieciséis encontró a Siena desposeída de poder.

En la Edad Media el desarrollo de la Toscana dependía de la elección de Florencia, Siena o Pisa como principal centro comercial. Cada una de estas tres ciudades luchó por obtener el honor de estar en las rutas comerciales que, atravesando la Toscana, unían más directamente Francia y Roma. Primero la victoria fue de Siena, que más tarde cedió la primacía a Florencia. Y así empezó el ascenso de esta ciudad, que culminó en su gloriosa época renacentista. Las diferentes características de estas tres ciudades, que se reafirmaron intensamente durante su lucha por la supremacía, son claramente visibles todavía hoy: Florencia se levanta a ambos lados del río y muestra su origen romano en la cuadrícula del centro urbano, con partes de la ciudad de ruda permanencia medieval y otras que alcanzaron el dominio y la magnificencia con el Renacimiento, que llenó la fértil tierra de villas espléndidas. Pisa, por otra parte, fue antiguamente el puerto más importante de la Toscana hasta que el mar la abandonó. Su majestuosa Catedral y su Baptisterio se levantan como un nuevo templo de Jerusalén, extrañamente aislado, en lo que antiguamente era el terreno del puerto, recordando días pasados en que los barcos de Constantinopla, Siria, Sicilia y España anclaban en él y traían pinturas bizantinas de ricos colores destinadas a Siena o Florencia. Siena, sin embargo, no se parece en nada a ninguna de las otras dos ciudades: lejos de mar y sin el hilo unificador de un río, construida sobre colinas soleadas en medio de una campiña que, a pesar de su riqueza en trigo y viñas, no se podía comparar con el fértil valle del Arno, su prosperidad dependía enteramente del control que pudiera ejercer sobre las rutas comerciales que pasaban cerca de sus puertas.

A juzgar por su trazado general, Siena es probablemente de origen etrusco, o incluso, como afirma Juan de Salisbury, gálico. La ciudad existía ciertamente en época romana, y durante toda la Edad Media sus habitantes se consideraron romanos. Se cree que en la colina del Castelvecchio, el emplazamiento actual de la Catedral, se levantaba un templo dedicado a Minerva. Esto daría un doble significado a la denominación de Siena como *vetus civitas Virginis*, pues Minerva era la diosa virgen de la Sabiduría.

La Catedral indica que Siena es la sede de un obispo. Hasta finales del siglo doce el obispo era también la suprema autoridad secular. Gobernaba con la ayuda de cónsules escogidos en su mayor parte por elección directa del pueblo. Esto condujo a una disminución gradual del poder del obispo en los asuntos seculares y el gobierno acabó pasando a manos de la municipalidad. En el período que aquí nos interesa, los años en que Siena empezó a tomar la forma con que aún hoy la conocemos, la ciudad estaba gobernada por un consejo consistente en parte en nobles y en parte en representantes electos del pueblo o, más exactamente, de miembros de las familias patricias.

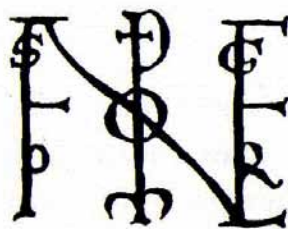
Al inicio de los acontecimientos que llevaron a la ciudad a ser una municipalidad independiente, Siena se vio envuelta, como sucedió con muchas otras ciudades de Italia, en la lucha entre el Papa y el Emperador. El papa Alejandro III, que luchó contra el emperador Federico Barbarroja, que dirigía las ciudades de Lombardía, y lo derrotó, era nativo de Siena, de la familia Bandinelli-Paparoni. Una tradición conservada en la liturgia local afirma que consagró la Catedral en el año 1174. Sin embargo, lo cierto es que antes de esta fecha la Catedral se utilizaba para el culto divino, por lo que es posible que la consagración se refiera tan sólo a un altar lateral. El mismo papa Alejandro III había proclamado, por medio de una bula papal, la abolición de la servidumbre.

Pero mayor benefactor de Siena fue sin duda su adversario Federico Barbarroja, que el año 1186 concedió a los ciudadanos de Siena el derecho de elegir a sus propios cónsules, acuñar moneda y administrar justicia en la ciudad y el campo. A partir de aquel momento Siena se adhirió al Emperador y perteneció al partido imperial gibelino, a diferencia de Florencia, donde en general el partido papal de los güelfos permaneció en el poder.



Retablo de altar en estilo de icono bizantino que muestra al apóstol Pedro predicando en la iglesia, junto con seis escenas de la vida de la Santísima Virgen y de los Apóstoles. Probablemente de la escuela de Guido da Siena, segunda mitad del siglo trece. Pinacoteca Nazionale, Siena

La lucha por la supremacía entre güelfos y gibelinos es uno de aquellos contrastes históricos perpetuados por el hecho de que cada partido tenía razón en el mismo plano en el que el otro estaba en el error, y viceversa; los güelfos sostenían que el Papa no sólo era el jefe de la Iglesia sino también el soberano de toda la Cristiandad, que confiaba al Emperador la administración de los asuntos temporales; el Papa era como el sol, y el Emperador como la luna, que meramente reflejaba la luz del sol. En opinión de los güelfos, la unidad de la Cristiandad dependía de la supremacía del Papa en todos los aspectos, tanto religiosos como seculares. Por otra parte, los gibelinos afirmaban que tanto el Emperador, en cuanto administrador de justicia, como el Papa, en cuanto sumo sacerdote, recibían su posición directamente de Dios, pues ¿acaso no había dicho el propio Cristo “Mi Reino no es de este mundo”, con lo que excluía a sus sucesores sacerdotales de la soberanía temporal? Y con las palabras “Dad al César lo que es del César”, ¿no reconoció de una vez por todas que los emperadores romanos eran los legítimos administradores del orden y la justicia sociales? Un hombre tan grande como Dante defendió vigorosamente esta teoría.



*Monograma imperial (Federicus Imperator Romanorum)
en un documento de 1186 en el que Federico I
concede privilegios a la ciudad de Siena*

De hecho, las dos opiniones no son tan irreconciliables como parece a primera vista. Ninguno de los dos partidos negaba que el orden espiritual estuviera por encima del orden temporal, ni que en este segundo plano el Emperador fuera el administrador de justicia, pero, como sucede tan a menudo cuando la justicia teórica va de la mano con lo que parece una injusticia de hecho, los puntos en disputa se enredaron completamente. El Emperador, cuando nombraba o destituía a sacerdotes de rango principesco, podía alegar al fin y al cabo que aquellos eran príncipes y, como tales, estaban sometidos a él, el soberano temporal, pero sin embargo en tales casos invadía el territorio de la Iglesia. Por otro lado, el Papa, al participar en asuntos políticos, no aparecía tanto como el Padre de la Cristiandad sino más bien como un príncipe entre otros. Podía tratar de justificarlo como una defensa necesaria contra los ataques a su poder sacerdotal, pero al hacerlo se rebajaba al nivel de la mera rivalidad secular. Dante censuró enérgicamente que el Papa tuviera rango de príncipe, pues lo consideraba una traición al ejemplo apostólico de pobreza.

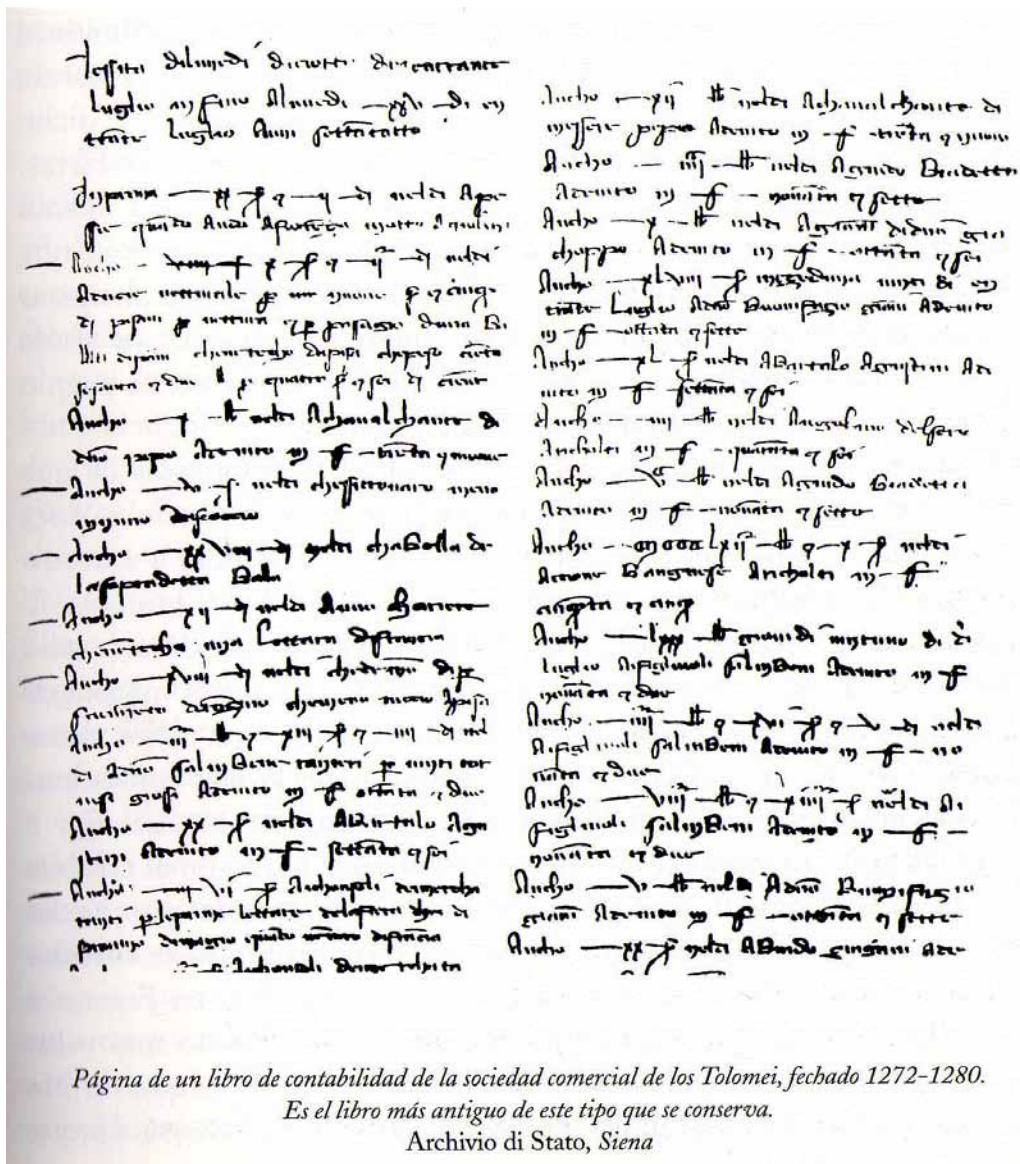
Las ciudades libres tenían ahora que elegir entre estas dos diferentes concepciones del poder religioso y temporal, y se inclinaron naturalmente hacia el bando que parecía adecuarse mejor a sus intereses y que era contrario a los intereses de sus rivales. La disensión entre las supremas autoridades religiosas y políticas no sólo contribuyó a que las ciudades llegaran a ser independientes, sino que también fue la causa de que los conflictos entre ciudades tuvieran la violencia de una guerra santa. La *Civitas Deis*, la “Ciudad de Dios”, descrita por san Agustín, ya no se podía identificar con el conjunto de la Cristiandad; al ser esto imposible, cada comunidad se esforzó por realizar este ideal por su cuenta. Cada ciudad libre se convirtió en una individualidad independiente; al estar sola, lo era todo para sí misma. Si resultaba que su rival natural estaba en el error, si rompía un contrato o no respetaba una costumbre, esto bastaba para tratarlo como a un enemigo y como un peligro para la sociedad cristiana, y se podía quemar y saquear su territorio con la conciencia tranquila.

La causa principal de la enemistad entre Florencia y Siena era la lucha incesante por el control de la gran ruta comercial que conectaba Francia con Italia por Génova, Lucca y Colle di Val d’Elsa, pasaba cerca de Siena y seguía hasta Roma por Acquapendente y Viterbo. Durante todo el siglo doce la parte de esta arteria que pasaba por la Toscana, junto con el ramal que llegaba al puerto de Pisa, estuvo bajo el control de Siena. Florencia estaba en desventaja, ya que quedaba lejos de este camino, mientras que al sur de la ciudad, alrededor del lago Trasimene, había vastas zonas pantanosas que hacían impracticable todo tipo de tráfico. Pero Florencia estaba a orillas del río Arno y a la larga obtuvo la victoria.

Siena acumuló riquezas gracias a una singular relación entre los nobles y los mercaderes. Las familias patricias que se habían establecido en Siena, ya fuera voluntariamente o porque les había obligado a ello el Consejo tras hacerles abandonar sus castillos, emplearon su innato espíritu de aventura en la creación de negocios a gran escala.

Como *milites et mercatores Senenses* –los “caballeros y mercaderes de Siena”– formaron compañías comerciales como la *Grande Tavola* –la “Gran mesa”– que traía especias de Oriente y telas de Flandes y comerciaba con Roma, París y Londres, pero que, especialmente, traficaba con dinero, cambiaba florines, *provins* y esterlinas, y lo prestaba con intereses. Los sieneses todavía son famosos por su banca y en aquellos tiempos eran tan amados por los que necesitaban dinero como odiados como acreedores. Aunque leales al Emperador, que los incorporó a los gibelinos, el Papa les había encargado durante muchas generaciones la tarea de recaudar el óbolo de San Pedro en varios países y por eso estaban protegidos por salvoconductos papales. Estaban dispuestos, si era necesario, a utilizar las armas para defender sus caravanas cargadas de mercancías valiosas. De hecho, se asemejan extrañamente a los coraichíes, aquellos nobles de la Meca preislámica cuyas caravanas viajaban hasta Siria y el océano Índico.

Florenia, aunque era más grande que Siena, estaba en continua desventaja debido al floreciente comercio de Siena, y la rivalidad comercial se veía incrementada por la enemistad existente entre güelfos y gibelinos. Así pues, las causas de conflicto aumentaban día a día, aunque mercaderes de ambas ciudades trocaban bienes, se intercambiaban artistas entre una y otra ciudad, los peregrinos de ambos bandos partían en peregrinación y los monjes estaban unidos en fraternal oración.



Página de un libro de contabilidad de la sociedad comercial de los Tolomei, fechado 1272-1280.
Es el libro más antiguo de este tipo que se conserva.
Archivio di Stato, Siena

En julio de 1260, el noble mercader sienés Vincente di Aldobrandino Vincenti escribía a su representante en la feria de Provins, en Champaña:

“*In nomine Domini, amen.* Respuesta a las cartas de Francia traídas por el primer mensajero desde la feria de Provins en mayo del año mil doscientos sesenta. Giacomo Guidi Cacciacconti, Giacomo y Giovanni y los demás compañeros te saludan. Hemos recibido las cargas de manos del mensajero de la precitada feria de Provins en mayo de dicho año. Hemos tomado nota de tus deseos expresados en estas cartas. Haremos el negocio que nos encomiendas y te pedimos, del mismo modo, que sólo prestes el dinero que tengas en metálico o el que recibas a buenos y seguros pagadores, de modo que se pueda recuperar cuando sea necesario. Rogamos a Dios Nuestro Señor que nos ayude en estas transacciones y que te dé la gracia de actuar en tu propio honor y por la prosperidad de la Compañía. *Amen.*”

“... Reiteramos lo que ya te escribimos: no te sorprendas de que vendamos *provins* y de que propongamos seguir haciéndolo, pues debes saber, Giacomo, que nuestros gastos son grandes y nuestro negocio ha crecido desde que estamos en guerra con Florencia. Y también debes saber que necesitamos mucho dinero para llevar a cabo esta guerra. En nuestra opinión, por lo tanto, no hay mejor manera de ganar dinero que vendiendo *provins*. Si objetaras que sería mejor tomar prestado dinero aquí, ten por seguro que esto no es lo más conveniente, porque los comerciantes ya nos deben la suma de 10 *denarii* y 6 libras, y otros que nos son mercaderes 10 *denarii* y 12, según el cambio. Y aquí todo el mundo está en la misma situación, por lo que puedes ver que no hay dinero para prestar. Por consiguiente, no te ofendas porque vendamos *provins*, pues preferimos deber dinero en Francia a tener deudas aquí, o vender esterlinas, que tienen mucho más valor para nosotros, pues obtenemos *provins* al mismo cambio que tú. No sería sensato vender esterlinas o tomar dinero prestado aquí, porque obtendremos más beneficios en Inglaterra que en Francia. Si tomáramos un préstamo aquí el coste sería más alto que cualquier beneficio que pudiéramos obtener en Francia. Por consiguiente, considera favorablemente nuestra transacción y no la critiques ...”

“... y sabe que la guerra afectará mucho a nuestro bolsillo. Pero hostilizaremos de tal modo a Florencia que nunca volverá a crearnos problemas, si Dios Nuestro Señor guarda al Rey Manfredo y le preserva de todo mal, *Amen* ...”

Manfredo, hijo natural de Federico II, había sido coronado rey de Sicilia. Era un caballero apuesto y valiente y un poeta de talento. Los gibelinos veían en él a su futuro emperador. Aunque el Papa lo había excomulgado, los sieneses establecieron una alianza con él y le juraron fidelidad con una condición, a saber, que nunca les exigiría atentar de ningún modo contra los derechos o la propiedad de la Santa Iglesia. Sin embargo, esta alianza estaba en contradicción con el tratado de paz de 1255 con Florencia que Siena había firmado poco antes con los güelfos. Este tratado de paz especificaba que ninguna de las dos ciudades acogería a los exiliados de la otra. En 1258 los jefes del partido gibelino de Florencia fueron expulsados de su ciudad. Siena les dio asilo y Florencia aprovechó la oportunidad para declarar la guerra. Siena pidió ayuda al rey Manfredo, que envió a su capitán, el conde Jordan, con un escuadrón de caballeros alemanes a la ciudad confederada. En la carta antes citada se dice también:

“... Has de saber que en Siena se han reunido ochocientos caballeros para llevar la muerte y la destrucción a Florencia. Pero los florentinos tienen tanto miedo de nuestros caballeros que siempre evitan la colisión de nuestra caballería y nunca le ofrecen resistencia en ninguna parte, de modo que cuando destruimos Colle se retiraron con sus tropas y caballeros más allá de Barberino ...”

“Después de haber escrito esta carta nos ha llegado la noticia de que Montepulciano ha caído y ha jurado fidelidad al Rey Manfredo nuestro señor y a la ciudad de Siena. Entrarán en campaña como aliados nuestros, nuestros amigos son sus amigos, y nuestros enemigos sus enemigos. Tras este triunfo el conde Jordan, con todo el ejército que mandaba en Montepulciano, se ha dirigido a Arezzo, donde confiamos que se mantendrá firme. Esta es, pues, la situación actual, que, si Dios quiere, no sólo seguirá igual, sino que mejorará.

“Expedido el lunes, cinco de julio.

“A Giacomo Guidi Cacciacconti, a los demás *non detur*”.



Dos páginas del Memorandum (Memoriale) que recoge todos los agravios sufridos por la ciudad de Siena en el año 1224. A la derecha, un esbozo simplificado de la catedral y las torres de la ciudad. Archivio di Stato, Siena

La batalla de Montaperto, que puso fin a la guerra entre Siena y Florencia, se describe en una crónica anónima de la que se conservan varias copias realizadas durante el siglo quince. El original, escrito evidentemente poco después de los acontecimientos que se refieren, debió de aparecer ya en el siglo trece. En este texto todo lleva la impronta de un relato de primera mano y coincide con lo que describen documentos y cartas contemporáneos de aquella famosa batalla. Damos a continuación unos fragmentos procedentes de un manuscrito conservado en la Biblioteca Municipal de Siena:

“... Los embajadores florentinos dejaron sus tropas cerca de Pieve Asciata y llegaron a Siena aquel mismo día. La ciudad de Siena estaba gobernada en aquel tiempo por una magistratura de veinticuatro ciudadanos, que se encontraban reunidos en la iglesia de San Cristoforo en la Piazza Tolomei, su lugar de reunión habitual. El Consejo sienés requirió a los embajadores florentino, en cuanto llegaron, que comunicaran su mensaje aquél mismo día, a saber, el 2 de septiembre de 1260. en consecuencia, con gran audacia y sin mostrar señales de respeto, los enviados de Florencia aparecieron ante el Consejo y expusieron sus exigencias. Sin saludar ni más preámbulos, dijeron: ‘En nombre de la grande y poderosa ciudad de Florencia, exigimos que esta ciudad se desprenda inmediatamente de sus murallas en toda Siena, dejándonos completa libertad de paso. En cada tercio de la ciudad se nombrará un gobernador de nuestra elección. Además de esto, levantaremos una gran fortaleza en Camporegi con tropas y equipo a disposición de nuestra poderosa ciudad. Todo esto se llevará a cabo inmediatamente. ¡Dad vuestra respuesta y acceded a nuestras peticiones sin demora! Si las rechazáis, el ejército de la gran Ciudad de Florencia sitiará vuestra ciudad y no podréis esperar misericordia alguna. Esperamos vuestra decisión’.

“Tras escuchar las injustas exigencias de los enviados florentinos, los sieneses, a través de uno de los veinticuatro consejeros, dieron la siguiente respuesta: ‘Caballeros, hemos tomado nota del mensaje que nos habéis comunicado en nombre de la ciudad de Florencia. Esta es nuestra respuesta:

consideraremos vuestras peticiones y enviaremos una contestación verbal a los jefes militares y diputados del ejército florentino'. Tras lo cual los embajadores abandonaron Siena aquel mismo día y se reunieron con sus unidades, que entretanto se habían retirado de Pieve Asciata y habían acampado en la llanura próxima a Cortina, entre los dos pequeños ríos Malena y Biena, donde esperaron el regreso de sus mensajeros.

“Aquel mismo día el consejero jefe de Siena convocó una reunión de la Magistratura en la iglesia de San Cristoforo. Si hicieron públicas las peticiones de los florentinos y a continuación se discutieron. El primero que dio su opinión fue el señor Bandinello de' Bandinelli, un noble de Siena, que dijo lo siguiente: ‘¡Ciudadanos y consejeros de Siena! Con el fin de evitar un desastre mayor, parece aconsejable satisfacer en parte las exigencias de los florentinos. Sugieron que en una parte de la ciudad se haga una brecha en la muralla, de lo contrario sufriremos una carnicería terrible’. El señor Buonaguida Boccacci expresó su acuerdo con esta sugerencia, junto con algunos miembros del Consejo, pero el siguiente orador, el señor Provenzano Salvani, se levantó y dijo: ‘Honorables consejeros, como todos sabéis, el Rey Manfredo de Apulia es nuestro señor, y su lugarteniente, el conde Jordan, vive en nuestra ciudad. ¿No sería prudente y correcto someterle estas cuestiones personalmente? Sabéis también que él y sus tropas están a nuestra disposición. Mi opinión es que debemos mandar por él enseguida y someterle el mensaje de los embajadores florentinos’. Este consejo agradó a la mayoría de los presentes y se mandó un mensajero para solicitar la presencia del conde Jordan. Éste apareció poco después, llevando consigo a su senescal y a una escolta de dieciséis oficiales de alto rango. Les acompañaba un intérprete, pues no entendían el italiano. Al entrar en la Sala del Consejo se descubrieron la cabeza en señal de respeto y su intérprete inició el procedimiento preguntando: ‘¿Cuáles son las órdenes de sus excelentes?’. El portavoz de la Magistratura contestó lo siguiente: ‘conde Jordan, y vosotros, honrados y bravos caballeros, escuchad lo que nos han pedido los florentinos ...’, y a continuación explicaron, en ordenada secuencia, todo lo que había ocurrido anteriormente, mientras el intérprete lo traducía al alemán para el conde y sus caballeros. En cuanto terminó la narración de los hechos, los alemanes se retiraron a un lado para discutir el asunto en su propia lengua, sin ocultar su satisfacción ante la perspectiva de que se produjeran nuevas hostilidades, pues odiaban a los florentinos ... El Consejo de Siena, al observar el entusiasmo de los soldados alemanes ante la perspectiva de entrar en guerra con Florencia, acordó doblarles la paga del mes para estimularles a defender Siena con más brío. Al calcular la suma que se necesitaba se vio que ascendía a ciento dieciocho mil florines de oro. Esto sucedía el jueves 2 de septiembre, y antes de que el Consejo se disolviera se acordó pedir a los ciudadanos que contribuyeran a reunir los fondos necesarios, pues, naturalmente, no se disponía de tanto oro de forma inmediata.

“A pesar de todos los esfuerzos del magistrado y sus consejeros, no se pudo reunir la suma de dinero necesaria, pero un anciano noble, sabio y rico, Salimbene de' Salimbeni, se levantó y dijo: ‘Consejeros de la Ciudad, honorables y sabios hombres de nuestra ciudad, aunque pueda parecer presuntuoso por mi parte hablar ante tal asamblea, me atrevo a hacerlo a causa de la gran necesidad en que nos encontramos. Con mucho gusto dejaré a nuestra ciudad la suma de ciento dieciocho mil florines de oro para que se puedan tomar las precauciones necesarias y Dios pueda concedernos la victoria sobre nuestros enemigos’. La oferta se aceptó con gran entusiasmo, tras lo cual Salimbene abandonó el edificio para ir a buscar el dinero a su palacio. Para dar más magnificencia a la ocasión cargó el oro en un carro cubierto con un brocado escarlata y decorado con ramas de olivo. Condujo su carga de oro hasta la plaza situada frente a San Cristoforo con gran alegría y en procesión triunfal, pues casi la totalidad de la población de Siena había acudido corriendo. Al recibir el oro, los funcionarios de la ciudad lo entregaron, tal como se había acordado, al conde Jordan, sus senescales y sus caballeros, que regresaron a su residencia y convocaron a sus oficiales y tropas. En total eran ochocientos alemanes, todos ellos soldados experimentados y bien armados. El conde Jordan les dirigió las siguientes palabras: ‘Hoy hemos recibido toda nuestra paga del mes por adelantado, y además el doble de esta cantidad, para que demostremos nuestra valía. Así, pues, que cada hombre tome su doble paga’. Cada uno de los guerreros alemanes cogió su dinero y, dando

saltos de pura alegría se pusieron a bailar por la estrecha habitación cantando canciones de su país natal. Después se dispersaron para comprar todo el cuero grueso que hubiera en la ciudad para proteger los cuerpos de sus caballos. Los que hasta entonces se habían limitado a cambiar florines por táleros se convirtieron ahora en proveedores de mantas y protecciones de cuero para los caballos, mientras orfebres, pintores, sastres, carpinteros y toda clase de artesanos rivalizaban entre sí para satisfacer las necesidades de los soldados alemanes; verdaderamente, para poder lograr la esperada victoria sobre los florentinos no se les negó nada. Pero a los alemanes el tiempo que transcurrió antes de entablar batalla con los florentinos les pareció una eternidad.

“La noticia de las injustas y arrogantes exigencias de los florentinos se difundió rápidamente mientras la magistratura intentaba reunir los fondos necesarios, y pronto toda la ciudad bulló de excitación. En la Piazza Tolomei se reunió una gran multitud de personas que trataban de obtener información: cómo había prestado el dinero Salimbene, qué preparativos se estaban llevando a cabo para la guerra con Florencia, etc., hasta que la multitud de la plaza y las calles adyacentes fue tan densa que uno apenas podía moverse. El Consejo, viendo el tumulto, comprendió que había que elegir un jefe con poderes supremos en toda la ciudad y sus alrededores. La elección recayó de forma unánime en Buonaguida Lucari, un laico sienés de origen noble y de reputación religiosa irreprochable. Esta decisión demostró ser una verdadera inspiración ...

“Al son de muchas campanas, el obispo de Siena, padre espiritual de la ciudad, convocó una reunión de sacerdotes, canónigos y monjes en la Catedral, donde les dirigió un breve sermón. Empezó con las palabras *tu tantum et in infernum regnum*, exhortando a todos que rogaran a la Santísima Madre María, siempre Virgen, y a todos los santos del Cielo; les pidió a todos encarecidamente que suplicaran a Dios que protegiera a la ciudad, a sus habitantes y a todas las tierras circundantes de la destrucción y la subyugación, tal como el Señor había hecho liberando a su pueblo del yugo del Faraón y salvando a Nínive por la predicación del profeta Jonás y la oración y el ayuno ... El obispo, descendiendo del púlpito, pidió entonces a los presentes que se quitaran los zapatos y fueran descalzos en procesión por el interior de la catedral cantando salmos y plegarias.

“Mientras el obispo y sus sacerdotes realizaban la procesión dentro de la catedral, Buonaguida Lucari, que había sido elegido alcalde con plenos poderes, apareció en el escalón más alto ante la puerta de San Cristóforo y gritó con fuerte voz a la multitud reunida: ‘Ciudadanos de Siena, es sabido por todos que la suerte de nuestra ciudad está encomendada a nuestro señor el rey Manfredo. Pero, en un momento como este, me parece que lo que debemos hacer es ponernos todos nosotros, nuestras posesiones y toda la ciudad de Siena a los pies de la Reina y Emperatriz de la Vida Eterna, la gloriosa y siempre virgen Madre de Dios. Y para ofrecer mejor nuestro don os pido a todos, por el amor que tenéis a Nuestra Señora, que me acompañéis en lo que voy a hacer’. Apenas terminó de hablar, se despojó de su ropa exterior, se ató el cinturón al cuello y se quitó los zapatos y el gorro. Descalzo y con la cabeza descubierta, recibió entonces las llaves de la ciudad y, poniéndose a la cabeza de la multitud, la condujo hasta la catedral, llorando todo el rato, seguido por toda la gente reunida en la Piazza, que en su mayoría iba descalza y con la cabeza descubierta. Los que encontraban de camino hacia la catedral se unían a la procesión tras quitarse capaz, gorros y zapatos. Era un espectáculo emocionante ver a la gente llorando mientras gritaba: ‘¡Santa Virgen, ayúdanos en nuestra gran necesidad y libéranos de esos leones y dragones que amenazan con devorarnos! ¡Santa Madre, Reina del Cielo, Refugio de pecadores, nosotros, miserables pecadores, pedimos tu perdón y tu piedad! Y así llegaron a la catedral, donde encontraron al obispo y sus sacerdotes celebrando una procesión que acababa de llegar al altar mayor. Allí se arrodillaron ante la figura de la Madre de Dios, cantando *Te Deum laudamus*. Cuando terminó el salmo, Buonaguida y todos los ciudadanos de Siena empujaron la puerta de la catedral gritando con grandes voces: ‘¡Ten piedad de nosotros, Santa Madre, Reina del Cielo! Al oírlo, el obispo y sus sacerdotes se volvieron para recibir a Buonaguida, y todos juntos se arrodillaron. Buonaguida se postró en el

suelo. Pero el obispo, inclinándose hacia él, hizo que se levantara y le dio en los labios el beso de la paz, tras lo cual cada uno de los presente saludó de la misma manera a su vecino. Todo esto tuvo lugar al pie del coro de la catedral.

“Luego, llevando a Buonaguida de la mano, el obispo avanzó hasta el altar ante la siempre Virgen Madre de Dios y allí se arrodillaron con lágrimas y súplicas. De nuevo Buonaguida se postró en el suelo y le imitó todo el pueblo, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, con lágrimas y sollozos, y permanecieron así durante quince minutos. Después Buonaguida se levantó ante el altar de la Virgen María y los que le rodeaban también lo hicieron para escucharle. Buonaguida se dirigió a la Santísima Virgen con palabras sabiamente escogidas: ‘Santa Virgen, gloriosa Reina del Cielo, Madre de los pecadores, los huérfanos y los viudos, Protectora de los pobres y los abandonados, yo, el más miserable de los pecadores, ofrezco a Tus manos protectoras esta ciudad de Siena y todas sus tierras, en prenda de lo cual deposito estas llaves de las puertas de nuestra ciudad sobre el altar’. Después de depositar con gran reverencia las llaves sobre el altar, pidió a un notario, que estaba presente, que escribiera un documento que diera fe del solemne pacto y de la entrega de las llaves.

“Con gran fervor, Buonaguida prosiguió: ‘Oh Madre, Reina del Cielo, Te suplico que aceptes este don aunque parezca pequeño comparado con Tus riquezas. Nuestra Señora, Madre de Dios, Te ruego que recibas este don con el mismo amor con el que yo, aunque miserable pecador, lo dejo ante Ti. Te ruego, además, que extiendas Tu graciosa protección a los habitantes de esta ciudad y a sus tierras para que queden a salvo de las manos de los injustos y malvados perros florentinos y de todos los que se atrevan a ocupar, oprimir y devastar esta ciudad’. Entonces el obispo subió al púlpito y predicó un sermón conmovedor en el que exhortó a todos y a cada uno a vivir en paz con su vecino, y les pidió que en aquel mismo momento se abrazaran unos a otros, perdonasen todas las ofensas y zanjaran todas las disputas, y que se confesaran y recibieran la sagrada comunión. Y para mostrar la adhesión de la ciudad, sus habitantes y sus tierras a Dios Todopoderoso, el obispo les encargó a todos a que le siguieran, a él y a sus sacerdotes, en solemne procesión.

“La procesión que se formó entonces iba precedida por un crucifijo de especial santidad, uno labrado en madera que ahora cuelga en la catedral al lado del campanario y en el que la Figura está labrada con particular belleza de detalle. Primero salieron todos los monjes, caminante ante un gran estandarte de terciopelo rojo, tras el cual seguía una estatua de Nuestra Señora bajo palio, a cuyo lado iba el obispo descalzo junto con Buonaguida, también descalzo, sin capa y con el cinturón atado al cuello. Detrás de ellos iban los canónigos de la catedral, todos descalzos y con la cabeza descubierta, cantando salmos e himnos, seguidos por los ciudadanos ordenados según su categoría, desnudos y con la cabeza descubierta. Al final de la procesión iba el resto de la población, y las mujeres, tanto viejas como jóvenes, sin zapatos y muchas con el pelo suelto, murmuraban el *Paternóster*, el *Ave María* y otras oraciones, que alternaban con súplicas de misericordia al Altísimo y a la Virgen María. Así fue avanzando la lenta procesión, pero no una gran distancia, pues quedaban muchas cosas que hacer. En la Piazza San Cristoforo dieron la vuelta y volvieron a entrar en la catedral.

“Allí todos se confesaron e hicieron las paces unos con otros, y el que había recibido la mayor ofensa era el primero que iba a buscar a su enemigo para reconciliarse con él. El obispo y Buonaguida se dirigieron al altar mayor y se arrodillaron ante él dando gracias a Dios Todopoderoso y a la Bienaventurada Virgen. A continuación, el obispo bendijo a Buonaguida y, tomando las llaves del altar, se las puso en las manos, tras lo cual Buonaguida y algunos acompañantes partieron, llevando las llaves consigo, y regresaron a San Cristoforo, donde estaban reunidos todos los consejeros de la ciudad. Entregó las llaves de la ciudad a los abanderados que guardaban las puertas y volvió a ponerse la capa y los zapatos. Acto seguido, junto con los veinticuatro consejeros y otros ciudadanos, analizaron la situación con tanta sabiduría que parecían inspirados por el Señor y la Virgen María. Todo esto ocurrió el jueves, después de anochecer ...



La catedral de Siena vista desde San Domenico, al atardecer

“Al amanecer se enviaron heraldos, uno para cada barrio de la ciudad, que hicieron la siguiente proclama: ‘¡Levantaos, bravos ciudadanos, armaos, coged vuestras armas! ¡En nombre del Señor y de su gloriosa Madre, que cada uno vaya a la casa del abanderado de su distrito (*terzo*) y se encomiende a Dios y a la Virgen, que nos conducirán a la victoria sobre nuestros enemigos!’ Apenas los heraldos habían terminado de pronunciar su proclama ya todos los hombres de Siena habían tomado febrilmente sus armas, y el padre no esperaba al hijo, ni el hermano al hermano, y cada hombre rivalizaba con su vecino para estar a punto primero. Se dirigieron rápidamente con sus abanderados hacia la puerta de San Viene, que da hacia Perugia, y el primero en llegar fue el abanderado del barrio llamado de San Martino, que era el más cercano. Su nombre era Giovanni Guastelloni y llevaba consigo un número considerable de hombres bien armados. El segundo en llegar a la puerta era del distrito llamado la ‘Ciudad’ con el abanderado Giacomo del Tondo seguido de un buen número de hombres armados, cuya bandera era una cruz blanca sobre fondo escarlata.

“De Camollia, el tercer distrito de la ciudad, llegó el abanderado Bartolomeo Renaldini con las armas de Camollia en un gran estandarte de brillante seda blanca, la mayor de todas las banderas, que significaba la pureza impoluta del manto de la Virgen. Este estandarte estaba sujeto a un asta larga y gruesa y se podía izar por medio de unas cuerdas y unos rodillos sobre dos mástiles de

mucha mayor altura, y todo ello se levantaba sobre un pesado carro de cuatro ruedas, ricamente decorado y arrastrado por hombres y caballos. La propia bandera ya tenía veintiséis anas de alto y se podía levantar otras veinte de la manera descrita. Muchos ciudadanos, sacerdotes y monjes, a pie y a caballo, se mezclaban con la multitud, algunos con armas, otros desarmados y dispuestos a socorrer a los heridos, pero todos guiados por el mismo pensamiento: luchar y, si era necesario, morir por su ciudad y sus hogares en combate con los malvados perros florentinos cuyas injustas exigencias amenazaban su existencia.

“Cuando los tres abanderados con sus tropas a caballo y a pie, junto con la multitud de civiles, llegaron a la muralla de la ciudad, la puerta se abrió, pero los estandartes del carro eran tan altos que fue necesario cortar el arco de encima de la puerta para que pudieran pasar. En cabeza cabalgaba el conde Jordan con sus ochocientos caballeros alemanes. A su lado iba el conde Aldobrandino di Santa Fiore, jefe del Consejo sienés, con doscientos jinetes civiles. Tras ellos iban los tres jefes de distrito o abanderados, a la cabeza de los civiles armados, de modo que el camino desde la puerta hasta el ramal que va a Vigniano era una masa de hombres, algunos de los cuales llevaban velas, otros linternas y otros antorchas. Al llegar a Vigniano se hizo un alto para esperar la aurora, pues se consideró aconsejable acercarse al enemigo con luz de día y en filas ordenadas ...

“Aquel 3 de septiembre el sol naciente vio al ejército que avanzaba hacia el pequeño río Bozzone, siguiendo en formación cerrada tras el señor Niccolò da Bigozzi, senescal de Siena, un hombre de gran valor y sabiduría, y el senescal del conde Jordan, el conde de Arras. Estos dos hombres capaces eran responsables de las necesidades de todo el ejército. Invocando a grandes voces el nombre del Señor y de la Virgen María, los combatientes avanzaron en filas cerradas por las orillas del río Bozzone y llegaron finalmente al pie de una colina llamada el cerro de Ropole, frente al campamento del ejército florentino ...”

Siguiendo las órdenes de los capitanes sieneses, cada parte del ejército iba a aparecer en la cumbre de Ropole a la vista del campamento florentino: primero los jinetes alemanes y sieneses, que en total sumaban casi un millar, seguidos por la infantería formada por los ciudadanos del distrito de San Martino, después por los del distrito de la “Ciudad”, y finalmente por los de Camollia. Cada unidad se distinguía por el color de su uniforme: los de San Martino iban de rojo, los de la “Ciudad”, de verde, y los de Camollia, de blanco. Después de que cada destacamento se hubiera mostrado en las alturas de Ropole y hubiera descendido para dejar su lugar a otro destacamento, muchos cambiaron su uniforme por el de otro color y aparecieron ante el enemigo por segunda vez, por lo que los florentinos pensaron que el ejército de Siena era mucho mayor de lo que era realmente.

“... Al ver aquel despliegue, uno de los jefes florentinos exclamó: ‘¿Cómo es posible que esos insensatos sieneses se atrevan a enfrentarse con nosotros?’ A lo que otro contestó: ‘En mi opinión nos superan en número y están mejor equipados que nosotros’, mientras que el oficial que estaba al mando añadió: ‘Me parece que nos han aconsejado mal ...’”

El comandante florentino preguntó entonces el nombre del distrito en que se encontraban los dos ejércitos, y recordó un sueño que presagiaba su muerte en aquella misma comarca.

“... A partir de aquel momento le abandonó el valor. Dijo: ‘Estamos en una mala posición: deberíamos abandonar este lugar y acampar en otra parte, pero la hora de vísperas ha pasado y es demasiado tarde para trasladarnos esta noche. Carguemos las alforjas a fin de estar preparados para salir al amanecer, y mientras tanto pongamos centinelas por todo el campamento’.

“Los jefes sieneses habían ordenado que desde la ciudad se enviaran continuamente provisiones frescas. Se sirvieron al ejército vinos de las mejores cosechas que Siena podía ofrecer, con gallinas, palomas y otras carnes asadas, pues la carne asada da fuerza a los hombres sin que se sientan pesados.

“Cuando llegó la noche del viernes, los jefes sieneses pusieron centinelas en varios puntos y cada uno encendió una gran hoguera. En el campamento enemigo, los florentinos también pusieron centinelas, pero no pudieron descansar porque temían un ataque nocturno.

“Mientras el ejército sienés esperaba la aurora se observó una extraña visión: una sombra como la proyectada por un manto parecía extenderse sobre el campamento. Desde las torres y murallas de la ciudad mucha gente vio este extraño fenómeno y algunos dijeron: ‘El humo de las hogueras del campamento es lo que provoca esta sombra’, a lo que otros contestaron: ‘Esto es imposible, pues si fuera humo se movería: su inmovilidad demuestra que no es humo’. Y la fe en la protección del Cielo brotó de nuevo, de modo que se creyó que la sombra que cubría al ejército acampado era el manto extendido de Nuestra Señora que protegía al pueblo de Siena ...

“En el mismo momento los que estaban en el campamento miraron hacia la ciudad y, al ver una sombra con la forma de un manto que cubría las murallas de la población, cayeron de rodillas con lágrimas de gratitud, creyendo que era el manto de la Santísima Virgen que protegía su ciudad ...

“Cuando llegó la noche, los que por orden del oficial al mando habían dormido un poco, lanzaron un ataque contra el campamento florentino. Los ataques, repetidos a menudo, estaban organizados de manera que los florentinos tuvieran que estar con las armas en la mano toda la noche y sin que el fragor de la batalla disminuyera nunca, de modo que les fue imposible dormir. Confundidos y temerosos, la noche les pareció que duraba más de mil años antes de que se insinuara el alba, permitiéndoles al menos cargar las alforjas y desmontar las tiendas. Sus movimientos se observaban fácilmente desde el campamento sienés y la noticia corrió de boca en boca: ‘¿Se retiran! ¿Es que vamos a dejarles marchar?’

“Cuando los capitanes de los sieneses oyeron la noticia y vieron a los florentinos preparar su retirada, enviaron mensajeros por todo el campamento con la orden de que todos los hombres se levantaran y cogieran las armas. Cuando todos estuvieron preparados, dividieron las tropas para la batalla del modo siguiente:

“El primer destacamento consistía en doscientos jinetes alemanes y doscientos soldados de infantería, la flor y nata de los hombres de la ciudad, con el senescal del conde Jordan, el conde de Arras, como oficial al mando.

“Seiscientos jinetes alemanes y seiscientos soldados de infantería bien armados al mando del conde Jordan constituían el segundo destacamento. Con ellos iba el estandarte del rey Manfredo, que llevaba un oficial llamado señor Orlando Della Magnia, que bizqueaba un poco pero un soldado experimentado.

“El tercer destacamento estaba compuesto por seiscientos jinetes nobles de Siena, dirigidos por el conde Aldobrandino da Santa Fiore, que ostentaba el rango militar supremo de la ciudad. A estos les llamaban los Caballeros de Siena e iban seguidos por los restantes doscientos jinetes civiles, que llevaban la bandera de la ciudad, la ‘Balzana’. Seguían los tres abanderados a la cabeza de la población civil de Siena. Este último destacamento iba precedido por el gran estandarte blanco de Camollia transportado por el carro de guerra (el ‘Carroccio’), junto al cual cabalgaba el conde

Aldobrandino. Delante de él cabalgaban cien jinetes voluntarios, gallardos soldados, a las órdenes de Meister Heinrich von Steinberg, detrás de los cuales iban otros doscientos jinetes bien armados dirigidos por su sobrino Herr Walter. Todos estos se adelantaron a las tropas civiles, seguidos por los tres abanderados y el resto de los habitantes. Detrás de todo cabalgaban otros doscientos Caballeros de Siena bajo las órdenes del señor Niccolò da Bigozzi, el senescal de Siena.

“Para formarse una idea del número de personas que participaban, hay que saber que los combatientes de infantería sumaban 19.000: 8.500 de la sección de la ‘Ciudad’, 4.800 de San Martino, y 5.700 de Camollia. Añádanse a éstos los 800 caballeros alemanes, otros 200 pagados por la Magistratura y los 400 jinetes de los Caballeros de Siena. En conjunto el ejército comprendía 1.400 soldados a caballo y 19.000 a pie, en total 20.400 combatientes.

“... Al alba, antes de que los sieneses hubieran comido, el conde de Arras ordenó a sus jinetes alemanes y a su infantería que tomaran posiciones para tender una emboscada detrás de la colina, como se había dispuesto previamente. En el nombre del Señor y de San Jorge se alejaron cabalgando, con el santo nombre de San Jorge como contraseña. Ocultándose, atravesaron el valle del río Bientina hacia Monte Selvoli y permanecieron escondidos esperando el ruido del ataque general de los sieneses para lanzarse a campo abierto y atacar el flanco florentino. Se había dado la orden de que no se tocara ninguna trompeta ni tambor hasta el momento del ataque, en el que todos los hombres debían gritar tanto como pudieran ...

“... De esta manera se dirigieron a caballo a la batalla, dejando sus alforjas y provisiones en las alturas de Ropole. Al llegar a terreno llano Meister Herinrich von Steinberg se adelantó y, saludando al oficial que estaba al mando y a las tropas, dijo lo siguiente: ‘A los miembros de la casa de Steinberg les ha sido concedido por el Sacro Imperio el privilegio de ser los primeros de atacar en toda batalla en que participen. El honor de mi casa exige esto de mí y os pido que me concedáis el permiso de precederos’. Su petición le fue concedida. Sin embargo, Herr Walter, viendo que a su tío Heinrich von Steinberg le había sido concedido el honor de estar en primera fila, se adelantó, desmontó rápidamente y se arrodilló delante de su tío, diciendo: ‘Yo, tu sobrino, hijo de tu hermana, no me levantaré hasta que prometas concederme mi petición. Te imploro un favor, ¡no me lo niegues!’ Muchos de los caballeros presentes instaron al hombre mayor a que cediera ante su sobrino ... Y finalmente Heinrich von Steinberg accedió a que su sobrino le precediera en el ataque, tras lo cual, inclinándose desde sus caballos, se abrazaron, y por encima del cuello de su caballo el joven caballero se inclinó profundamente hacia su tío, en muestra de gratitud por el gran favor que le había concedido. Luego volvió a ponerse el reluciente yelmo, lo sujetó firmemente por delante y por detrás y levantó la visera. Meister Heinrich se volvió hacia él y dijo: ‘¡Adelante! Te seguimos de cerca, dispuestos a apoyarte. ¡Tu valor te ayudará! Así, pues, no pierdas tiempo y cabalga en nombre de Dios, de la Virgen María y de San Jorge, nuestros auxiliares e intercesores!’



El campo cerca de Montaperto, con las colinas calcáreas típicas de la región del sur de Siena, al anochecer

“Herr Walter espoleó a su caballo y se lanzó hacia delante, veloz como un galgo. Dos tipos de armadura protegían su caballo: una estaba formada por una fina malla de acero, y la otra por un grueso caparazón de cuero sin curtir cubierto por un tafetán de seda escarlata en el que estaban representados los dragones verdes y dorados de su escudo de armas. El propio caballo parecía un dragón, presto a devorar a todos cuantos encontrara en su camino ... Tal era Herr Walter, joven y apuesto, dotado de todas las virtudes caballerescas y armado como ningún otro caballero. Detrás de él cabalgaba Heinrich von Steinberg acompañado por sus jinetes y su infantería, seguido por el conde Jordan con infantería y caballería. Estos soldados recibían el apoyo del capitán, los abanderados y un tercio de la población civil de Siena, con el señor Niccolò da Bigozzi cubriendo la retaguardia. Así, en formación cerrada, el ejército avanzó hacia el río Arbia por el camino que va a Monte Selvoli y lo cruzó al llegar a la llanura. Esto sucedía el sábado por la mañana, el 4 de septiembre, poco después del alba.

“Cuando los dos ejércitos se acercaron el uno al otro, un tambor llamado Ceretto Ceccolini, que montaba guardia en la torre Marescotti de la ciudad de Siena, tocó el tambor y muchos hombres y mujeres se acercaron corriendo para oírle contar lo que había visto. Desde su lugar de la torre les gritó: ‘Los sieneses atacan! Han descendido por la colina y se están acercando al río Arbia. Ahora han vadeado el río en dirección al monte Selvoli. ¡Roguemos a Dios que les dé la victoria! Y la multitud que le escuchaba cayó de rodillas. El tambor volvió a gritar: ‘Ahora han dejado el llano y empiezan a subir la colina. Los florentinos hacen lo mismo. Ambos ejércitos, desde lados diferentes, intentan llegar a la cima para tener la ventaja de una mayor altura’. En aquel mismo momento los sieneses llegaron a un pequeño altiplano. Allí, Herr Walter se adelantó a caballo la distancia de un tiro de flecha y vio al enemigo que avanzaba. Bajó la lanza, cerró la visera del casco y, haciendo la señal de la cruz, espoleó a su caballo y cabalgó hacia el enemigo al tiempo que lanzaba un salvaje grito de guerra. En la torre de Siena, el tambor, que observaba estos movimientos, exclamó: ‘¡Han llegado a la cima! ¡Están luchando cuerpo a cuerpo con los florentinos! ¡Alzad vuestras voces al Señor: Misericordia!’ Los ciudadanos que le escuchaban al pie de la torre exclamaron: ‘¡Señor, ten piedad de nosotros!’ El primer contrincante de Herr Walter fue el señor Niccolò Ghiandoni, nativo de Lucca, cuya lanza chocó con la suya pero se rompió en pedazos, dejándolo desarmado pero todavía sentado firmemente en el caballo. La lanza de Herr Walter atravesó la armadura de su enemigo, lo descabalgó y lo mató. Asiéndolo de nuevo su lanza, Herr Walter dio cuenta de un segundo y de un tercer jinete, a los que hizo caer también del caballo. Un cuarto enemigo se lanzó contra él y encontró la muerte a sus manos hasta que finalmente la lanza de Herr Walter se partió, tras lo cual sacó la espada y atacó a aquellos hombres de Lucca como un león enfurecido, matando y mutilando a muchos: grande fue la matanza que llevó a cabo en aquella batalla.

“Detrás de su sobrino cabalgaba Meister Heinrich con la lanza preparada. El primero que luchó con él fue el capitán Zenobi de Prato. Con un poderoso golpe, la lanza de Meister Heinrich atravesó la armadura del hombre hasta el pecho, matándolo a él y a su caballo, tras lo cual cayó sobre los hombres de Prato, seguidores del señor Zenobi, y mató a un sinnúmero de ellos ... El conde Jordan avanzó, lanza en ristre, para enfrentarse con el señor Donatello, comandante de los hombres de Arezzo. Llevando también la espada en la mano, el conde Jordan descollaba sobre los hombres de Arezzo como otro Hércules: en verdad, el propio Hércules no abatió a los troyanos de forma más implacable que el conde Jordan a los florentinos ... Todos los que presenciaron las hazañas de sus soldados alemanes quedaron maravillados ante su disciplina y la manera en que despachaban a los enemigos. Mientras tanto el conde Aldobrandino, con sus abanderados y los civiles armados de Siena, atacó a los florentinos al feroz grito de ‘¡Muerte! ¡Muerte!’ ...

“De poco les sirvió a los florentinos invocar a san Zanobi y a santa Liparata para que les ayudaran y les socorrieran en este aprieto, pues fueron masacrados por los sieneses como un carnicero mata a los corderos de Pascua.

“De hora en hora la batalla era seguida por el observador de la torre Marescotti de Siena, que gritaba: ‘Los sieneses atacan: ¡roguemos a Dios que les dé valor y fuerza!’ . Y de nuevo gritaba a los que le escuchaban abajo: ‘Los abanderados, con las tropas civiles, están acosando al enemigo: ¡no dejéis de pedir la protección del Cielo!’ . Y así continuó informando de todo lo que veía, mientras el tiempo pasaba desde el fin de la hora tercia hasta casi la hora nona, con el sol en lo alto del cielo ...

“Hacia la tarde, a la hora de vísperas, cuando el sol deslumbraba a los florentinos, los sieneses volvieron a lanzar su terrible grito de guerra: ‘¡Muerte! ¡Muerte! ¡Abajo los traidores florentinos!’ , que llenó el aire ahogando todos los demás sonidos e instiló el veneno de la desesperación en el corazón del ejército enemigo.

“Al amparo de este grito de guerra, el conde de Arras y sus tropas, jinetes e infantería, salieron de la emboscada y llevaron a cabo el ataque concertado de antemano contra el flanco del enemigo ...

“Así, en lo más reñido de la batalla, los alemanes y los sieneses se acercaron a las banderas y estandartes del ejército florentino. Se apoderaron de ellos y los echaron al suelo, derribando primero la bandera de la ciudad de Florencia, que sacaron de lo alto del gran carro de guerra. En torno a las banderas se produjo una carnicería y un combate sangriento que se cobró las vidas de muchos combatientes de ambos bandos. Pero finalmente todos los estandartes del enemigo fueron pisoteados y desgarrados, y a la vista de ello se elevó un gran grito en el campamento sienés ...

“Hemos hablado de los soldados alemanes y de sus actos e inmenso coraje; pero ahora debemos decir lo mismo del valeroso pueblo de Siena y de sus caballeros, pues la historia de su heroísmo es casi increíble. Todos los hombres avanzaron para defender su casa y su honor y para proteger su ciudad, por lo que mientras luchaban y rechazaban al enemigo se les podía oír gritar: ‘¡Vamos! ¡Venid ahora a destruir nuestras murallas! ¡Venid, entrad en nuestra ciudad y levantad vuestras fortalezas! ¡Venid a instalar a vuestros gobernadores para que nos opriman!’ ...

“El vigía Cereto Ceccolini, que observaba estos hechos desde la torre Marescotti, exclamó entonces: ‘¡El enemigo es rechazado ... La batalla todavía es encarnizada mientras las banderas florentinas caen una tras otra ... Perseverad en la oración a Nuestro Señor y a Su Madre!’ . El estrépito de la batalla continuó durante toda la mañana y hasta pasada la hora de vísperas, momento en que el terreno aparecía cubierto de tal cantidad de enemigos muertos que los sieneses estaban exhaustos de tanto matar. Los caminos estaban rojos de sangre y el nivel del río subió considerablemente con el flujo escarlata de sangre florentina ...

“Los ciudadanos de Siena, viendo que sus enemigos se retiraban, cobraron nuevo valor y muchos los persiguieron. Todo florentino que caía en manos de los sieneses era muerto sin piedad. ¡Sólo Dios sabe cuántos murieron! En vano gritaban: ‘¡Me rindo!, pues todos eran pasados a cuchillo. Estos hechos los llevaron a cabo los soldados alemanes, y aparte de esto se cuenta que cierto leñador sienés, hacha en mano, penetró en el campamento florentino y dio muerte sin la ayuda de nadie a unos veinticinco enemigos ...

“De lo alto de la torre llegó el grito: ‘¡Los florentinos están derrotados! ¡Huyen en todas direcciones! Al oír estas palabras, un hombre llamado Magisculo se quitó la capa y la hizo girar

repetidas veces por encima de su cabeza mientras gritaba: ‘¡La victoria es nuestra! ¡Los florentinos están derrotados y deshonrados, perseguidos por nuestros valientes soldados!’

“Entre los pocos enemigos supervivientes había nativos de Lucca, Arezzo y Orvieto, de Val d’Elsa, Prato y Pistoia. Estos hombres vieron la muerte de sus compañeros a manos de los sieneses, que los mataban como si fueran ganado. Muchos de ellos, por lo tanto, dieron la vuelta y huyeron hacia Montaperto, donde también se vieron atacados, pues no había salida en aquella dirección ...

“Finalmente, el comandante sienés habló con los abanderados, el conde Jordan y algunos caballeros, y les dijo: ‘¡Mirad la gran carnicería de hombres y caballos que nos rodea: tengamos piedad! Proclamemos que a todos los hombres que se rindan se les perdonará la vida y serán hechos prisioneros, pero al que todavía luche contra nosotros se le dará muerte’. Todos estuvieron de acuerdo y se mandó un heraldo. No tuvo necesidad de leer su proclama más de una vez, pues el enemigo que encontraba a un sienés dispuesto a hacerle prisionero se daba por muy satisfecho, y el caso es que muchos de ellos se encadenaron a sí mismos para salvar la vida rindiéndose en grupos. Todos los de Lucca, Arezzo y Orvieto, y muchos otros que habían huido hacia Montaperto, volvieron atrás al oír las proclamas del heraldo, desmontaron y, arrojando sus armaduras al suelo, se presentaron ante el comandante sienés en calidad de prisioneros ...

“Allí ocurrieron cosas extrañas. Se cuenta la historia de una mujer, una verdulera llamada Usilia residente en Campansi, en Camollia, que llevaba cosas buenas al campamento sienés para refrescar a los combatientes. Había cargado sus cosas a lomos de un burrito, el mismo que los florentinos habían echado por la muralla en la Puerta de Camollia, según cuentan. Pero Usilia, cuando vio que el enemigo era derrotado y que muchos huían, salió del campamento sienés de las alturas de Ropole, donde estaban todas las provisiones del ejército, así como la gran bandera sienesa, montada en el ‘Carroccio’ y se dirigió sola al campo de batalla, donde hizo prisioneros a treinta y seis enemigos atándolos juntos con un mantón ...

“Se dice que de los florentinos y sus aliados, 15.000 fueron hechos prisioneros y 18.000 cayeron en la batalla. De los montones de muertos y moribundos salía tal hedor que la casi totalidad de los habitantes del distrito lo abandonaron. Los enemigos que escaparon fueron pocos: su número se desconoce ...

“A primeras horas de la mañana del 5 de septiembre, los sieneses empezaron a llenar las alforjas y regresaron a la ciudad en formación ordenada, triunfantes y con gran alegría ... Sobre el asno de Usilia cargaron todas las banderas florentinas en dos fardos, sobre los cuales pusieron la gran campana llamada la Martinella (que los florentinos habían llevado a la batalla en su carro de guerra) ... A uno de los embajadores florentinos que habían comunicado las malas noticias a Siena lo ataron con una correa a la grupa de otro asno, de cara a la cola, y sobre el animal colocaron la orgullosa bandera de la ciudad de Florencia de modo que fuera arrastrándose por el fango. A su lado corrían los niños, que se burlaban del embajador: ‘¡Venga, construid vuestra fortaleza en Camporegi, elegid a vuestros gobernadores en cada sección de nuestra ciudad!’ Y, de no haber intervenido los hombres, el embajador hubiera muerto a manos de los niños.

“A continuación venían los tambores, seguidos por el estandarte del rey Manfredo y por el conde Jordan, el conde de Arras y sus valientes mercenarios alemanes; cada hombre llevaba una rama de olivo y todos cantaban las canciones de su tierra natal. En el carro de guerra tirado por dos soberbios caballos iba la gran bandera blanca de Siena, seguida por la masa de prisioneros ... Y la propia Usilia conducía sus treinta y seis prisioneros atados a una cuerda. Cerraba la comitiva el conde Aldobrandino di Santa Fiore, magistrado principal de la ciudad de Siena. Así fueron pasando todos, con cantos de agradecimiento a Dios y a la Virgen María y llevando la corona de olivo de la

victoria. Delante de los abanderados corrían los ciudadanos con grandes muestras de alegría y con pasos tan ligeros que sus pies apenas parecían tocar el suelo ...”

Los florentinos explicaron su derrota diciendo que habían sido traicionados por Bocca degli Abati, de quien se decía que había entregado su plan de batalla a los sieneses. El resentimiento por este hecho todavía encuentra un eco en los versos de Dante, que nació en la época de la batalla de Montaperto (o Montaperti). En el canto 32 del *Inferno* describe su encuentro con Bocca degli Abati, que, junto con otros traidores, está enterrado en el hielo hasta el cuello en el Antenor, el Infierno más profundo.

“... Y mientras caminábamos hacia el centro,
sobre el cual gravita todo,
y yo temblaba en la eterna sombra,
no sé si fue suprema voluntad, azar o destino
que, andando entre las cabezas,
di fuerte con el pie en el rostro de una.

Llorando me gritó: ‘¿Por qué me pisas?
si no vienes a aumentar la venganza
de Montaperti, ¿por qué me molestas?’

Y yo dije: ‘Maestro mío, espérame aquí
para que yo aclare una duda que se refiere a éste;
después llevaremos la prisa que quieras’.

Mi guía se detuvo, y yo dije a aquel
que aún blasfemaba duramente:
‘¿Quién eres tú, que así reprendes a los demás?’

‘¿Y quién eres tú, que así vas por el Antenor
golpeando el rostro ajeno –respondió–,
de tal modo que, si yo estuviera vivo, te haría comprender
que es demasiado?’

‘Vivo soy yo, y puede serte grato
-fue mi respuesta-, si quieres fama,
que incluya tu nombre entre los otros que he anotado’.

Y me contestó: ‘De lo contrario es de lo que tengo deseo.
Márchate de aquí y no me des más disgusto,
que mal suenan tus lisonjas en este lugar’.

Entonces lo cogí por la nuca
y dije: ‘Te convendrá decir tu nombre
o no te quedará ni un pelo’.

‘Aunque me dejes sin cabello –me replicó-,
no te diré quien soy ni me descubriré
si mil golpes me das en la cabeza’.
Yo tenía ya sus cabellos entre mis manos
y le había arrancado más de un mechón,
mientras él aullaba con los ojos bajos,

cuando otro gritó: ‘¿Qué te pasa Bocca?
¿No te basta castañetear con los dientes,
sino que has de ladrar? ¿Qué diablo te golpea?’

‘Ya no quiero que me hables –dije-
malvado traidor, que, para tu infamia,
Yo llevaré de ti noticias ciertas’.

(Inf. XXXII, 73-111. Versión castellana de Nicolás González Ruiz, BAC, 1973)

Dos años más tarde después de la victoria de Montaperto, el 1262, el Consejo de Siena, plenamente consciente de su libertad, hizo poner por escrito los estatutos de la constitución de la ciudad. La forma legal de esta constitución es excepcional por la determinación que revela su estructura, que no pasa por alto ni subestima los factores naturales. En este respecto, es más sabia y muestra una mayor comprensión de la naturaleza humana que muchos otros documentos similares de fechas mucho más tardías.

La autoridad residía en el pueblo, aunque no la decidía la presión ejercida por la masa. El “pueblo”, por consiguiente, no se identificaba con la masa de los habitantes en conjunto, sino con un cuerpo de ciudadanos con una capacidad reconocida para ejercer responsabilidades. Por lo tanto, el *consiglio Della Campana* –el Consejo de la Campana-, convocado por el son de una campana para tomar decisiones relativas al bienestar y al destino de toda la ciudad, estaba formado por trescientos o más consejeros nombrados, bien por el magistrado, él mismo elegido por el Consejo, o bien por los jefes de los departamentos de la administración, o por representantes de los diversos gremios. Así, el gobierno se construía, a la vez, desde abajo y mediante una selección realizada desde arriba.

La magistratura permanente estaba formada en aquella época por veinticuatro consejeros elegidos entre todas las categorías y que recibían el nombre, siguiendo la costumbre romana, de *Vigintiquator partis ghibelline populi civitatis et comitatus Senarum*. La mitad de sus miembros procedían de la clase de los caballeros –los *milites*- y el resto, del *populus*, aunque la riqueza y la nobleza estaban representadas en ambos bandos.

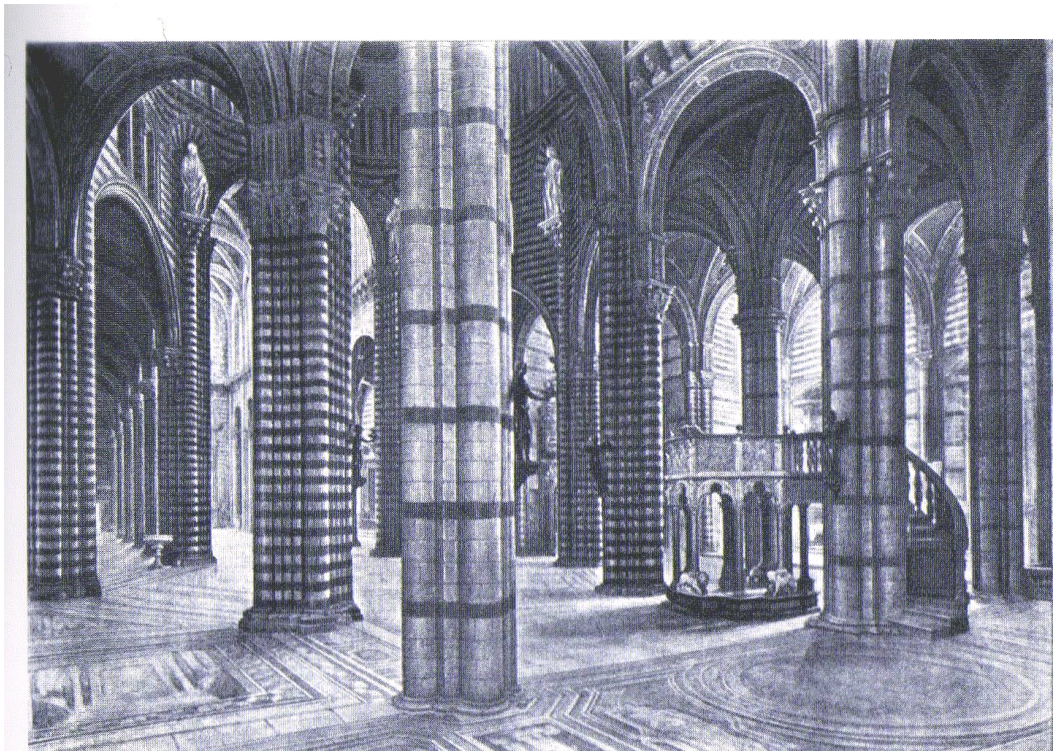
Entre los miembros del Consejo de la Campana se elegían las autoridades administrativas permanentes (*balie*), entre otras la de la *Biccherna*, palabra derivada quizá del alemán *Bücher* (libros), que era el Departamento de Hacienda de Siena. Este departamento también era responsable del mantenimiento de las calles, los puentes, el suministro de agua y las fuentes, y también era el encargado de autorizar la construcción de edificios públicos. Como director del Departamento de Hacienda se solía elegir a un monje de San Galgano, el monasterio benedictino próximo a Siena, porque un monje, que no poseía nada propio, era incorruptible como tesorero de la ciudad. Cuatro *provisores*, o inspectores, elegidos entre los ciudadanos más respetados, ayudaban al tesorero o *camerarius*; junto con éste, eran elegidos cada seis meses.

En aquella época, en todas las ciudades italianas había también un alcalde, o *podestà*. Su trabajo consistía en procurar que las leyes de la constitución se aplicaran correctamente. Con este fin, los magistrados lo elegían generalmente de otra ciudad, con preferencia de una ciudad lombarda como Bolonia o Módena, famosas por sus escuelas de jurisprudencia. El *podestà* recibía un sueldo de la ciudad, que también ponía a su disposición un palacio, y con el paso del tiempo llegó a ser habitual que el alcalde, mientras ocupaba el cargo, estuviera confinado en este palacio y viviera allí casi como un prisionero, apartado de toda posibilidad de corrupción.

El gran libro de los Estatutos del año 1262 se divide en cuatro partes: la primera está dedicada a la protección del culto y de las instituciones eclesiásticas; la segunda, a los procedimientos legales; la tercera, a las funciones de la municipalidad; y la cuarta, al derecho privado. Son significativas del espíritu con que se redactaron los Estatutos las frases iniciales de la primera parte, en las que, tras una detallada descripción de los deberes del *podestà*, se establece expresamente la orden de que se mantengan dos velas encendidas, a expensas de la ciudad, ante el altar de la Santísima Virgen; y que delante del *Carroccio*, o carro de guerra, que transportaba la gran bandera blanca de la Santísima Virgen y que se consideraba el *Palladium*, o protección, de la ciudad durante la guerra, hubiera una lámpara perpetuamente encendida con una guardia de honor día y noche.

Estos artículos van seguidos de unas regulaciones para el mantenimiento de las propiedades de la Iglesia, de unas normas para la administración del obispado en el caso de que se produjera una vacante en la sede episcopal, y del procedimiento que debía observar para prestar juramento el superintendente de la Obra de la Catedral, y otras cuestiones por el estilo.

Entre las obligaciones del consejo municipal se contaba el mantenimiento de la muralla, las calles, los puentes y las fuentes. Se establecían límites estrictos a la libertad de los ciudadanos dentro del marco de la ley y el orden de la ciudad, al tiempo que se precisaba dónde debía ceder el estado ante las reivindicaciones de los derechos individuales.

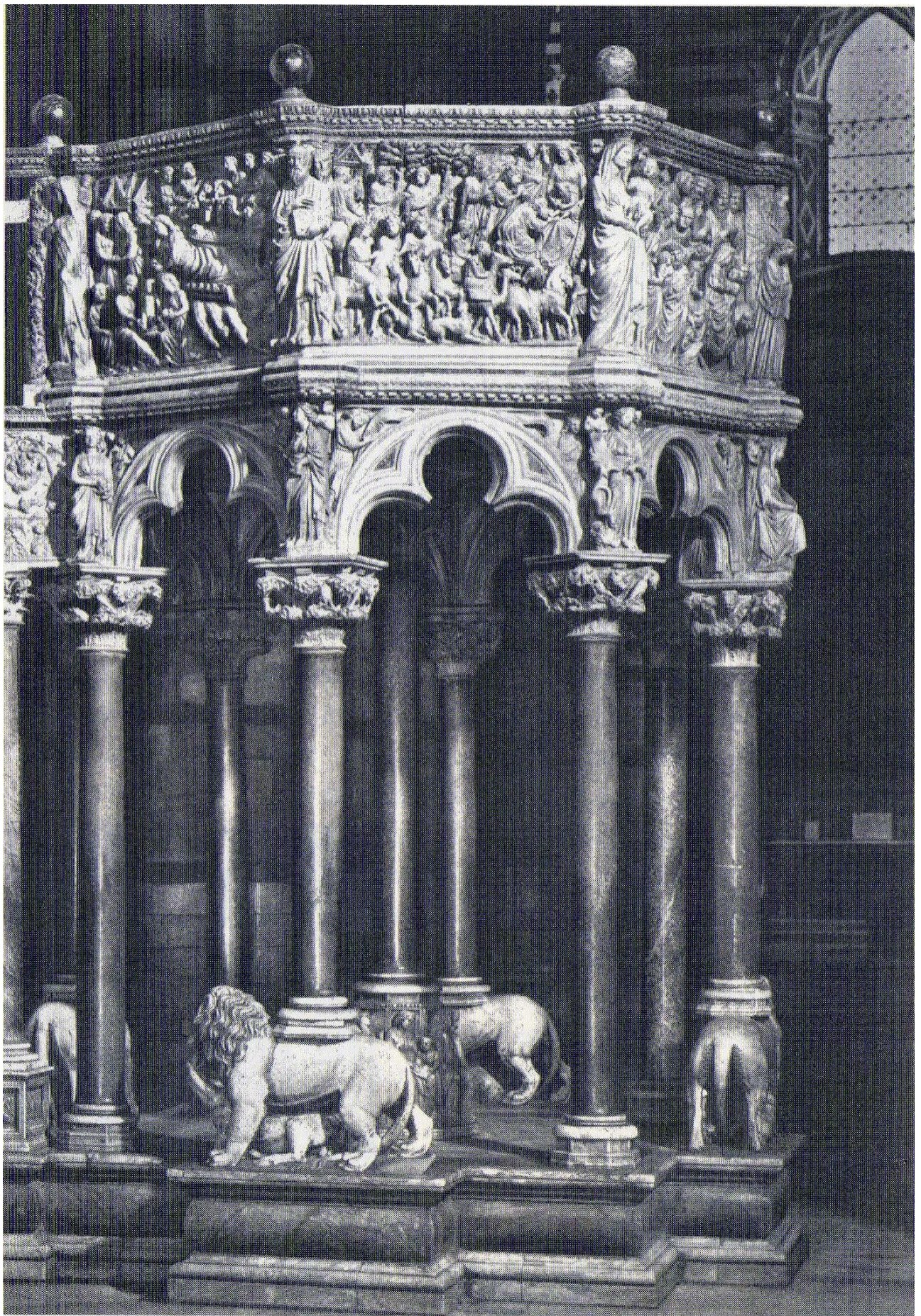


Interior de la catedral de Siena con el pùlpito de Niccolò Pisano



*La «Virgen de los Ojos Grandes».
La víspera de la batalla de Montaperto,
los sieneses depositaron las llaves de la ciudad
ante esta imagen, que ahora se encuentra
en el Museo dell'Opera Metropolitana*

A consecuencia de la victoria sobre el partido güelfo y de la liga que formaron las ciudades gibelinas, Siena estableció un vínculo aún más estrecho que antes con la ciudad imperial de Pisa, que desde hacía mucho tiempo era el puerto más importante para el comercio marítimo sienés. Pisa se convirtió en una cabeza de puente entre Siena y Sicilia, el reino del rey Manfredo. Por lo tanto, no es sorprendente que en el año 1266 el escultor Niccolò Pisano, que acababa de completar el famoso púlpito de la catedral de Pisa, fuera llamado a levantar un púlpito todavía más elaborado en la catedral de la Santísima Virgen de Siena. Y tampoco es extraño que la obra de Pisano llevara a Siena los primeros indicios de aquella anticipación del Renacimiento que ya había arraigado en el entorno erudito de Federico II, padre del rey Manfredo. En el púlpito de Siena, los altorrelieves, en los que en algunos casos las figuras están casi separadas del fondo, recuerdan claramente el arte romano tardío de los sarcófagos y los arcos triunfales. Comparada con la escultura gótica contemporánea de Francia y de los países del norte, la obra de Pisano, al estar mucho más cerca del arte romano, es por eso mismo más racional y terrenal; carece del ritmo espiritual y de la sensibilidad por la luz tan característicos de los grandes escultores góticos; bajo su mano, el detalle es más duro, más analítico, y un tumulto de luz y sombras emerge de la riqueza gestual que da a sus figuras. Por otra parte, algunas estatuas de los ángulos del pretil octogonal poseen una gran fuerza clásica.



El pùlpito de Niccolò Pisano en la catedral de Siena

El púlpito de Pisano es gótico en su plano general: alrededor del pretil octogonal están representadas escenas de la vida de Cristo, en parte en bajorrelieve y en parte en esculturas exentas, que muestran los misterios de “gozo” y de “dolor” de la vida de Cristo en la tierra: la Anunciación, la Visitación, la Natividad, la Presentación en el Templo, la Adoración de los Magos, la Huida a Egipto, el Bautismo de Cristo, la Crucifixión y el Juicio Final. Debajo de estos relieves que muestran la manifestación de Dios en la tierra y revelan las gracias concedidas, hay unas pequeñas figuras femeninas que coronan cada uno de los ocho pilares exteriores del púlpito y que representan las diversas virtudes espirituales cuya presencia es condición necesaria para recibir las manifestaciones de la gracia de Dios. La base de cuatro de los ocho pilares reposa sobre un león, símbolo de la fuerza de la naturaleza sometida. Una columna central, alrededor de la cual caminan los leones, lleva en su base unas figuras alegóricas que representan las siete Artes liberales, que, como en Dante, significan la sabiduría natural, heredada del pasado, y que preparan para la sabiduría divina de Cristo: las siete Artes liberales –que consisten en el *Quadrivium* de la aritmética, la geometría, la música y la astronomía, y el *Trivium* de la gramática, la retórica y la filosofía- se entienden aquí literalmente como los fundamentos del arte superior de la salvación.

El año 1284 el hijo de Niccolò Pisano, Giovanni, completó la parte inferior de la fachada de la catedral y recibió el privilegio de la ciudadanía sienesa y la exención perpetua de impuestos.

Sobre la pintura sienesa del siglo trece ejercieron una gran influencia las pinturas bizantinas que llegaron a la ciudad desde el sur de Italia, y aún más desde Pisa. Su origen se encuentra en el arte litúrgico del Oriente bizantino, que, con el nombre de *Maniera greca*, había penetrado desde Constantinopla y Chipre en la ciudad de Pisa por la vía del comercio marítimo. Los especialistas en arte del siglo diecinueve calificaron a estas pinturas de “rígidas” e incluso de primitivas, pero en realidad son la expresión de un arte simbólico altamente consciente que subraya las cualidades espirituales de las formas y los colores y prescinde a propósito de la perspectiva y de todo lo que tiene que ver con la “ilusión” naturalista. Al mismo tiempo, se podría hablar de un “puro arte de la pintura”, que da su mayor intensidad y profundidad al color y su más pura melodía a la línea. La mayoría de las pinturas sienesas de esa época eran auténticos íconos que transmitían prototipos sagrados. La radiante y solemne belleza de los llamados *maestri primitivi* de Siena data de ese momento de la historia de la ciudad.



Icono de la Virgen con el Niño procedente de la Abadía de Isola, cerca de Siena, posiblemente obra juvenil de Duccio di Buoninsegna (hacia 1300). Pinacoteca Nazionale, Siena



Ala izquierda de un tríptico de altar de un pintor sienés anónimo, pintado entre 1270 y 1280, en estilo bizantino. El tríptico muestra en el centro a S. Juan Bautista, con escenas de su vida a la derecha y a la izquierda. Pinacoteca nazionale, Siena

“IL BUON GOVERNO”

El siglo catorce fue para Siena el período en que floreció la actividad arquitectónica. En el siglo trece los ciudadanos se habían concentrado casi exclusivamente en la construcción de la catedral, pero ahora emprendieron la planificación y la formación de la propia ciudad, tarea que llevaron a cabo las clases medias que habían llegado al poder hacia el final del siglo trece.

El triunfo de los gibelinos sobre los güelfos de Florencia y la creación de una fuerte alianza gibelina, encabezada por Siena, resultaron ser éxitos efímeros: el Papa declaró un interdicto contra Siena y retiró su protección a los comerciantes sieneses, el rey Manfredo murió en 1266 a manos del partido papal en la batalla de Benevento, y por último Provenzano Salvani, el gran comandante de los sieneses en la batalla de Montaperto, fue hecho prisionero en la batalla de Colle di Val d'Esla en 1269 y decapitado por los enemigos güelfos aquel mismo año.

El año 1277 el partido güelfo de Siena consiguió derrocar la magistratura de la ciudad compuesta por veinticuatro consejeros, la mitad nobles y la mitad patricios, y elegir en su lugar un gobierno formado por nueve consejeros, del que en el futuro sólo podrían formar parte “mercaderes güelfos de buena reputación”; los nobles fueron, así, excluidos de la administración. Al mismo tiempo se hizo la paz con Florencia.

La clase de los mercaderes acusaba a los nobles de haberse preocupado más por mantener buenas relaciones con sus grandes señores feudales que por representar los verdaderos intereses de la ciudad. Los nobles se habían implicado en la política imperial y se habían dedicado a luchar entre sí dentro de la ciudad por sus antiguas rivalidades de clanes, en vez de procurar ante todo por el bienestar de la ciudadanía. Para los mercaderes sieneses fue especialmente desastrosa la ruptura con el Papa.

El Consejo de los Nueve permaneció en el poder desde la primavera de 1277 hasta principios del año 1355. Su política consistió en buscar la paz a toda costa, hasta el punto de permitir que la supremacía militar en la Toscana fuera pasando gradualmente a manos de los florentinos, por lo que años más tarde Siena pagó un alto precio. Mientras tanto florecieron el comercio y las artes, fomentados y practicados por mercaderes y artesanos.

Inmediatamente después de llegar al poder, el nuevo gobierno de “mercaderes güelfos de buena reputación” decidió construir un edificio para el ayuntamiento, un lugar adecuado para celebrar sus reuniones, que hasta aquel momento habían tenido lugar en la pequeña iglesia de San Cristoforo, en la Piazza Tolomei. Tras siete años de proyectos realizados por un comité especial, y otros nueve dedicados a adquirir y acondicionar el emplazamiento del nuevo edificio, la construcción del Ayuntamiento se inició en 1297. El sitio elegido fue la plaza del mercado o Campo. Esta situación tenía una significación especial pues no pertenecía a ninguna de las tres secciones de la ciudad, sino que se hallaba en el punto de confluencia de las tres. Como el nuevo Ayuntamiento tenía que estar encarado a la catedral, el único lugar en el que se podía construir era en la zona más baja de la plaza del mercado. Construido en este lugar, parece el escenario de un teatro antiguo situado frente al auditorio circular e inclinado de la plaza. Poco después, en mayo de 1297, el gobierno decretó que, con el fin de crear un conjunto armonioso, todas las ventanas que dieran al Campo tenían que adornarse con pequeñas columnas:

“... Se ha formulado la orden de que en todas las casas y edificios de alrededor del Campo que se construyan, reconstruyan o alteren en el futuro, y cuyas ventanas den al Campo, se inserten pequeñas columnas en el marco de las ventanas y, además, no se construya ninguna clase de balcón. El alcalde, o *podestà*, velará para que esta orden se cumpla. Todo aquel que construya una casa u otro edificio y no acate esta norma será multado por el alcalde con la suma de 25 libras, y en el caso de que no se multe al responsable, el propio alcalde deberá pagar dicha multa de su bolsillo ...”

La construcción del Ayuntamiento (el Palazzo della Signoria) se prolongó durante largo tiempo porque antes de poder empezar a levantar el edificio fue necesario reforzar los fundamentos con enormes terraplenes en el límite del plano inclinado. Los muros inferiores no se completaron hasta 1310, y la construcción duró hasta 1342. El cuerpo central del edificio era entonces dos pisos más altos que sus alas, por lo que parecía elevarse sobre ellas aún con más fuerza. En 1325 se echaron los cimientos de la torre, como lo describe una crónica contemporánea:

“Los cimientos de la torre del Ayuntamiento se echaron en la época en que el señor Gherardo de’Bruciati de Brescia era alcalde de Siena. Fue una gran ocasión: el clero se reunió para bendecir la colocación de la primera piedra con plegarias y cantos de salmos, y el arquitecto de la ciudad depositó una suma de dinero al pie de la torre. En cada ángulo de los cimientos se colocó una piedra que llevaba inscritas letras hebreas y griegas para proteger la torre de rayos, truenos y vendavales ...”



*Torre del Ayuntamiento en el Campo,
conocida con el nombre
de Il Mangia, que viene de un célebre
campanero local*

Para sellar el nuevo tratado de paz y asegurar la protección de la patrona de la ciudad, la Santa Madre de Dios, el gobierno donó un gran retablo nuevo para el altar mayor de la catedral, una pintura de la Santa Madre de Dios en su Gloria (la *Maestà*) realizada por Duccio di Buoninsegna. Un cronista anónimo describe con las palabras siguientes la ceremonia de instalación del nuevo retablo en 1311:

“En aquella época y durante el gobierno de la antedicha magistratura, el Consejo de los Nueve, el retablo se completó, se llevó a la catedral y se colocó encima del altar mayor después de quitar la pintura anterior: ésta cuelga ahora sobre el altar de la iglesia de San Bonifazio y lleva el nombre de ‘La Virgen de los Ojos Grandes’ o ‘La Santa Madre de la Misericordia’. Esta última imagen fue la que escuchó las oraciones del pueblo de Siena en la batalla de Montaperto, en la que vencieron a los florentinos. Así pues, se cambiaron las pinturas, porque la nueva era mucho más bella, más grande y más devota. El dorso del retablo también muestra escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. El día en que la nueva pintura se llevó a la catedral, todas las tiendas cerraron, ya que el obispo había ordenado celebrar una gran procesión para acompañar al nuevo retablo a su destino. Sacerdotes y monjes, junto con el Consejo de los Nueve, los funcionarios de la ciudad y todos sus habitantes, fueron en solemne procesión. Uno tras otro, los dignatarios de la ciudad caminaron al lado del gran retablo, con candelas encendidas, y las mujeres y los niños cerraban la comitiva con gran devoción. De este modo se llevó el retablo a su destino en la catedral. Como es habitual, la procesión dio la vuelta al Campo; mientras tanto las campanas repicaban el ‘Gloria’ en honor de la bella pintura para el altar mayor. Esta pintura era obra del artista Duccio di Buoninsegna, que había trabajado en ella en la casa de Muciatti, junto a la puerta de Stalloregi. Durante todo el día de la procesión se ofrecieron plegarias incesantemente y se repartieron limosnas entre los pobres. Se dirigieron plegarias a nuestros intercesores, a Nuestro Señor y a Su Madre, rogándole que en Su infinita misericordia nos guardara de todo mal y desastre y protegiera a Siena de los traidores y enemigos”.

El retablo de Duccio muestra a la Santa Madre en su trono rodeada de una asamblea celestial de santos y ángeles, y en el dorso hay escenas de la vida de Cristo. Bajo esta pintura de la Virgen en su trono aparecen las palabras siguientes:

MATER. SANCTA. DEI. SIS. CAUSSA. SENIS. REQUIEI. SIS. DUCCIO. VITA. TE. QUIA. DEPINXIT. ITA.

(Santa Madre de Dios, sé el baluarte de Siena. Ayuda al pintor Duccio, por esta pintura de su mano)



Duccio di Buoninsegna: la Maestà, pintada para el altar mayor de la catedral de Siena, 1311.
Museo dell'Opera Metropolitana



*Ugolino di Nerio: Dolorosa, parte del brazo izquierdo
de una gran cruz pintada, de la que sólo queda este fragmento.
Principios del siglo catorce. Pinacoteca Nazionale, Siena*

El arte de Duccio se basa en la *maniera greca*, la pintura bizantina de iconos, de la que deriva la composición hierática, el fino tratamiento lineal de los contornos y el profundo e intenso colorido, graduado mediante capas traslúcidas de color. El lenguaje propio de Duccio aparece en la colocación de las figuras dentro de un espacio definido y cerrado y en el carácter narrativo de los detalles. Se podría decir que tradujo el lenguaje sublime de la liturgia griega a la lengua vernácula, popular pero todavía noble, de la Toscana.

Entre las obras del genio creativo de Duccio también se cuenta un gran rosetón de la catedral.

La exclusión de la nobleza del gobierno de la ciudad había alterado de forma irreparable el equilibrio de la vida social de la comunidad. Aunque reinaba la prosperidad, en el cuerpo vivo de la vida ciudadana ya se insinuaba la disgregación.

Lo que significaban las cuatro clases sociales o castas para el mantenimiento de un equilibrio natural no se puede valorar con arreglo a los criterios sociológicos generalmente aceptados hoy en día. Las “clases” surgen originariamente de una distribución natural de las disposiciones o talentos humanos, que se encuentran en todas partes; por consiguiente, desde el principio no tienen nada que ver con los diferentes niveles de riqueza, sino que se basan en los diferentes “tipos” psicológicos, cuya adecuada distribución en todo el edificio social –según las actividades o funciones que cada cual es capaz de ejercer- contribuye esencialmente a la estabilidad del conjunto. La herencia y la educación garantizan la perpetuación de determinadas disposiciones y capacidades dentro de una capa cerrada de la sociedad; en estas condiciones, las divergencias que se puedan producir en el proceso hereditario serán mucho más raras que los casos de homogeneidad.

El sacerdocio es la única vocación que no es hereditaria, al menos en el mundo cristiano. Un hombre se convierte en sacerdote como resultado de una “llamada” interior: en eso reside una superioridad que surge de la libertad de una elección consciente y personal, pero también encierra un peligro, puesto que no hay ningún método para comprobar la autenticidad de la “llamada”. La renuncia al matrimonio y a la propiedad, en la práctica deben ser un criterio suficiente.

El sacerdocio presupone un tipo humano para el que la verdad intemporal es lo que da sentido a la vida. Por el contrario, la nobleza, entre la cual se eligen los dirigentes, se basa en el carácter conscientemente decidido y emprendedor: son aquellos en quienes las decisiones atrevidas y la acción audaz se producen de forma natural. Sólo el que está dispuesto a arriesgar su vida por sus ideales puede llamarse a sí mismo un hombre libre y noble: “*noblesse oblige*”. El tercer grupo social compuesto por los comerciantes, artesanos y campesinos independientes, se concentra en la conservación y el incremento de la propiedad de todas clases, tanto física como intelectual: está formado por los hombres prácticos, en el sentido más amplio de la palabra, no por los del tipo aristocrático-belicoso. La cuarta casta está compuesta principalmente por aquellos que por naturaleza tienden a pensar exclusivamente en el bienestar corporal y que sólo como servidores pueden encontrar un lugar en la gran estructura de la vida social.

En la Edad Media esta clasificación eran tan evidente como la división del mundo material en los elementos aire, fuego, agua y tierra, gradación que no deja de tener similitudes con la de las clases sociales o castas.

El cuadro de la vida social durante la Edad Media no estaría completo sin la mención del monacato. Los monjes no pertenecían a ninguna casta, como correspondía a los que dedicaban su vida a las cosas del espíritu. De hecho, para los que lo necesitaban, constituía una puerta abierta que permitía huir de los cerrados engranajes de la sociedad.

Sería un error imaginar que la división de castas medieval producía una separación entre los hombres mayor que la distancia existente entre ricos y pobres en épocas posteriores; de hecho, era todo lo contrario. La sociedad medieval estaba construida según el sistema patriarcal, en el que las clases altas y las bajas estaban íntimamente unidas por las circunstancias de la vida diaria. El sacerdote era el padre de los fieles que tenía a su cuidado y el terrateniente aristocrático consideraba en cierto modo a los campesinos arrendatarios como si pertenecieran a su propia familia, al igual que el rico mercader tenía a muchos de sus empleados de casta inferior viviendo en su casa. De este modo, los diferentes grupos permanecían en contacto y se sentía cierta similitud de ideales. Los tiempos del completo desarraigo y la segregación del “proletariado” todavía no habían llegado.

La Iglesia se esforzaba en espiritualizar las cualidades especiales de cada grupo de la comunidad favoreciendo la formación de órdenes de caballería e incorporando los gremios de artes y oficios en la vida litúrgica. Esto no provenía tanto de una política de conservación del poder religioso como de un conocimiento fundamental de las múltiples tendencias del hombre hacia el bien y el mal. No sólo posee cada casta unas capacidades que pueden convertirse en virtudes, sino que también tiene sus debilidades particulares, y éstas se vuelven peligrosas si se hace peligrar la estructura de las clases sociales. Así, la tendencia principal de la aristocracia es su combinación de valor y generosidad, de la espada y el amor. Una aristocracia degenerada, por otra parte, da origen a un orgullo desmesurado unido a una pasión destructiva que puede ser causa de una verdadera conflagración.

Frente a una nobleza decadente, el tercer estado, el de los comerciantes, artesanos y campesinos independientes, tiene la ventaja de que instintivamente busca el equilibrio y tiende, como el agua, a esquivar las dificultades y encontrar su propio nivel. La virtud de la tercera clase es el sentido de la moderación; su debilidad es el afán de lucro. Esta tendencia se impone cuando las clases superiores pierden el sentido de la responsabilidad para con los subordinados. Cuando la clase media se deteriora, la cuarta casta –cuya virtud principal es una paciencia como la de la tierra- no tarda mucho en rebelarse contra todo el orden tradicional.

Aunque el poder de los nobles de había paralizado a causa de su exclusión de la vida política de la ciudad, las secretas rivalidades familiares que existían entre ellos no disminuyeron en modo alguno. De hecho, su violencia se incrementó hasta tal punto que el 17 de abril de 1313 las dos familias más poderosas de Siena –los Salimbeni y los Tolomei- se enzarzaron en una auténtica batalla. El Consejo de los Nueve tuvo que intervenir: pusieron una vela encendida en una ventana del Ayuntamiento e hicieron saber que si las dos familias enemigas no deponían las armas antes de que la vela se consumiera, se les privaría de su libertad y de sus propiedades. En consecuencia, las hostilidades cesaron, pero bajo las cenizas las brasas del odio siguieron ardiendo. Un cronista contemporáneo refiere lo siguiente:

“La discordia y el odio entre las dos familias –los Salimbeni y los Tolomei- era motivo de gran preocupación para los Nueve Consejeros, pues todavía existía entre aquéllos un estado de guerra y no habían vacilado en atacarse mutuamente dentro de los límites de la ciudad. Por consiguiente, trataron de aislar a las dos familias de sus amigos residentes fuera de la ciudad, temiendo que sus partidarios pudieran irse congregando para ayudar a uno u otro bando. Con este fin publicaron una orden que prohibía la presencia en la ciudad de cualquier forastero de los alrededores que pudiera intentar entrar en ella con cualquier pretexto; y a todo aquel que desobedeciera esta orden se le cortarían un pie. Muchos consideraron que esta orden estaba totalmente injustificada; otros tenían buenas razones para entrar en la ciudad, mientras que otros eran simplemente temerarios. Nadie podía creer que se pudiera infligir realmente un castigo tan grande y se dio por supuesto que con tres días de calabozo habría bastante ... Pero los agentes del alcalde recorrieron la ciudad y detuvieron a siete campesinos de los alrededores en un día. A la mañana siguiente, delante del

palacio del alcalde se instalaron el tajo y el hacha para cortar un pie a cada delincuente. Mientras preparaban este rudo tribunal de justicia, el Campo se fue llenando de una multitud de ciudadanos furiosos que protestaban contra la mutilación de tantos hombres por un delito tan pequeño. Cuando el alcalde sacó a sus siete prisioneros, la multitud y los tenderos del Campo arrojaron una lluvia de piedras desde todas direcciones. La granizada de piedras hirió a muchos de los acompañantes del alcalde y cubrió la huida de seis de los prisioneros. El alcalde, un hombre de genio incontrolable, ciego de rabia contra el populacho, llevó al prisionero que quedaba al piso superior de su casa, hizo que le llevaran el tajo y el hacha, y allí mismo decapitó al campesino, tras lo cual arrojó su cuerpo por la ventana sobre la multitud a modo de advertencia. La cabeza la colgó del pelo en la ventana más alta. A la vista de estos hechos, los hombres cogieron sus armas, y por ese único hombre, injustamente ejecutado, el Estado estuvo a punto de derrumbarse. Pero era tan grande la sabiduría y la diplomacia de los Nueve Consejeros que habían obligado a los Salimbeni y a los Tolomei a mantener la paz, que consiguieron reconciliar a los ciudadanos con el alcalde. Siguiendo sus órdenes, todos los ciudadanos depusieron las armas y, durante un tiempo al menos, se restableció la paz”.

En aquella época, no sólo se percibían cambios radicales entre la aristocracia, pues, por su parte, las clases medias adoptaron el estilo de vida de la nobleza, de modo que, en cierto sentido, la mentalidad de la aristocracia se convirtió en una acusada característica de los sieneses, cuyo rastro puede percibirse aún hoy en día. En este período de su historia Siena se convirtió en un crisol de clases sociales.

LIBRO · DI · DONO · ISTERRA · MONACO · DI ·
 SANTO · GALIANO · ANDREO · DI · TIBURCIO · LE
 ONCINO · DE · MACONI · GUALTIERI · DIMISSE
 RE · RENALDO · CIONE · DIMISSERE · MINO
 ROSSO · CAMERLENGO · CONTRO · DEL · COMU
 NE · DI · SIENA · DAL · CALENDO · GENAIO · AN · M ·
 CCC · XVIII · IN · ANNO · AC · CAL · EN · DE · L · V · G · L · IO ·
 AN · M · CCC · XX · P · O · D · E · S · T · A · C · O · N · T · E · U · E
 HO · D · B · A · T · E · R · O · L · L · E ·

*Dedicación inscrita en la cubierta de un libro de contabilidad municipal
 (biccherna) del año 1320*

Simone Martini, quizá el más grande de los pintores sieneses, adoptó un estilo pronunciadamente caballeresco y aristocrático. En un mural que pintó en la gran sala del Ayuntamiento, que inició en 1315, muestra a la Santísima Virgen con el Niño sentada en su trono bajo un amplio baldaquino en forma de tienda mientras acepta el homenaje de su séquito de santos como una noble dama que presidiera una *cour d'amour*.

En su obra, Simone Martini sólo indica el espacio en la medida en que no interfiere con la armonía del contorno y el color. Da a la línea una sobria y melodiosa fluidez y al color la transparencia de la primavera. La gran pintura de “La Anunciación” de la Galería de los Uffizi de Florencia es también obra suya. En años posteriores Martini fue llamado a Aviñón para decorar el palacio del Papa.



La Virgen y el Niño bajo un baldaquino, rodeados de santos y ángeles. Sección central de un fresco de Simone Martini del edificio del Ayuntamiento, Siena, después de 1315

Los nobles, al no poder ocupar la posición en la que habían nacido y al no tener ninguna responsabilidad política ni guerras legítimas en las que combatir, se entregaban con frecuencia a una vida de juegos y placeres –cuando tenían bastante dinero- como lo describen los siguientes versos del poeta Folgore da San Gimignano. Folgore, que vivió a caballo entre los dos siglos, de vez en cuando hacía guardia en las murallas de Siena. Como tantos caballeros y espadachines desposeídos, trataba de recuperar su fortuna perdida colocándose al servicio de los grandes señores. Es uno de los pocos poetas sieneses cuyos versos han sobrevivido al paso de los siglos, a pesar de la fama de su gran rival florentino, Dante, que los eclipsó a todos. Damos aquí la traducción de uno de sus poemas:

“En agosto, un ancho valle desearía,
con treinta castillos entre verdes colinas,
protegido del viento del mar, para pasar allí los días
en paz y salud, brillantes como las estrellas.

Y caballos con bellos arreos tendría
para cabalgar mañana y tarde.
Pero que las casas no estuvieran muy distantes:
no más de una milla entre una y otra.

Pues todos los caminos a casa deberían llevar.
Y por todo el valle habría ríos
de rápida corriente, nunca secos.

Y en fresca sombra pasaría el mediodía
alegremente, y con la bolsa llena siempre abierta
de los sabrosos platos de Toscana gozaría.

En invierno buscaría una ciudad en el llano
con salas de comer en planta baja e inmensos fuegos,
con paredes cubiertas de tapices, donde se ejerce el juego,
y allí, a la luz de las antorchas, lanzaría los dados.

Que el anfitrión esté borracho, no importa,
si el cerdo se prepara con arte
y todos pueden darse un festín de sabrosos platos
y los barriles abultan más que San Galgano.

Los trajes más elegantes vestiría,
ropas calientes, con largas chaquetas bien forradas
y capa y capucha de medida extraordinaria.

Sólo así se puede desdeñar al mezquino,
desgraciado, indeseable, extraño y odioso avaro,
¡no quieras saber nada de la gente como él!”

En el año 1316 el gobierno de la ciudad de Siena decidió ampliar la catedral, construida cien años antes en estilo románico, casi doblando en superficie. No había que tocar la fachada ni la cúpula, pero se aprobó el audaz plan de prolongar el coro sobre la empinada ladera que descendía hacia la “Vallepiatta” añadiendo varios arcos apoyados en una iglesia situada en un nivel inferior, el Baptisterio de San Giovanni, construido en la ladera y que serviría de base para la parte nueva de la catedral. La intersección de la nave y el crucero, con su cúpula, caía así casi exactamente en el centro de longitud total de la nave. Al mismo tiempo se planeó prolongar los transeptos.



Detalle del gran fresco de Ambrogio Lorenzetti del Ayuntamiento de Siena: una partida de caza sale por una de las puertas de la ciudad; llegan campesinos que van al mercado; un mendigo sentado al borde del camino. Después de 1337

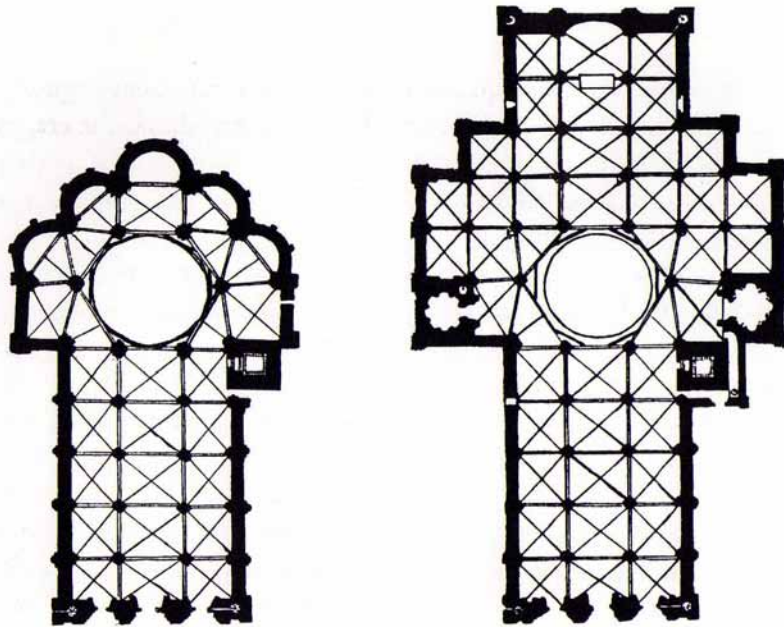
En 1321, cuando la parte nueva ya era más alta que el suelo del edificio antiguo, se descubrió que, a consecuencia de un hundimiento de los muros de los cimientos, las juntas entre el edificio antiguo y el nuevo habían empezado a abrirse. El director de la corporación de constructores de la catedral (conocido como *operaio*), que administraba en nombre del gobierno los ingresos y los gastos destinados a la construcción y era responsable de los diferentes contratistas (llamados *maestri*), invitó a varios arquitectos independientes, algunos de ellos florentinos, para que expusieran su opinión sobre el problema. El siguiente informe, presentado el 17 de febrero de 1321, contiene un sumario muy interesante de las consultas e ilustra de modo muy elocuente la concepción de la arquitectura sacra de aquel tiempo:

“En el nombre del Señor, amén. Nosotros, Lorenzo, hijo del Maestro Maitano, y Niccola Nuti de Siena, Cino, hijo de Francesco, Tone, hijo de Giovanni, y Vanni, hijo de Cione de Florencia, maestros constructores, hemos sido llamados a consulta por el superintendente de la obra de la catedral de la Santísima Virgen María de Siena. Como expertos en nuestra profesión y con el conocimiento y el permiso del Consejo de los Nueve que dirige la ciudad de Siena, se nos ha pedido que demos nuestra opinión sobre el estado actual del nuevo edificio y sobre los planes futuros para la ampliación de la catedral antigua sobre el nivel inferior. Hemos comprobado cuidadosamente cada una de las partes y examinado concienzudamente las dimensiones del edificio actual y hemos discutido lo que, en nuestra opinión, se puede hacer con él, por lo cual, tras debatir la cuestión entre nosotros y después de invocar el Nombre de Cristo y de prestar el juramento de nuestra profesión, ofrecemos los siguientes consejos:

“En primer lugar, es nuestra opinión y nuestra convicción que los cimientos del nuevo edificio, destinados a ampliar dicha catedral, son insuficientes, pues en algunos lugares ya han empezado a ceder.

“Asimismo, consideramos que las columnas de dicho edificio no tienen la fuerza adecuada, ni son lo bastante sólidas para aguantar un peso tan grande ni capaces de levantarse a la altura que se ha planeado y que el nuevo edificio requiere. Pues las columnas de la fachada frontal de la iglesia antes mencionada, que da al hospicio de Santa Maria della Scala, son más sólidas y están mejor construidas que cualquier columna del nuevo edificio; en el nuevo edificio las columnas deberían ser aún más sólidas, más fuertes y mejor construidas que las del edificio antiguo.

“Asimismo, está claro para nosotros que los nuevos cimientos no coinciden exactamente con los muros antiguos, por lo que en el punto de unión entre la obra nueva y la antigua se abrirán grietas, dado que los cimientos antiguos ya se han asentado, mientras que los nuevos todavía no lo han hecho.



A la izquierda, planta conjetural de la antigua Catedral antes de 1316. A la derecha, planta de la Catedral ampliada tal como es en la actualidad. De Vittorio Lusini

“Por consiguiente, nos parece oportuno aconsejar que se suspenda la construcción del nuevo edificio: la demolición parcial del edificio antiguo y su unión con el nuevo no se puede llevar a cabo sin poner en peligro la cúpula y los arcos actuales de las naves laterales.

“Asimismo consideramos que se debería suspender la construcción del nuevo edificio porque la cúpula de dicha catedral ya no indicaría el centro real de la cruz en el lugar que le corresponde.

“Asimismo aconsejamos la suspensión del nuevo edificio porque la iglesia antigua, tal como es, está bien proporcionada: anchura, longitud y altura se corresponden armoniosamente. Por consiguiente, si surgiera la necesidad de hacer ampliaciones en alguna dirección, sería mucho mejor demoler la iglesia antigua completamente y reconstruirla y ampliarla de acuerdo con las normas aceptadas de la arquitectura de iglesias.

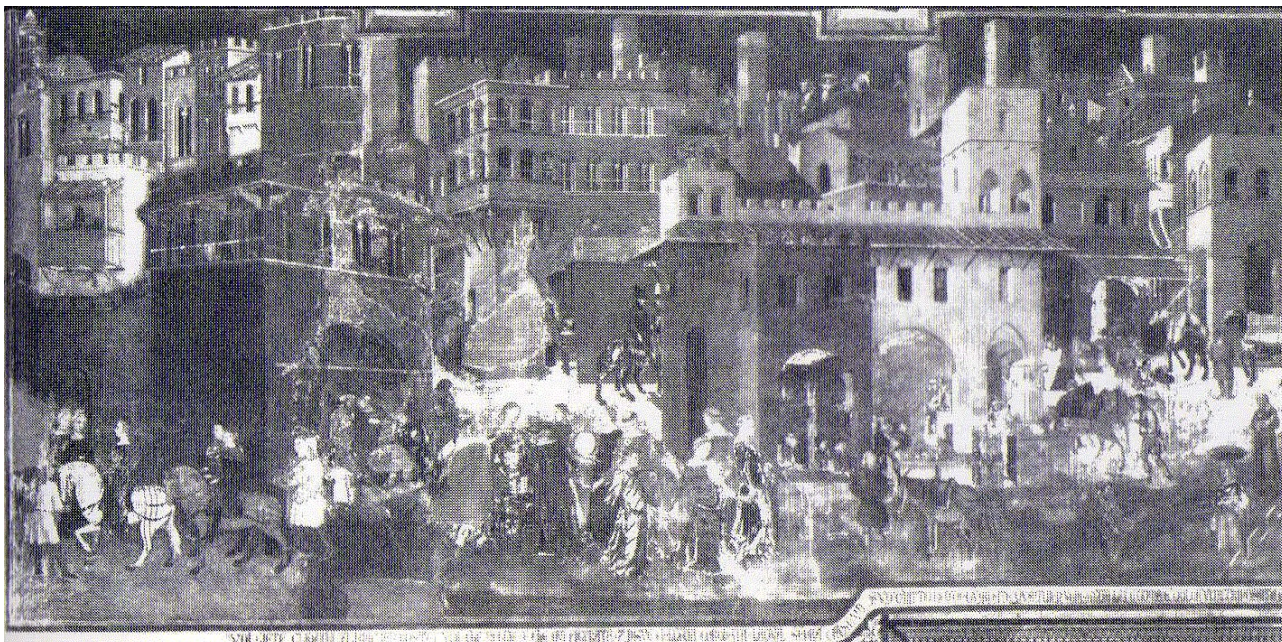
“Nuestro consejo es que se debería iniciar una nueva iglesia, a gloria de Dios y de su Santísima Madre, la Virgen María, que era, es y será siempre la patrona de la ciudad de Siena. La nueva iglesia debería ser muy amplia y bella, armoniosamente proporcionada en longitud, altura y anchura, como corresponde a una bella iglesia. Debería acabarse con la decoración artística adecuada para tan famosa catedral, en la que Nuestro Señor Jesús y su Santísima Madre, junto con todo su coro celestial, serán loados y adorados, guardando con ello a la ciudad de Siena y protegiéndola de todo desastre ...”

El consejo de los cinco arquitectos consultados no se siguió; quizá porque la catedral ya existente inspiraba demasiado respeto para reemplazarla por un nuevo edificio, o tal vez porque el espacio disponible era insuficiente. Sea como fuere, los planes para la ampliación se llevaron a cabo, y las dificultades técnicas que se presentaron se ocultaron hábilmente. Aquellas perfectas proporciones que eran de la máxima importancia para los arquitectos consultados no se pudieron conseguir. De hecho, la cúpula, que hoy se posa sobre una nave a cuyos dos lados se dio mayor altura, da la impresión de ser demasiado baja, y asimismo, a consecuencia de la prolongación del coro con la misma longitud que la nave, la cruz formada por la intersección de la nave y el crucero perdió gran parte de su unidad, así como su función simbólica.

A pesar de las grandes obras comunitarias que se llevaban a cabo, en Siena perduraba la tensión entre los grupos hostiles. La ciudad estaba dividida entre varios grupos o partidos, vinculados a una u otra de las familias nobles, y se necesitaba muy poco para que se desencadenaran las pasiones. Una crónica del año 1325 nos da el siguiente cuadro:

“El domingo anterior al martes de carnaval, el 13 de febrero, se celebró un combate de boxeo en Siena. A un lado estaban los del distrito de San Martino junto con los hombres de Camollia; al otro estaban los del distrito de la Ciudad, seiscientos hombres de cada uno de los distritos. Así pues, el Campo estaba atestado de hombres en jubón, con una banda de tela en la cabeza, los ojos y las mejillas protegidos con viseras, y los puños envueltos en un paño, como es costumbre. En el transcurso del juego sucedió que el equipo de los distritos mencionados en primer lugar empujó a los hombres de la Ciudad hasta hacerles salir del Campo. Al instante empezaron a volar piedras y hubo algunos que se pusieron a dar golpes con palos, hasta que poco a poco toda la multitud estuvo peleando en serio. No se sabe de dónde, aparecieron banderas y escudos, cascos, lanzas y espadas, e incluso se lanzaron jabalinas. El tumulto creció hasta tal punto y tan grande era la multitud de hombres que luchaban, que parecía que el mundo estuviera patas arriba. Se enviaron al lugar tropas armadas, acompañadas por el alcalde y su séquito. Los Nueve Consejeros enviaron un heraldo para que llamara al orden; pero el ruido era tan grande que su voz no se oía, y la pelea continuó. El capitán de las tropas y el propio alcalde se lanzaron en medio de los dos bandos en un vano intento de convencer a uno u otro de que desistiera, pero todo fue inútil. Murieron muchos caballos de las tropas, e incluso algunos soldados. Mientras tanto iban entrando en el Campo cada vez más combatientes, completamente armados con ballestas, hachas y cuchillos, de modo que la batalla adquirió aún mayores proporciones. Ni los consejeros ni ninguna otra autoridad parecían capaces de detener la destrucción que se producía. Finalmente, el obispo ordenó a los sacerdotes y a las hermandades de monjes que le acompañaran al Campo. Aparecieron llevando el crucifijo y fueron caminando lentamente entre los combatientes, con lo cual se produjo una ligera disminución de los combates. Finalmente, cediendo a las exhortaciones del obispo, los sacerdotes y los monjes, la multitud fue dispersándose gradualmente hasta que cesó el combate ...”

El continuo fermento popular obligó al gobierno de ricos mercaderes a tomar medidas cada vez más severas.



Parte del fresco de Ambrogio Lorenzetti en el Ayuntamiento de Siena, que representa Siena en tiempo de paz



Continuación de la escena anterior, que muestra el campo, más allá de las puertas de la ciudad



Parte del fresco de Ambrogio Lorenzetti en el Ayuntamiento: alegoría del «buen gobierno»



Otra parte del mismo fresco: representación alegórica del «mal gobierno». Sólo son visibles todavía algunos fragmentos de esta escena

Para mostrar a la ciudad los beneficios de un gobierno justo y pacífico y quizá para justificar sus propios decretos, muy estrictos, el Consejo, en 1337, encargó al artista Ambrogio Lorenzetti dos pinturas murales para una sala del ayuntamiento, las cuales debían representar el “buen gobierno” (*il buon governo*) y el “mal gobierno” (*il cattivo governo*), con escenas que expusieran sus efectos opuestos para la vida pública. La intención del Consejo, de acuerdo con la actitud del gobierno de los mercaderes, se puede resumir en estas palabras: no es la fama guerrera, sino la paz, lo que da fuerza y riqueza a una ciudad.

Cien años más tarde, san Bernardino de Siena predicaba a los ciudadanos todavía divididos exhortándoles a reconciliarse, y se refería a los murales de Lorenzetti con estas palabras:

“... Mientras predicaba fuera de Siena sobre la guerra y la paz, consideraba estas pinturas, que fueron realizadas para vosotros y que ofrecen en verdad una lección maravillosa. Cuando me vuelvo hacia la pintura de la Paz veo comerciantes que compran y venden, veo bailes, casas que se reparan, trabajadores que se afanan en las viñas o que siembran los campos, mientras otros, a caballo, van a bañarse a los ríos; veo doncellas que acuden a una boda, y grandes rebaños de ovejas, y muchas otras cosas agradables. Al lado veo un hombre colgado en la horca, por causa de la justicia. Y por todas estas cosas los hombres viven en paz y armonía unos con otros.

“Pero si vuelvo los ojos hacia la otra pintura, no veo comercio alguno, ni bailes, sólo hombres matando a hombres; las casas no se reparan, sino que se derruyen e incendian; no se aran los campos, no se siembran cosechas, no hay jinetes que vayan a bañarse al río, ni se goza de manera alguna la plenitud de la vida. Más allá de las puertas no veo mujeres, no veo hombres, sólo hombres muertos y mujeres violadas; no hay rebaños, salvo los que se han robado; el hombre mata al hombre traicionándose mutuamente; la Justicia se arrastra por el polvo, con las manos y los pies atados y su balanza rota. Y adondequiera que vaya un hombre, va temblando y lleno de miedo ...”

La obra de Lorenzetti recuerda inequívocamente la escuela clásica romana: sin imitarla literalmente, es vigorosa y alegremente narrativa, en contraste con la elegancia caballeresca del estilo de Simone Martini. Al mismo tiempo, Lorenzetti hace un uso constante de la representación alegórica, que se adapta especialmente a la representación de la verdad ética, de la virtud y el vicio. La representación alegórica acompaña a la reflexión moral, mientras que el simbolismo –que predomina en el arte de los siglos doce y trece– corresponde a la contemplación. La verdad metafísica no sólo se puede impartir mediante las figuras de la historia bíblica, que, además de su importancia histórica, poseen un significado intemporal, sino también mediante símbolos tan simples como el sol, el águila, la paloma o la rosa. Comprendemos su discurso directa e intuitivamente, sin el proceso de pensamiento indirecto que el estilo alegórico impone. El arte alegórico es mucho más cerebral e indirecto que el arte simbólico, predominante en la Edad Media. Pero los preceptos morales no se pueden representar fácilmente de otro modo que con figuras alegóricas que llevan a cabo determinadas acciones o llevan ciertos atributos. Este tipo de arte corresponde a las necesidades de la tercera clase social, cuyo ideal principal en la vida son las leyes éticas que regulan el comercio y los negocios, y asimismo, en el plano del alma, la ganancia y la pérdida, el mérito y el demérito. Para la clase noble, la medida de la acción es el honor y su valor interior; para la tercera clase, lo que cuenta es el fruto de la acción.

La Justicia en su trono mantiene en equilibrio con ambas manos la balanza que sostiene la figura alada de la Sabiduría. Sobre la cabeza de la Sabiduría se ven las palabras: *Diligite justitiam qui judicatis terram*. En el platillo izquierdo, que lleva la palabra *commutativa*, un espíritu alado entrega a una figura arrodillada una espada y una lanza, y a otra, dinero. Desde el platillo derecho, con la palabra *distributiva*, otra figura se inclina para decapitar a un hombre arrodillado ante ella, mientras que otro le entrega una corona. De cada platillo cuelga una cinta, y ambas se reúnen en las manos de una mujer sentada bajo el trono de la Justicia y que sostiene en sus rodillas un cepillo de

carpintero con la inscripción *concordia*: la mujer pasa las cintas a veinticuatro ciudadanos que caminan de dos en dos hacia un hombre de barba gris que sostiene un cetro y el escudo de armas de la ciudad. Es la personificación de la autoridad de la ciudad: apoya los pies en el lomo de la loba con Rómulo y Remo. Por encima de su cabeza aparecen tres figuras de medio cuerpo: la Fe, La Esperanza y la Caridad. A derecha e izquierda están sentadas tres figuras femeninas: la Paz (*pax*), la Fortaleza (*fortitudo*) y la Prudencia (*prudencia*); y la Magnanimidad (*magnanimitas*), la Templanza (*temperantia*) y la Justicia (*justitia*). Destaca particularmente la figura de la Paz: una figura femenina reclinada en su diván, con una corona de laurel y ataviada con un ligero vestido de estilo clásico. Unos soldados a caballo, que conducen a unos prisioneros, emergen de debajo de los pies del anciano que personifica la autoridad de la ciudad.

Una figura masculina con cuernos sentada en un trono y con un pie apoyado en el lomo de un carnero negro representa la Tiranía. A cada lado tiene tres figuras, cada una con su nombre: Crueldad (*crudelitas*), Traición (*proditio*), Fraude (*fraus*); e Ira (*furor*), Discordia (*discordia*) y Perfidia (*perfidia*). Por encima de la cabeza de Tiranía están las formas aladas de Avaricia (*avaritia*), Orgullo (*superbia*) y Vanidad (*vanagloria*). Ante sus pies yace la Justicia, con las manos y los pies atados con correas, torturada por los ayudantes del verdugo.

El siguiente informa de Agnolo di Tura il Grasso nos da una clara idea de la riqueza de Siena en aquel momento de su historia:

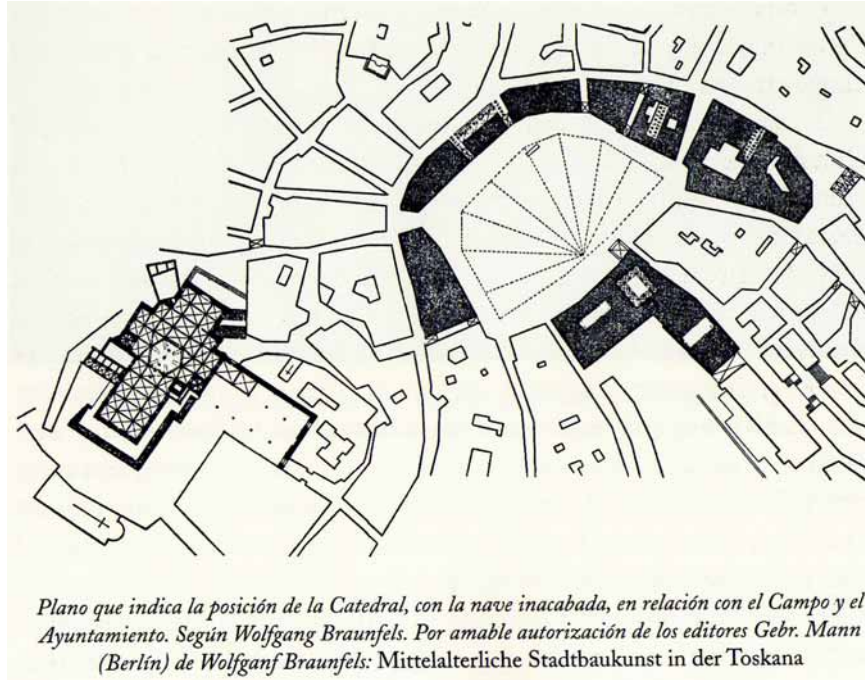
“En 1337, Benuccio di Giovanni Salimbeni era chambelán (*camerlengo*) de la familia Salimbeni. Su función consistía en ocuparse del pago de los impuestos y actuar como banquero de esta noble familia, entre cuyas numerosas ramas repartía rentas y artículos de plata y cobre. En el transcurso de unos pocos años, el dinero que administró para los cabezas de familia de dieciséis familias Salimbeni ascendió a 100.000 florines de oro. En 1338, dicho Benuccio recibió una gran suma de plata y cobre cuando, como de costumbre, el gran mercader sirio llegó a Porto d’Ercole para intercambiar sus mercancías, que consistían en gran parte en sedas, las cuales fueron compradas por Benuccio a cambio de plata, cobre o pieles, o con dinero.

“Compró chales de seda, algunos ornamentados con pan de oro y todos con láminas de oro y con granadas o lunas y estrellas con rayos de oro, por la cantidad de 5.000 fl.; piezas de terciopelo de todos los colores, algunas a rayas, otras lisas, por 25.000 fl.; fajas de seda y oro al estilo sirio, por 15.000 fl.; bolsas de novia hechas de oro y plata de un palmo cuadrado, por 10.000 fl.; bolsas similares, la mitad de grandes que las anteriores y de los mismos materiales, por 5.000 fl.; cintas para el pelo, cordones y seda para coser, por 15.000 fl.; cinta amarilla, adornos, flores para las novias y albas pequeñas, por 10.000 fl. Todas estas cosas se expusieron en las casas de la familia Salimbeni y los habitantes de Siena pudieron verlas, pues aquellos artículos tan bellos eran una gran novedad”.

En agosto de 1339, orgulloso de la prosperidad de la ciudad, el “Consejo de la Campana” decidió empezar una nueva catedral que debía superar en magnificencia y dimensiones a las iglesias de cualquier otra ciudad toscana. No había que demoler la catedral existente, con su coro prolongado: tenía que permanecer en pie y servir de crucero para la nueva iglesia, cuya inmensa nave estaría orientada en dirección norte-sur. En el Museo de la Catedral se conservan dos planos que muestran dos variantes de esta transformación. Probablemente son obra del arquitecto y orfebre Lando di Pietro, que en aquella época fue llamado a Siena como maestro de la obra de la catedral. La principal dificultad a la que se enfrentaban los arquitectos consistía en la adaptación de la nueva nave, diseñada en el estilo gótico formal habitual en la arquitectura de las catedrales de la época, para que coincidiera con las columnas ya existentes del transepto y de las naves laterales. La nueva nave, con su elevada bóveda, tendría que atravesar la nave antigua, lo que implicaría la reconstrucción de la cúpula.

La orientación de la nueva catedral habría significado que la fachada (cuya estructura incompleta se levanta aún hoy en día por encima del Campo) habría puesto en relación directa todo el edificio con el Campo, como nuevo centro de la vida de la ciudad. Probablemente la intención era derribar algunas casas entre la fachada y el Campo para dejar espacio para una entrada a la catedral en forma de escalinata.

Mientras tanto, y sin demoler ninguna parte de la vieja catedral, se inició la construcción de la nueva nave en una esbelta forma gótica.



En el año 1348, tras un período de gran carestía, la plaga irrumpió en la ciudad. Agnolo di Tura il Grasso escribe lo siguiente sobre la “muerte negra” en Siena:

“Las primeras muertes en Siena se produjeron en mayo. Fue todo tan terrible, tan cruel, que apenas sé cómo empezar a describir el terror que reinaba: uno tenía la sensación de que la simple visión de tanto sufrimiento iba a volverle loco. No hay palabras para relatar estos horrores, y el que nunca ha tenido que enfrentarse a tal espanto puede considerarse afortunado. La gente se moría casi de pie: una hinchazón bajo el brazo y otra en la ingle, y, todavía hablando, la víctima caía muerta. El padre huía del hijo, la esposa del esposo, y el hermano abandonaba al hermano; todos huían de los demás y los abandonaban a su destino, pues su aliento enfermo bastaba para propagar la infección. De hecho, casi parecía que la mera visión de los enfermos era infecciosa. La soledad rodeaba a los moribundos, pues no había nadie que quisiera enterrar a los muertos, ni por dinero ni por una vieja amistad. Si podían hacerlo, los familiares inmediatos llevaban a sus muertos a la tumba sin sacerdote, ni ceremonia, ni toque de campana. En muchas partes de la ciudad se construyeron grandes tumbas colectivas, ya que la gente se moría a centenares día y noche. Los cadáveres se echaban en esos hoyos hasta que estaban llenos, y luego se cubrían de tierra mientras se construía otro hoyo.



*Detalle del fresco de Ambrogio Lorenzetti: una calle de tiendas de la ciudad.
A la derecha, una de las puertas de la ciudad con el emblema de la loba romana*

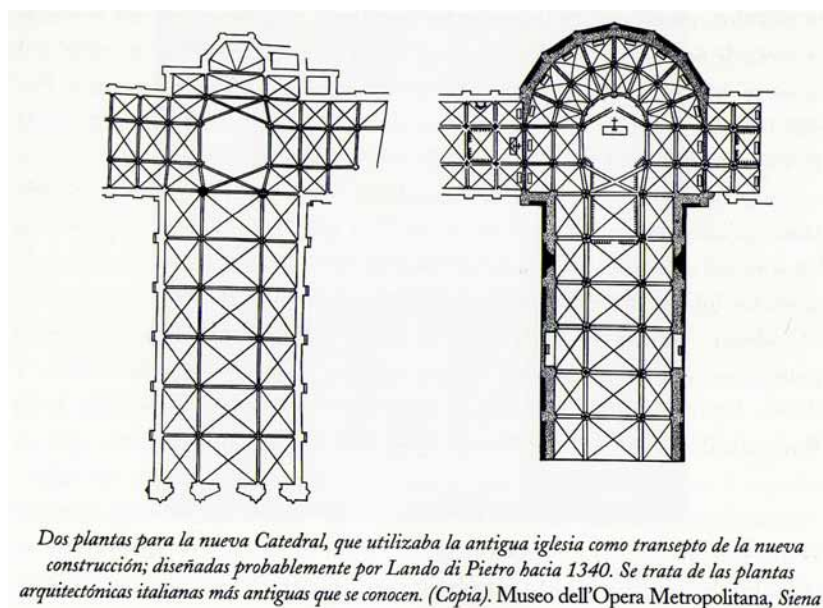
“Yo, Agnolo di Tura, llamado ‘il Grasso’ (el Gordo), enterré a mis cinco hijos con mis propias manos. Fueron de los que quedaban demasiado cerca de la superficie, que los perros desenterraban y devoraban por las calles de la ciudad. No había nadie que llorara a sus muertos, pues cada uno esperaba su última hora. La muerte se llevó a tantos que la gente creía que había llegado el fin del mundo. No había medicina ni ningún otro remedio que sirviera, y de hecho parecía que cuanto más se combatía la enfermedad más deprisa acudía la muerte. Los gobernadores de la ciudad designaron a tres ciudadanos a los que entregaron mil florines de oro para que ayudaran a los moribundos y enterraran a los muertos. El solo hecho de recordar el horror de todo aquello me hace desfallecer, por lo que me abstendré de contar más detalles. La epidemia duró hasta finales de septiembre y sería muy largo de contar todo lo que sucedió ...

“Más adelante se estimó que el número de personas de menos de veinte años que murieron en Siena fue de 36.000. Añadiéndoles los numerosos ancianos y personas de todas las edades que murieron, el total de muertos fue de 52.000. Aparte de éstos, los muertos de personas (adultas) en Siena y en los suburbios fueron 28.000, con lo que el total en la ciudad y los pueblos de los alrededores fue de 80.000 muertos. La población de Siena en aquella época era de 30.000 hombres, de los que quedaron vivos menos de 10.000, y los que sobrevivieron estaban fuera de sí de desesperación. Se descuidaron los edificios y muchas otras cosas; por ejemplo, las minas de plata, oro y cobre de la comarca de Siena se abandonaron, pues en el campo se producían muchas más muertes, por lo que distritos y pueblos enteros se quedaron sin habitantes. No describiré el horror de aquellos días en el campo, donde los lobos y los animales salvajes devoraban los cuerpos enterrados en tumbas poco profundas, y donde se soportaron horrores peores, pues esto sería demasiado doloroso para el lector.

“La ciudad de Siena parecía desierta: casi no se veía a nadie por las calles. Pero poco a poco, cuando pareció que el peligro había pasado, los que habían sobrevivido a la peste fueron teniendo ansias de distracción: monjes, sacerdotes, monjas y seglares se entregaron a la búsqueda del placer. El dinero no valía nada, ni el que se gastaba ni el que se perdía en el juego, nada importaba. A los que se habían salvado y se veían con vida, este hecho ya les parecía una riqueza suficiente, pero nadie podía sentarse a gozar de la vida tranquilamente ...”

Durante el período de la carestía y la peste, las obras de la ampliación de la catedral se suspendieron. Al reanudar los trabajos se descubrió que las juntas de la mampostería no encajaban bien y que las columnas se inclinaban. Continuar la edificación no sólo parecía peligroso, sino que también estaba fuera del alcance de los reducidos recursos económicos de la ciudad. En 1356, el superintendente de la obra de la catedral recibió un informe del maestro constructor Benci di Cione en el que éste declaraba que las partes ya construidas del nuevo edificio no sólo eran demasiado débiles, sino que también estaban mal construidas:

“Ante todo debo decir que las cuatro columnas no se pueden reparar de otro modo que desmontándolas, y antes de hacerlo también hay que desmontar la bóveda, los arcos y los muros que aguantan estas columnas, ya que dichas columnas están situadas exactamente una enfrente de la otra. Mi razón para dar esta opinión es que he visto que las bóvedas y los muros se hundían, lo que indica que las columnas son demasiado débiles para aguantar el peso de arriba ... Mi consejo es que las cuatro columnas mencionadas, la bóveda y los muros –todo lo cual se aguanta imperfectamente– deben ser desmontados y contruidos de nuevo ...”



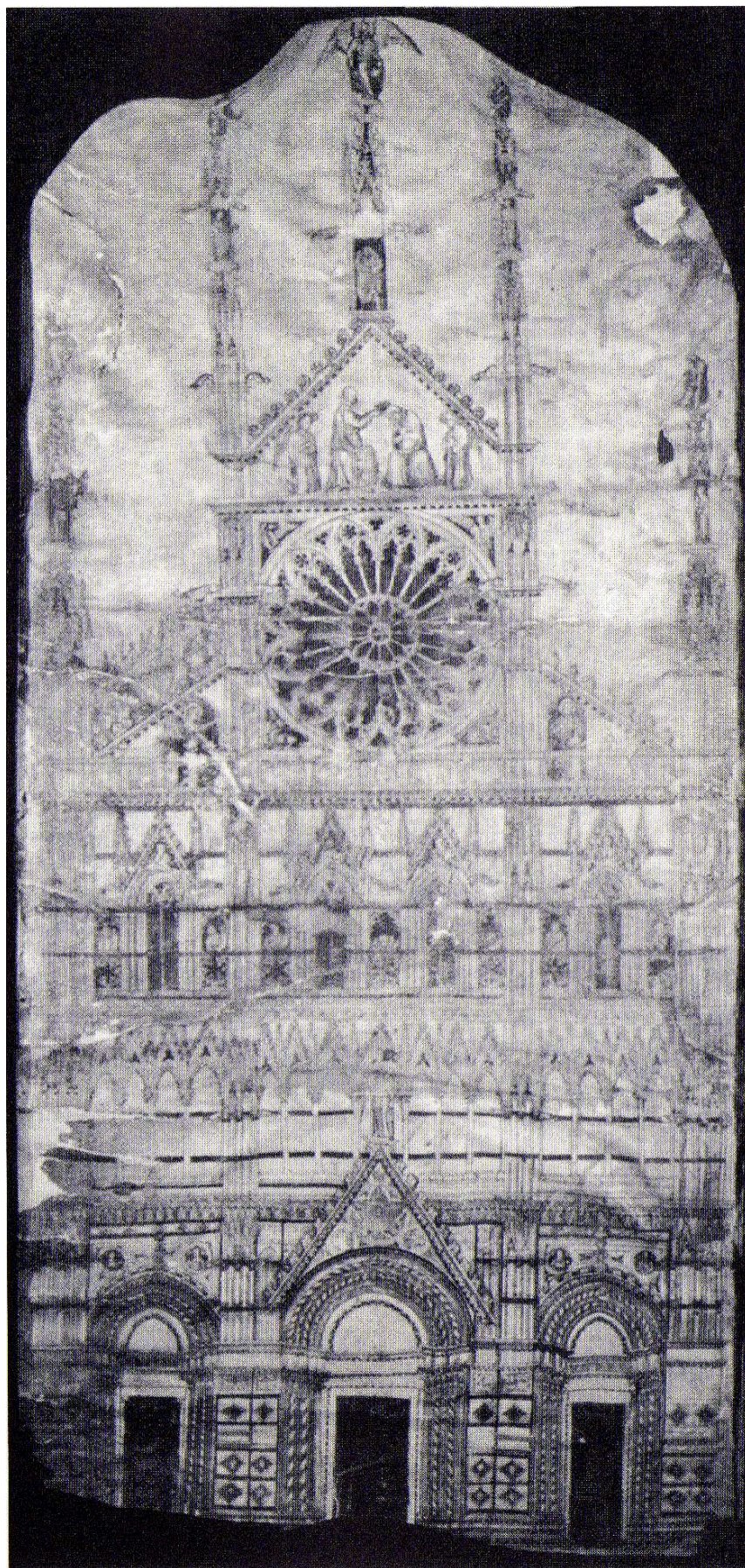
Siguiendo el consejo expresado en este informe, el nuevo superintendente de las obras propuso abandonar completamente la ampliación de la catedral:

“En el nombre del Señor y de su Santísima Madre, nuestra amada Señora. Nosotros, el maestro constructor Domenico, hijo de Agostino, y el maestro constructor Niccolò, hijo de Ceccho del Mercia, nos dirigimos por la presente al Director y Consejero del Gremio de la Santa Madre de Dios de Siena, tras consultar y reflexionar debidamente sobre todo el asunto referente a la construcción de la nueva iglesia, y exponemos los siguientes puntos. Consideremos en primer lugar todo lo que hay que demoler de la iglesia existente, esto es, el campanario, la cúpula, la bóveda, así como la bóveda de San Giovanni, junto con todo lo que se piensa reconstruir en otro lugar, a saber, el púlpito, el sepulcro del Cardenal, el palacio del Obispo, y todo el Hospital de Santa Inés. Realizar estos planes, si se han de llevar a cabo todos, costaría a la ciudad más de ciento cincuenta mil florines de oro. Señalemos también que, si la nueva iglesia se construyera de acuerdo con este plan y con unas dimensiones proporcionadas a la parte ya construida, cien años no serían suficientes para terminarla. Por esta razón, y tomándolo todo en consideración, parece más prudente dejar el viejo edificio donde está y que la ampliación ya iniciada se continúe sobre la iglesia de San Giovanni en el nivel inferior. Esta obra se podría concluir, dotada de toda la ornamentación que dicha iglesia requiere, en unos cinco años, fecha en la que el pueblo de Siena estaría en posesión de su nueva iglesia y en la que se podría celebrar el culto.

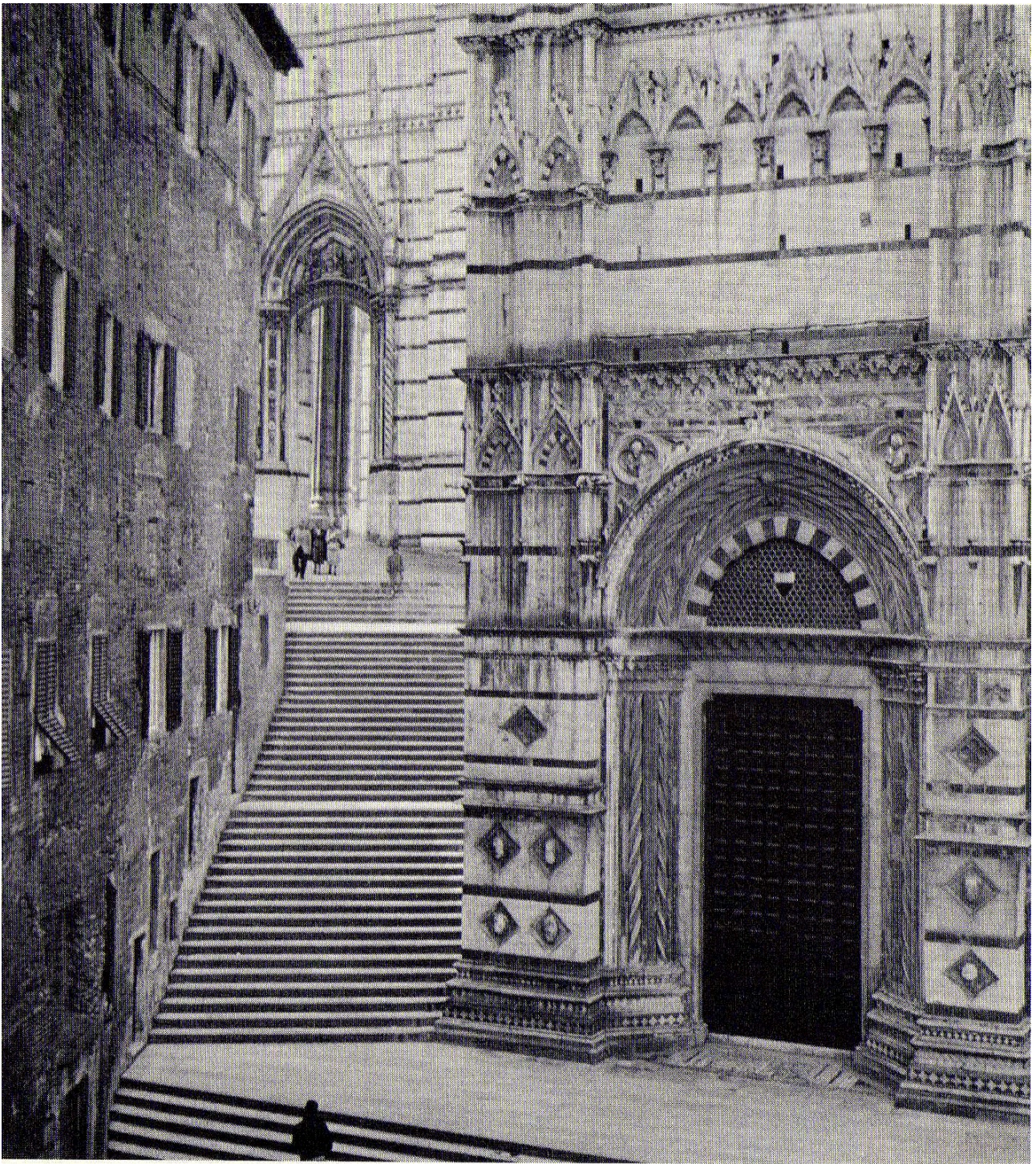
“Sugerimos que las partes de la nueva Iglesia ya en construcción se completen como un edificio separado, para gloria de Nuestro Señor y de su Santa Madre, la Virgen María, y del bienaventurado Juan Bautista. Debería tener ocho arcos y una cúpula en el centro que se elevara a mucha mayor altura y estuviera embellecida como un tabernáculo, como corresponde a tal iglesia. Sus dimensiones deberían ser de 56 por 60 *braccia*, con una tribuna en un extremo, en cuyo centro se colocaría una pila para el santo bautismo ...”

La propuesta del maestro constructor Domenico d'Agostino de levantar un baptisterio en lugar de la nave inacabada, no fue aceptada. La nueva parte del edificio ha quedado inacabada. En cambio, el coro de la catedral original se prolongó sobre San Giovanni y se completó. En 1358 también se terminó la extensión de la bóveda y la gran ventana del coro de Duccio di Buoninsegna se trasladó de la parte antigua del edificio a su situación actual. En 1369 la vieja nave principal se sobrealzó para adaptarla a la prolongación del coro. Pero la fachada iniciada por Giovanni Pisano no se completó hasta 1377 y su estilo gótico primitivo original sufrió complicaciones modernas, un poco en detrimento de su calidad artística.

La fachada de la catedral de Orvieto, construida a principios del siglo catorce por el arquitecto sienés Lorenzo Maitani, ejerció una influencia considerable en la segunda fase de la construcción de la fachada de la catedral de Siena. Al comparar las dos fachadas de Orvieto y Siena, uno se da cuenta inmediatamente de que en el estilo de la segunda hay algo que no es del todo satisfactorio. Hay cierta discrepancia entre la forma perpendicular de la parte inferior y la forma horizontal de la parte superior del edificio.



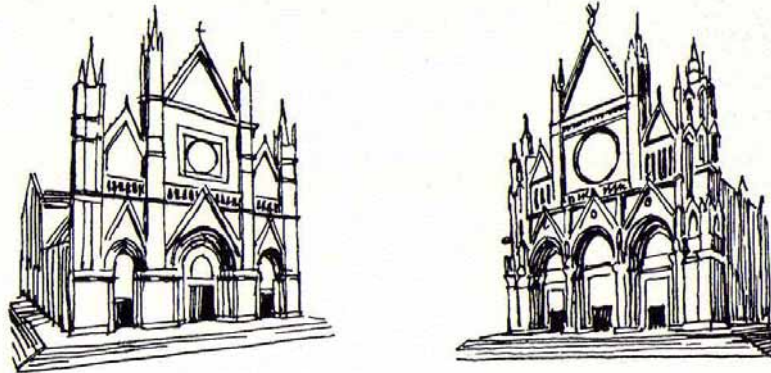
*Dibujo para la fachada del Baptisterio de San Giovanni
por Mino del Pellicciaio. Museo dell'Opera Metropolitana.*



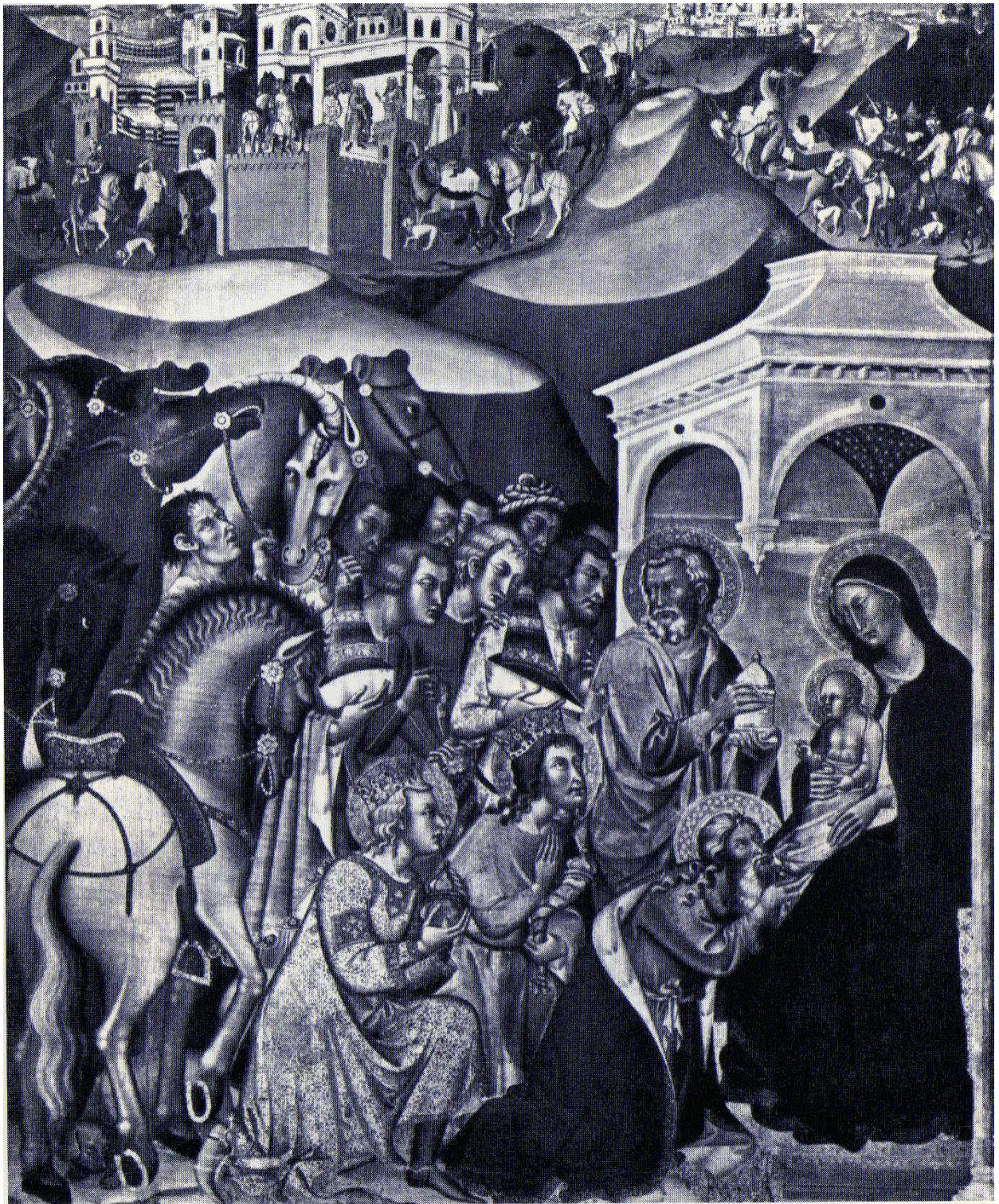
*A la derecha: parte de la fachada del Baptisterio de San Giovanni, bajo el coro de la Catedral.
A la izquierda, las escaleras que conducen a la entrada lateral de la nueva nave inacabada de la Catedral.*

El primer libro de la corporación de los pintores sieneses, del año 1355, comienza así:

“Desde ahora, en lo sucesivo y para siempre, que esta corporación nuestra se funde en el Nombre de Dios Todopoderoso y de su Madre la Santísima Virgen María, Amén. Por la gracia de Dios, somos los que representamos, para las almas sin instrucción que no saben leer, las maravillas que han sucedido en virtud de la santa fe. Nuestra fe está centrada en el Dios Uno y trino, a quien pertenecen el poder infinito, la sabiduría infinita, y el amor y la misericordia infinitos. Nada, por humilde que sea, puede empezar ni terminar sin estas tres cosas, a saber, sin poder, sin conocimiento o sin amor, por lo que sólo en Dios se encuentra la perfección. Para que nos inspire en nuestra humilde profesión y para que podamos producir, en todo lo que emprendamos, una obra que esté bien empezada y bien terminada, suplicamos la ayuda y la bendición de Dios y empezamos este libro de la corporación a honor y gloria de la Santísima Trinidad. Y porque las cosas espirituales son más valiosas que las cosas mundanas y tienen precedencia sobre ellas, empezaremos proclamando la manera en que hay que celebrar la festividad de nuestro venerable y laudable apóstol y preceptor, san Lucas. No sólo representó la forma y la presencia de la gloriosa Virgen María, sino que también describió su virtuosa vida y su conducta intachable, honrando con ello a nuestra profesión de artistas ...



Esbozos que representan la fachada de la catedral de Orvieto (izquierda) y la de la catedral de Siena (derecha).



*Bartolo di Fredi: Adoración de los Magos, 1370/1380. Pinacoteca Nazionale, Siena.
Arriba, a la izquierda, se ve una ciudad con una catedral blanca y negra que recuerda la de Siena*



*Santa Catalina, según una pintura de su discípulo Andrea Vanni.
Capella delle Volte de la iglesia de San Domenico, Siena.
En 1369 Andrea Vanni fue el director de la corporación
de los albañiles de la Catedral y en 1379 fue el comandante
del ejército ciudadano de Siena*

LA CIUDAD DEL ALMA

En palabras de santa Catalina de Siena, la ciudad es la imagen del alma: las murallas que la circundan son la frontera entre la vida exterior y la vida interior. Las puertas son las facultades de los sentidos, que conectan la vida del alma con el mundo exterior. El intelecto, según la santa, pregunta a cada uno que se acerca a las puertas si es amigo o enemigo, y vela así por la seguridad de la ciudad. Dentro de ésta manan fuentes, al amparo de sus murallas se recuestan los jardines, y en el centro, donde late el corazón, se levanta el Santuario.

La construcción simbólica de Siena realiza este símil: se puede comparar, en efecto, con la imagen del alma humana. Pues, al igual que el alma, se transfigura con la luz del cielo cuando por la mañana temprano, desde uno de los jardines que descienden en terrazas, uno contempla los primeros rayos dorados de luz reflejados en la ciudad que se eleva en el aire, en medio del silencio sólo interrumpido por los alegres chillidos de las golondrinas; o, también, al atardecer, contemplando la ciudad desde San Domenico, cuando las casas y las torres están sumergidas en el rojo encendido del sol poniente y la catedral, como si fuera de perla y jaspe, parece suspendida en el aire, traslúcida en los últimos rayos del día. Entonces uno ve realmente Siena como lo que soñaron sus fundadores: una ciudad santa.

En la construcción de Siena hay dos fases o etapas claramente reconocibles: la primera se limita a la ciudad antigua, agrupada alrededor de la catedral, que la domina como la ciudadela de Sión o como el Templo que dominaba Jerusalén; la segunda viene indicada por la situación de los monasterios y sus respectivas iglesias, que están construidas en los confines de las tres partes de la ciudad: al este San Francesco, al oeste San Domenico, y al sur y sudeste Sant'Agostino y Santa Maria dei Servi. La presencia de estas iglesias monásticas en los límites extremos de la población, pero todavía dentro de las murallas de la ciudad, es testimonio de una época en que la vida ascética de los monasterios, antaño completamente apartados de la vida mundana de la ciudad, había comenzado a influir activamente en la vida de los propios ciudadanos. Hasta principios del siglo trece, la vida monástica estaba dedicada enteramente a la meditación y a la contemplación, y los monasterios se fundaban y se construían en medio de la naturaleza solitaria (*desertum*). Pero en los siglos trece y catorce la ciudad fue invadida por frailes de las órdenes mendicantes y de predicadores, que provocaron un renacimiento del fervor religioso, ya que su ideal de amor activo tocaba el corazón de la gente. En Siena, la arquitectura de todas las iglesias de los monasterios está influida por la sobriedad ascética de los cistercienses; la única iglesia que se reconstruyó en una fecha más tardía fue la de Sant'Agostino, que fue alterada durante el siglo XVII.

El hecho de que durante la Edad Media los habitantes de Siena tenían una fe religiosa profundamente arraigada se ve claramente en los acontecimientos que precedieron a la batalla de Montaperto, en que el pueblo invocó la ayuda del Cielo mediante oraciones y penitencias, y también en la consagración de la ciudad a la Santísima Virgen.

Las órdenes de monjes predicadores y de beneficencia empezaron a intervenir en la vida pública en el mismo momento en que la unanimidad teocrática de los ciudadanos de Siena empezaba a debilitarse. A partir de entonces se construyeron sus monasterios dentro de los límites de la ciudad, con el objetivo de reconstruir la "Ciudad del Alma".

Sin embargo, la vida mundana de la segunda mitad del siglo catorce casi había paralizado la influencia de los monasterios, y entonces, como para compensar la desintegración que amenazaba a Siena, toda la espiritualidad que había enriquecido y embellecido la vida de la ciudad se revitalizó y se encarnó en la figura singular de santa Catalina. En virtud de sus actos y de sus palabras, todas las piadosas tradiciones de la ciudad, que hasta entonces el pueblo en general había experimentado, de forma infantil e inconsciente, como una especie de auto sacramental, se elevaron de golpe por encima de la esfera de lo pintoresco y habitual para recibir su significado más profundo.

Caterina Benincasa, hija de un sencillo maestro tintorero, no poseía riquezas, posición social ni poder, y sin embargo, gracias al magnetismo de su personalidad, influyó en la vida de las personas y de comunidades enteras mucho más allá de los confines de su ciudad natal, e incluso consiguió que el Papa, finalmente, y contra la voluntad de la mayoría de sus cardenales, abandonara Aviñón y regresara a Roma. En su carácter combinaba de un modo espiritual todas las cualidades de los sieneses: la mentalidad política encontró su expresión espiritual en su concepción de la unidad de toda la Cristiandad; el sentido caballeresco encontró un eco en el amor que ella irradiaba y despertaba; el habla fuerte y sonora de la Toscana –que aún hoy embellece a las mujeres de Siena como la danza ennoblece al cuerpo- se convirtió en sus labios en música sobrenatural. Si Siena ha producido algo comparable al gran poeta de Florencia, son los escritos de santa Catalina.

Pero el genio de una santa Catalina no se explica por las leyes de la herencia; tal grandeza va más allá de los que puede heredar de los antepasados o de lo que el ambiente o la intención pueden alimentar. La clave de esta grandeza de alma reside en las palabras de santa Catalina, que en un estado de éxtasis religioso, oyó de los propios labios de Cristo: “Yo soy El que es, y tú eres la que no es”.

Ese “tú” no tiene “ser” propio separado de su origen divino; expresa esa frágil red de impresiones y deseos cambiantes a la que el hombre suele llamar su “ego”. Su característica principal es el amor a sí mismo, que Catalina compara con una nube que vela la Luz divina en nuestros corazones. Consideraba en el nivel de nuestra naturaleza humana, esta luz es nuestra capacidad para distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal; en el plano superior, es el poder que nos da la Gracia de Dios para percibir la Divinidad. Es “la Luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo” (Juan I, 9). Sólo en Ella encuentra el alma su realidad eterna.



Vista de la ciudad al atardecer. A la derecha, la Catedral; a la izquierda, la iglesia conventual de San Domenico; en el centro, la torre del Ayuntamiento, y en primer plano un tramo de la muralla de la ciudad

En sus escritos, santa Catalina vuelve una y otra vez a esta verdad fundamental. Entre sus muchas cartas, podemos citar la siguiente, escrita a uno de sus discípulos, Ristoro Canigiani, de Florencia:

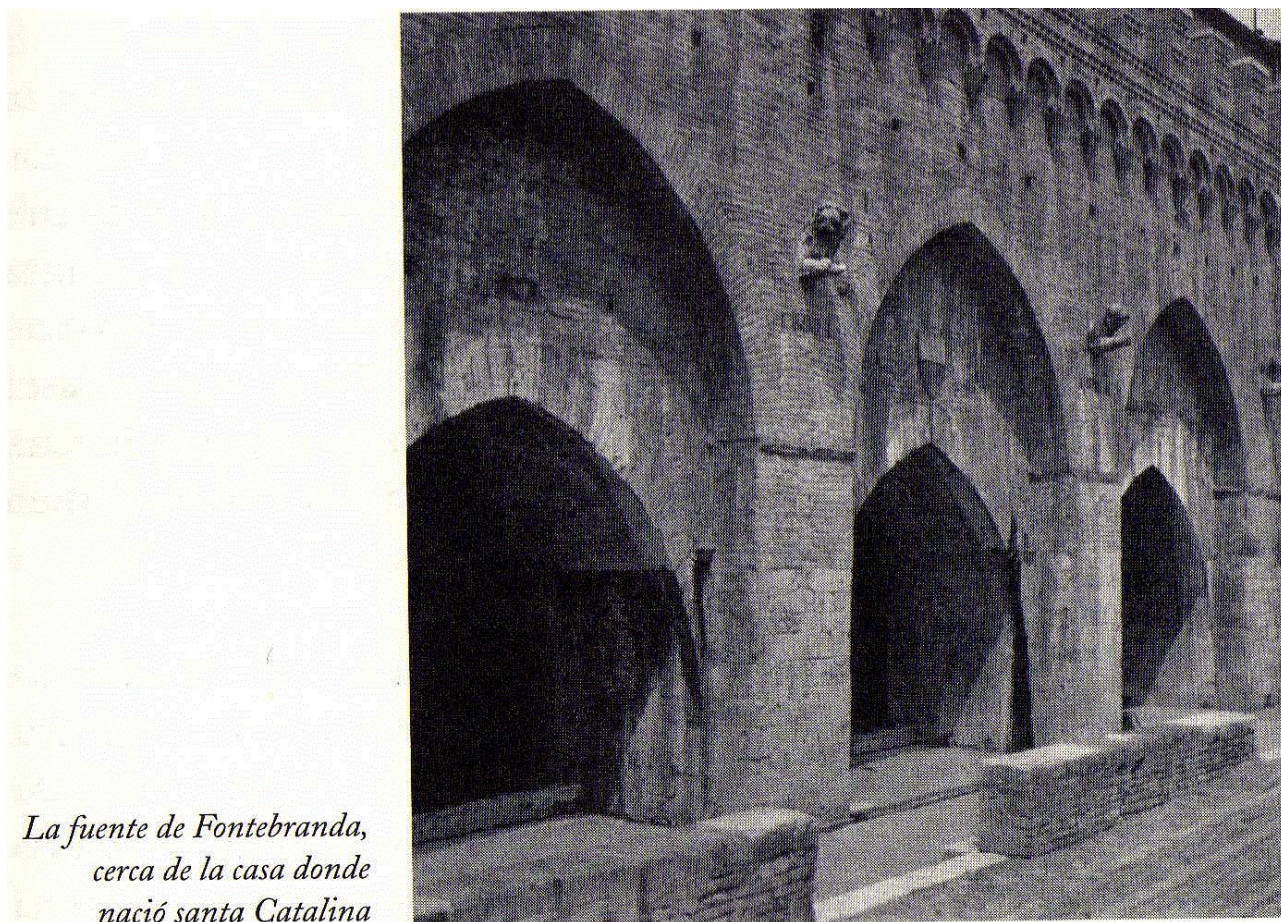
“Dios nos ha dado una luz natural, innata, que nos permite distinguir entre el bien y el mal, la perfección y la imperfección, la pureza y la impureza, la luz y la oscuridad, y entre lo infinito y lo finito. Es el discernimiento que Dios ha puesto en nuestro corazón, y la experiencia nos muestra repetidamente que poseemos esta capacidad. Me dirás: ‘Si poseemos esta capacidad de discernimiento, ¿por qué nos aferramos tan a menudo a lo que es perjudicial?’ A lo que contestaré: ‘Esto viene del amor a sí mismo, que vela a la Luz divina, al igual que una nube vela la luz del sol’. Por lo tanto, nuestras faltas no vienen de una falta de luz, sino de la nube que la oscurece. Y así ocurre que escogemos ciegamente lo que perjudica en vez de lo que beneficia al alma. Por su naturaleza, el alma se inclina hacia el bien y la cosa perfecta; pero el error viene del hecho de que el amor a sí mismo, privando de luz al alma, hace que ésta busque el bien donde no está. Por eso esas gentes engañadas ponen su corazón y su amor en las cosas de este mundo, cosas tan fugaces como el viento. ¡Oh hombre, necio más allá de toda necesidad! ¿Quién, si no tú, buscaría el bien donde reside el mayor mal y la luz donde sólo hay tinieblas? Donde está la muerte, buscas la vida; donde reina la pobreza, buscas riquezas, y buscas la infinitud entre las cosas finitas de este mundo. No encontrará el Bien el que lo busca donde no está. Para encontrar el Bien tenemos que volvernos hacia Dios mismo, que es la perfección eterna; y buscándolo allí, con seguridad lo encontraremos, pues en nuestro Dios no hay sombra de mal, sólo bien incomparable. Igual que el sol, el dador de luz, nunca puede darnos oscuridad, tampoco Dios puede darnos otra cosa que lo que tiene en Sí mismo. Entonces reconoceremos –si vemos con la ayuda de la Luz divina- que todo lo que Dios nos envía y todo lo que permite que la vida nos dé en cuanto a tribulaciones, dolor o miedo, es para conducirnos hacia lo alto y para enseñarnos a no buscar el bien en este mundo sino en el Sumo Bien. La perfección no está en este mundo, ni en las riquezas ni en cualquier otra condición que la vida terrenal pueda ofrecernos, pues en la tierra reinan la amargura y la tristeza. Aunque, sin reconocer que la mano de Dios nos guía, puede parecer que el hombre posee el mundo entero, su alma sufre y la gracia se retira. Dios nos concede lo bueno y perfecto, a saber, la gracia de buscarle verdaderamente, mientras que el hombre, cegado por su propia imperfección, cree que es malo lo que es por su bien. Sus propias malas acciones le privan de Dios y de la gracia de Dios, cosa que no reconoce como mal, y así sigue en su autoengaño.

“Por consiguiente, debemos fortalecer la luz natural de la percepción que se nos ha dado, evitando el mal y practicando la virtud, buscando con esta misma luz la perfección en el único lugar en que se puede encontrar. Y buscándola la encontraremos en Dios. Sólo entonces empezaremos a comprender el amor inefable que Dios nos ha mostrado por medio de Su Hijo, y la inefable devoción de Su Hijo, que derramó Su sangre por nosotros.

“Con esta luz innata, aunque imperfecta, obtendremos con la gracia de Dios la perfecta Luz sobrenatural que nos guía por los caminos de la verdad y nos da firmeza en todo momento y en toda circunstancia de la vida a la que Dios pueda conducirnos. Su infinita bondad nos otorgará esta gracia, pues Su único deseo es nuestra santificación. Lo repito, si despertamos este poder de discernimiento, esta luz interior de nuestra naturaleza, nos alejará del mal; pero la Luz superior o divina es celestial y nos guía hacia la virtud y hacia el Bien supremo ...”

Caterina Benincasa nació en el barrio de Fontebranda de Siena en 1347, un año antes de la epidemia de la Peste Negra, descrita por Agnolo di Tura, que asoló la ciudad. A la edad de diecisiete años entró en la orden de terciarios dominicos y vivió como una monja en la casa paterna. En 1374, cuando la peste apareció de nuevo en Siena, Catalina y otras hermanas terciarias que reunió a su alrededor se dedicaron al cuidado de los enfermos, sin pensar en el peligro que corrían. Antes de esto ya se había formado en torno a ella un grupo de jóvenes de ambos sexos, procedentes

de todas las capas sociales y de todas las profesiones. Cuando Catalina aún no tenía veintitrés años este grupo de discípulos se reunía regularmente para mantener conversaciones espirituales en la Capilla de la Bóveda, bajo el Hospicio de Santa Maria della Scala, donde aún hoy se reúne la Hermandad de Santa Catalina para practicar sus devociones. El círculo de sus discípulos y seguidores fue creciendo poco a poco hasta extenderse más allá de los límites de Siena. Catalina intervino en la vida pública con sus consejos y exhortaciones: reconcilió a familias hostiles, como los dos poderosos clanes aristocráticos de los Salimbeni y Tolomei, exhortó a tener una actitud más activa y vigilante a la negligente jerarquía eclesiástica e instó a los príncipes a participar en las cruzadas en vez de hacerse la guerra unos a otros.



*La fuente de Fontebranda,
cerca de la casa donde
nació santa Catalina*

En aquella época Siena estaba desgarrada por las disensiones partidistas. El gobierno de los “Nueve”, formado por ricos mercaderes, había perdido el poder en 1355. Siguió una serie de revoluciones políticas, producidas cada vez por la intervención combativa de la aristocracia depuesta. El gobierno de los mercaderes fue sustituido por el de los pequeños comerciantes, dirigido por un consejo de doce senadores. Los mercaderes ricos y la nobleza, excluidos ambos grupos del poder político, constituyeron entonces una fuerte oposición, contra la cual el Consejo de los Doce senadores sólo pudo gobernar haciendo uso del terror. En el año 1368 estos Doce fueron suplantados por el gobierno de los artesanos, que se autodenominaron “Reformadores”. Estos Reformadores consiguieron hasta cierto punto mantener el equilibrio de poder admitiendo como colaboradores a representantes de los partidos gobernantes anteriores, los llamados “Monti” (personajes prominentes), en el Consejo de su gobierno democrático. Así, pues, se restableció la paz política durante un tiempo, después que los fragmentos que quedaban de la jerarquía anterior fueran más o menos nivelados con la base popular, a expensas de lo que antaño había sido el organismo complejo y variado de la municipalidad.

En este marco histórico se inserta el siguiente episodio de la vida de santa Catalina. Un joven noble llamado Niccolò Tuldo, de Perugia, había incitado a sus amigos de Siena a oponerse al partido entonces gobernante de los “Reformadores”. Fue detenido y condenado a ser decapitado. En la cárcel perdió la fe en Dios. Sus confesores se esforzaron en vano para liberarle de esta blasfemia.

Santa Catalina sintió piedad de él y, bajo su influencia, el corazón del joven cambió. En este fragmento de una carta de santa Catalina a su confesor e hijo espiritual, el predicador padre Raimondo de Capua, se relata lo que ocurrió. En esta carta la santa habla repetidamente de la Sangre de Cristo, entendida como la Gracia que emana del sacrificio del Dios encarnado, que mana como la sangre de sus heridas. Utiliza la palabra “sangre” en el sentido de compasión, amor y fuerza del espíritu.

“¡Arriba, arriba, padre mío dulcísimo! No durmamos más. Porque oigo noticias tales que no quiero más lecho ni estado mundano. Acabo de recibir una cabeza en mis manos, que fue para mí tan dulce que el corazón no lo puede pensar, ni la lengua decir, ni el ojo ver, ni los oídos oír. La voluntad de Dios pasó a través de los otros misterios que habían ocurrido antes; de los cuales no voy a hablar porque sería demasiado largo. Fui a visitar a quien ya sabéis, y de ello recibí tal consuelo que se confesó y se preparó muy bien. Y me hizo prometer por el amor de Dios que, cuando llegara el momento de la sentencia, yo estaría con él. Así se lo prometí y así lo hice. Entonces por la mañana, antes de que sonara la campana, fui con él, y recibí un gran consuelo. Le llevé a oír misa, y recibí la sagrada comunión, que nunca había recibido antes. Su voluntad se conformó y se sometió a la voluntad de Dios; y sólo le quedaba un temor, el de no ser fuerte cuando llegara el momento. Pero la desmesurada y ardiente bondad de Dios le engañó, creando en él tal afecto y amor por el deseo de Dios que no podía estar sin Él, y decía: ‘Quedaos conmigo y no me abandonéis. Y así estaré bien y moriré contento’. Y apoyó la cabeza en mi pecho. Oí entonces la alegría y respiré la fragancia de su sangre; y no estaba sin la fragancia de la mía, que deseo derramar por el dulce Esposo Jesús. Y, creciendo el deseo de mi alma, y sintiendo su temor, dije: ‘Consuélate, dulce hermano mío, porque pronto llegaremos a la Boda. Irás allí bañado en la dulce Sangre del Hijo de Dios, con el dulce Nombre de Jesús, que no quiero que se te vaya nunca de la memoria. Y te esperaré en el lugar de la justicia’. Pensad, padre e hijo, que todo temor abandonó su corazón y su rostro cambió de la tristeza a la alegría; y estaba alegre, exultaba y decía: ‘¿De dónde me viene tanta gracia, que la dulzura de mi alma me esperará en el santo lugar de la justicia?’ ¡Ved que tenía tanta luz que llamaba santo al lugar de la justicia! Y dijo: ‘Iré muy alegre y fuerte, y me parecerá que tardo mil años en llegar, pensando que me esperáis allí’. Y dijo palabras tan dulces sobre la bondad de Dios que rompían el corazón.

“Le esperé en el lugar de la justicia; y esperé orando constantemente, en la presencia de María y de Catalina, virgen y mártir. Pero, antes de que llegara, me arrodillé y puse la cabeza en el tajo, pero mi deseo no acudió, porque tenía demasiada conciencia de mí misma. Entonces me incorporé y recé, la obligué, grité ‘¡María!’, porque quería esta gracia: que en el momento de la muerte ella le diera una luz y luego yo le viera llegar a la meta. Entonces mi alma se llenó tanto que aunque hubiera habido allí una multitud de personas no habría podido ver a ninguna criatura humana, a causa de la dulce promesa que ella me hizo.

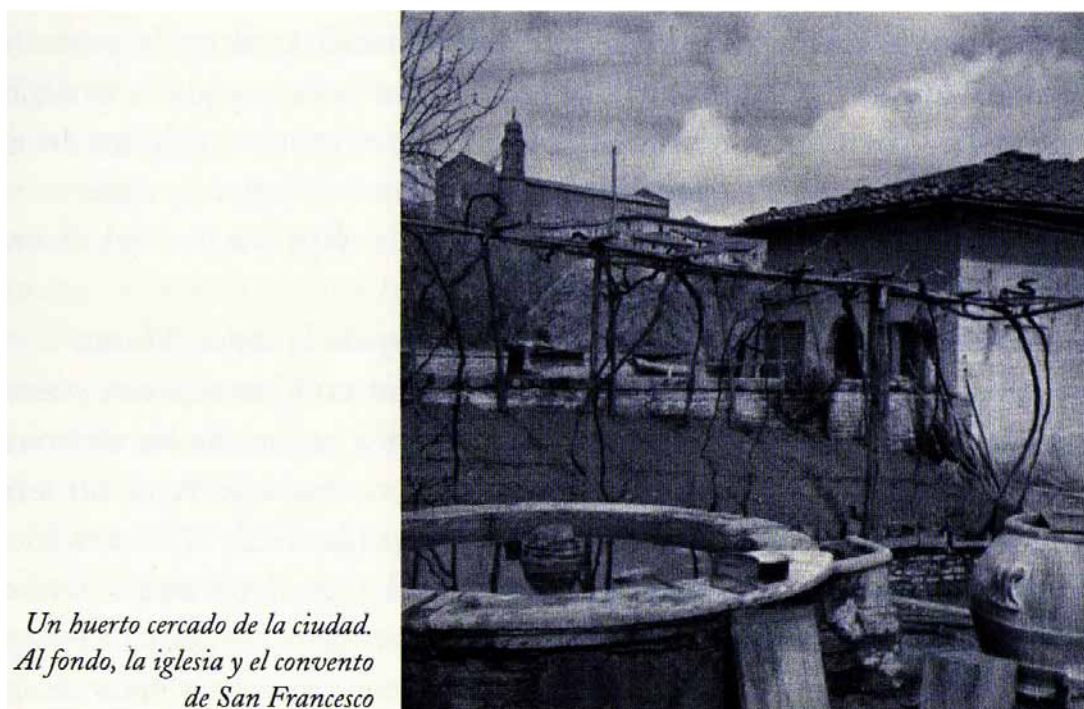
“Entonces llegó él, como un manso cordero; y al verme empezó a sonreír, y quiso que hiciera la señal de la cruz. Y cuando hubo recibido el signo le dije: ‘¡Abajo! ¡A la Boda, dulce hermano mío! Que pronto estarás en la vida perdurable’. Se arrodilló con gran mansedumbre, y yo le estiré el cuello; y me incliné y le recordé la Sangre del Cordero. Sus labios no decían más que ‘¡Jesús!’ y ‘¡Catalina!’. Y, diciendo esto, recibí su cabeza en mis manos, cerré los ojos en la Bondad divina y dije: ‘¡Quiero!’.

“Entonces se vio Dios y Hombre, como si viese la claridad del sol. Y Él estaba allí herido y recibía la sangre: un fuego de deseo santo, dado y oculto en el alma por la gracia. La recibió en el fuego de Su divina caridad. Cuando Él hubo recibido su sangre y su deseo, también recibió su alma, que puso en la cámara del tesoro abierta de Su Costado, llena de misericordia, manifestando la Verdad principal, que sólo por la gracia y la misericordia la recibía, y no por ninguna otra operación. ¡Oh, qué dulce e inefable era ver la bondad de Dios!”

La exclusión de los nobles del gobierno de las ciudades-estado italianas se pagó muy cara: privados del elemento militar en sus consejos, las ciudades eran incapaces de defenderse de los numerosos aventureros dispuestos a guerrear como mercenarios a sueldo de algún gran señor. Estos soldados de fortuna, cuando sus servicios ya no eran necesarios, vagaban por el país aterrorizando y chantajeando a las ciudades. En estas bandas, dirigidas en su mayoría por *condottieri* alemanes o ingleses, había cierto número de nobles desposeídos y degenerados. Entre los años 1364 y 1366, el territorio sienés era periódicamente asolado por una de estas bandas, que dirigía Sir John Hawkwood, llamado “Aguto” por los italianos. En vano la República había obtenido de él –a costa de considerables sumas de dinero- la promesa de que no atacaría a Siena en el futuro: él aceptaba el dinero y después rompía sus promesas. Santa Catalina envió al padre Raimondo de Capua a exhortar a Sir John Hawkwood a que abandonara sus incursiones y se enrolara en cambio en una cruzada, pero su intervención no tuvo éxito.

El resultado de la deposición del consejo de los mercaderes ricos fue que el comercio decayó, la riqueza disminuyó y Siena fue perdiendo gradualmente sus extensas relaciones comerciales.

La confusión reinaba no sólo en Siena, sino en toda Italia. El Emperador no podía hacer nada. Cuando Carlos IV, que en 1368 se encontraba en Siena, ofreció su ayuda a la nobleza y a los “Doce” para que se sublevaran contra el gobierno democrático de los “Reformadores”, fue rechazado y humillado por el pueblo sienés.



*Un huerto cercado de la ciudad.
Al fondo, la iglesia y el convento
de San Francesco*

El Papa, que residía en Aviñón desde 1309, había perdido el apoyo y la confianza del pueblo italiano.

Santa Catalina comprendió que la raíz de este mal se hallaba no sólo en el contexto de la política ciudadana o en la decadencia espiritual del clero, sino más particularmente en el hecho de que el jefe de la Iglesia no residiera en la ciudad santa consagrada por la tradición, sino en el exilio y bajo la protección extranjera y sometido a su influencia. Por lo tanto, concentró la fuerza de su oración y de sus exhortaciones a conseguir el regreso del Papa a Roma. Consiguió restablecer la paz entre las ciudades de la Toscana y reconciliarlas con el Papa. A continuación damos un fragmento de una carta de santa Catalina al papa Gregorio XI:

“Unos embajadores de Siena se dirigen a ver a Vuestra Santidad. Si hay alguien en el mundo a quien se pueda conquistar con su amor, son ellos. Por eso os ruego que intentéis ganároslos de este modo. Sed un poco indulgente con sus excusas por la falta que han cometido, pues lo lamentan mucho; y les parece que han ido tan lejos que ahora no saben qué tienen que hacer. Plazca a Vuestra Santidad, dulce padre mío, que si veis alguna manera en que pudieran actuar respecto a Vuestra Santidad y que os complaciera, y con la que pudieran dejar de estar en la guerra en el bando de aquellos con los que se han aliado, os ruego que se lo digáis. Sostenedlos por el amor de Cristo crucificado. Creo que, si lo hacéis así, será un gran bien para la santa Iglesia y una menor fuente de mal”.

La santa no temía reprocharle al Papa la depravación del clero o acusarle a él mismo de tibieza:

“En el nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María:

“A vos, reverendísimo y dilectísimo padre en Cristo Jesús, vuestra indigna, mísera y miserable hija Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, escribe en Su preciosa sangre, con el deseo de veros un árbol fructífero, lleno de dulces y suaves frutos, y plantado en tierra fértil (porque si estuviera fuera de la tierra se secaría y no daría fruto), esto es, en la tierra del verdadero conocimiento de vos mismo. Porque el alma que se reconoce a sí misma se humilla porque no ve en sí misma nada de que enorgullecerse; y madura el dulce fruto de la caridad ardentísima, reconociendo en sí misma la desmesurada bondad de Dios; y consciente de que no es, atribuye todo su ser a Aquel que es, de ahí que parece que el alma está obligada a amar aquello que Dios ama y a odiar aquello que odia.

“Oh dulce y verdadero conocimiento, que llevas contigo el cuchillo del odio y con ese odio extiendes la mano del santo deseo para arrancar y matar el gusano del amor de sí mismo, que es un gusano que destruye y roe la raíz de nuestro árbol, el cual no puede dar ningún fruto de vida, sino que se seca y su verdor no dura. Porque si un hombre se ama a sí mismo, el perverso orgullo, cabeza y fuente de todo mal, vive en él, sea cual sea su estado, prelado o súbdito. Si sólo se ama a sí mismo, esto es, se ama por sí mismo y no por Dios, no puede hacer otra cosa que mal, y toda virtud está muerta en él. Semejante hombre es como una mujer que da a luz hijos muertos. Y así es en verdad, porque no ha tenido la vida de caridad en sí mismo, y sólo se ha preocupado por las alabanzas y la propia gloria, y no por el nombre de Dios. Digo, pues: si es un prelado hace daño, porque por el amor de sí mismo (esto es, por no incurrir en el desagrado de las criaturas), al que está ligado por la satisfacción de sus deseos, la justicia santa muere en él. Porque ve a sus súbditos cometer faltas y pecados y finge no verlos y no les corrige; o, si les corrige, lo hace con tanta frialdad y tibieza que no consigue nada, sino que es un remodelar el vicio; y siempre tiene miedo de molestar y de entrar en peleas. Todo esto porque se ama a sí mismo. Y a veces estos hombres quieren arreglarlo todo con medios pacíficos. Yo digo que esta es la peor crueldad que se pueda tener. Si la herida, cuando es necesario, no se cauteriza con el fuego o no se corta con el hierro, sino que sólo se cubre con unguento, no sólo no se cura, sino que lo infecta todo, y muchas veces de ello sigue la muerte”.

En el año 1376 santa Catalina viajó a Aviñón como mediadora entre Florencia y el papa Gregorio XI, y desde allí escribió a los “Ocho de la Guerra”, la magistratura elegida por los comunes de Florencia, una carta, cuyos pasajes más importantes citamos a continuación:

“Pero me quejo mucho de vosotros, si lo que se dice aquí es cierto; que habéis aplicado un impuesto a los clérigos. Si es así, es un gran mal por dos razones. La primera es que estáis ofendiendo a Dios pues no podéis hacer esto con buena conciencia. Pero a mí me parece que estáis perdiendo vuestra conciencia y todo lo que es bueno; parece como si no os importara nada más que las cosas transitorias de los sentidos, que pasan como el viento. ¿No veis que somos mortales y debemos morir, y no sabemos cuándo? Por lo tanto, es una gran locura tirar la vida de la gracia y darse la muerte a sí mismo. No deseo que lo hagáis más, pues si lo hacéis estaréis volviendo atrás, y sabéis que no es el que empieza el que merece la gloria, sino el que persevera hasta el fin. Por eso os digo que nunca conseguiréis una paz efectiva si no perseveráis en la humildad, dejando de insultar y ofender a los ministros y a los sacerdotes de la santa Iglesia.

“Esta es la otra cosa que os decía que era perniciosa y mala. Pues además del mal que se recibe por ofender a Dios, como he dicho, os digo que esto es arruinar vuestra paz. Porque el santo Padre, si lo supiera, concebiría una mayor indignación contra vosotros.

“Esto es lo que han dicho algunos cardenales, que buscan y desean ardientemente la paz. Ahora, al oír esto, dicen: ‘No parece cierto que los florentinos quieran hacer la paz, pues si fuera cierto evitarían la menor acción que fuera contraria a la voluntad del santo Padre y a las costumbres de la santa Iglesia’. Creo que estas palabras y otras similares las puede decir el mismo dulce Cristo en la tierra, y si las dice tiene excelentes razones para hacerlo.

“Os digo, carísimos padres, y os ruego, que no queráis impedir la gracia del Espíritu Santo, que sin ningún mérito vuestro Él, por Su clemencia, está dispuesto a daros. Podríais hacer que cayera sobre mí gran vergüenza y vituperio. Porque no puede resultar más que vergüenza y confusión si yo digo al santo Padre una cosa y vosotros hacéis otra. Os ruego que esto no vuelva a suceder. Es más, esforzaos en demostrar con hechos y palabras que deseáis la paz y no la guerra.

“He hablado con el santo Padre. Por la bondad de Dios y la suya, me escuchó amablemente y mostró tener un ardiente amor por la paz, como un buen padre, que no considera tanto la ofensa que ha recibido del hijo como que éste se ha vuelto humilde, para poder hacerle plena misericordia. La singular alegría que sintió, mi lengua no la podría describir. Después de hablar con él largo rato, al final de nuestra conversación dijo que si vuestro caso era tal como yo lo presentaba estaba dispuesto a recibirlos como hijos y a hacer lo que me pareciera más conveniente. Aquí no digo más. Me parece que no se debería dar absolutamente ninguna otra respuesta al santo Padre hasta que lleguen vuestros embajadores. Me sorprende que aún no estén aquí. Cuando vengan hablaré con ellos, y después con el santo Padre, y os escribiré para deciros qué disposiciones he encontrado. Pero vosotros, con vuestros impuestos y vuestras frivolidades, estáis echando a perder lo que se siembra. No lo hagáis más, por el amor de Cristo crucificado y por vuestro beneficio. No digo más. Quedad en la santa y dulce dilección de Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

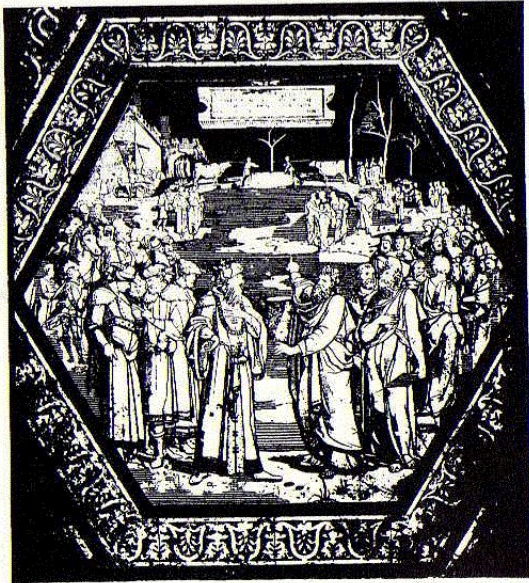
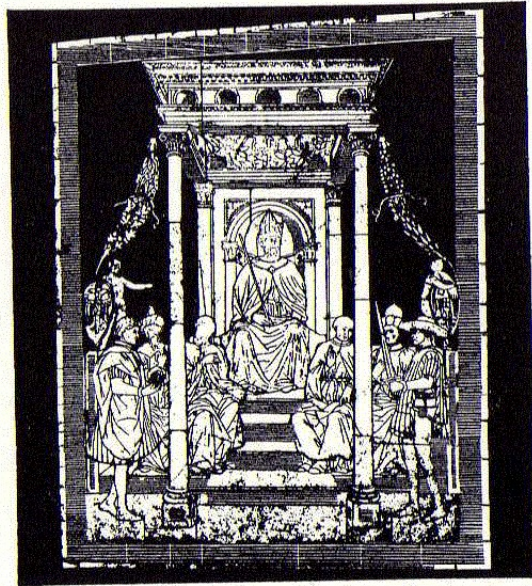
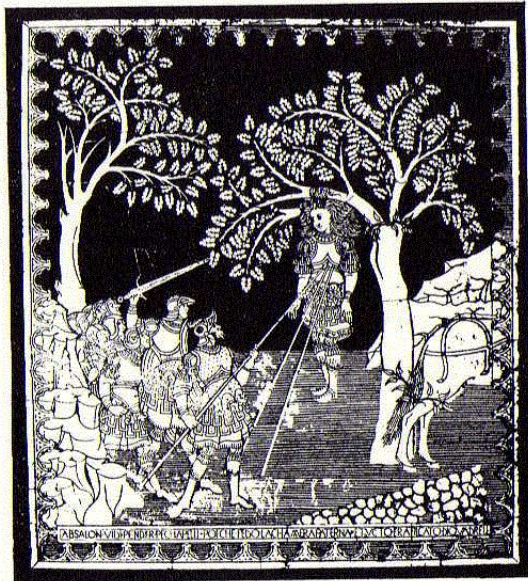
“Dada en Aviñón, el día 28 de junio de 1376”.

El principal objetivo de santa Catalina era convencer al Papa de que regresara a Roma, y consiguió convencer personalmente a Gregorio XI de la necesidad de su regreso. Pero los cardenales franceses desde el principio habían hecho todo cuanto estaba en su poder para ridiculizar los esfuerzos de santa Catalina y para vilipendiar su carácter. Ahora multiplicaron sus esfuerzos, creando todos los obstáculos imaginables para impedir la partida del Papa. Catalina, que había precedido al Papa a Roma, le escribió la carta siguiente:

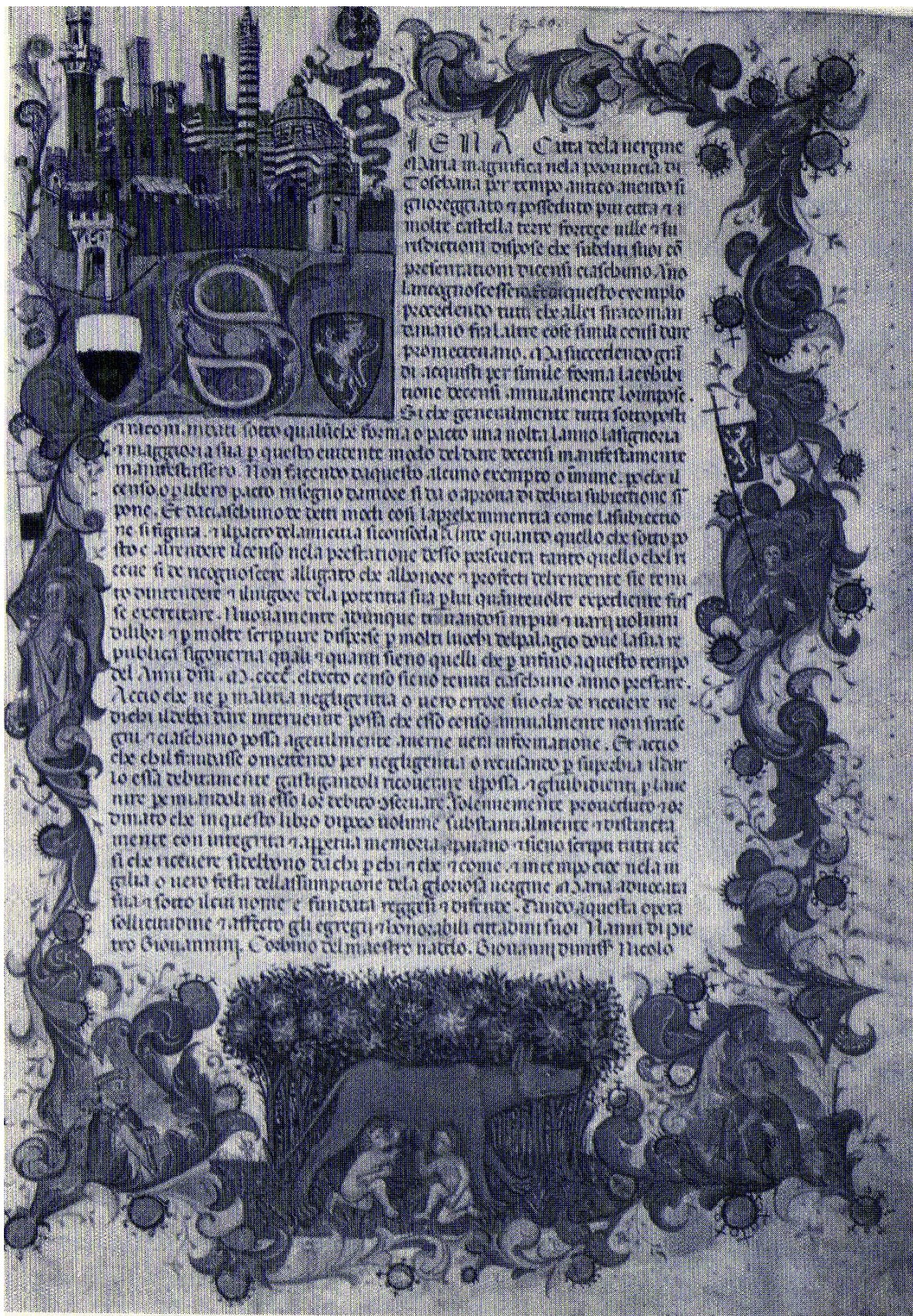
“En el nombre de Jesucristo Crucificado y de la dulce María:

“Santísimo padre en Cristo dulce Jesús, vuestra indigna y miserable hija Catalina se encomienda a vos en Su preciosa sangre, con el deseo de veros como una roca firme y fortalecida en la buena y santa determinación, de modo que por muchos y muy contrarios que sean los vientos que os azoten, tanto si vienen de hombres del mundo como del engaño y la malicia diabólica, no os perjudiquen. Pues sólo quieren dificultar todo el bien que puede venir de vuestra partida [de Aviñón]. Entendí por la carta que me mandasteis que los cardenales alegan que el papa Clemente IV, cuando había que hacer algo, nunca lo hacía sin el consejo de sus hermanos cardenales; aun cuando a menudo le pareciera que su propia opinión era más útil, él seguía la de ellos. Ay, santísimo Padre, ellos aducen el ejemplo del papa Clemente IV, pero no el de Urbano V que, cuando tenía dudas sobre algo, sobre si era mejor hacerlo o no, pedía consejo; pero en las cuestiones en las que estaba seguro, como lo estáis vos de la necesidad de partir, no se atenía al consejo de otros, sino que seguía el suyo propio y no hacía caso aunque todos estuvieran contra él. Me parece que el consejo de los buenos sólo considera el honor de Dios, la salud de las almas y la reforma de la santa Iglesia, y no su interés propio. Digo que hay que seguir el consejo de tales hombres, pero no el de los que sólo se preocupan por sus vidas y por los honores, recompensas y placeres, porque su consejo va por donde están sus preferencias. Os ruego en el nombre de Cristo crucificado que plazca a Vuestra Santidad darse prisa. Utilizad un sango engaño: aparentad una disposición a quedaros, y luego actuad pronto y rápidamente, pues cuanto antes actuéis menos tendréis que estar en medio de estas angustias y tribulaciones. Me parece también que os están haciendo aprender de los animales salvajes, que, cuando han escapado una vez de una trampa, nunca vuelven a ella. Hasta ahora habéis escapado de la trampa de sus consejos, en la que una vez os hicieron caer, cuando retrasasteis vuestra venida; y fue el diablo el que hizo tender esa trampa, para que se produjeran todo el daño y todo el mal que se produjeron. Vos, que sois sabio y estáis inspirado por el Espíritu Santo, no caeréis de nuevo en la trampa. Démonos prisa, dulce padre mío, y sin temor. Si Dios está con vos, nadie estará contra vos. Acudid de prisa junto a vuestra Esposa [la Iglesia], que os espera con las mejillas pálidas, para devolverle el color. No os cansaré con más palabras, aunque hay muchas más cosas que podría decir. Quedad con el dulce y santo favor de Dios. Perdonad mi presunción. Humildemente pido vuestra bendición. Jesús dulce, Jesús amor.

Finalmente, en enero de 1377, el papa Gregorio XI entró en Roma, donde, unos meses más tarde, murió. Hasta el día de su muerte, santa Catalina fue su consejera. Con gran dolor, la santa vio el cisma que dividió a la Iglesia tras la muerte del papa Gregorio XI. Este cisma fue consecuencia de la elección de Urbano VI en Roma y del antipapa Clemente VII en Aviñón, al que apoyaban los cardenales franceses. Santa Catalina luchó para obtener el reconocimiento de Urbano VI como sucesor legítimo de san Pedro. Murió en 1380, exhausta y profundamente dolida por aquella funesta disensión entre cristianos. El mismo año de su muerte nació san Bernardino de Siena.



Tres recuadros del pavimento de mosaico de la catedral de Siena. Arriba, a la izquierda: la muerte de Absalón, por Pietro del Minella (1447). Arriba, a la derecha: el emperador Segismundo en su trono, por Domenico di Bartolo (1434). Abajo: el pacto entre Elías y Acab, por Domenico Beccafumi (1517). Véase el texto, pág. 69



Página miniada de un libro de contabilidad (biccherna) del año 1400. Arriba: sobre la letra «S» de la palabra Siena hay una vista simplificada de la ciudad con el dragón de los Visconti, duques de Milán, con los que en aquel momento Siena estaba aliada. Abajo: la loba romana con los gemelos Rómulo y Remo, los antepasados míticos de los sieneses. Archivio si Stato, Siena

CIVITAS VENERIS

El escultor florentino Lorenzo Ghiberti describe en su libro de memorias un hecho que fue el preludio del Renacimiento en la Siena del siglo catorce:

“En 1345 se encontró en Siena una estatua [de Venus] similar a la de Florencia y a la de Roma, hecho que causó un gran júbilo. Los expertos consideraron que se trataba de una obra extraordinaria. El nombre del escultor, firmado en el pedestal, era el de Lisipo, el famoso maestro. Detrás de Venus había un delfín, sobre el que la diosa se apoyaba. Yo no vi esta estatua personalmente, sino sólo un esbozo que hizo de ella el gran pintor sienés Ambrogio Lorenzetti, que era amigo íntimo de un anciano hermano cartujo. Este cartujo, llamado Jacomo, era orfebre, como lo fue su padre antes que él; también era un buen dibujante y escultor. Fue él quien me contó cómo se encontró la estatua cuando hacían los cimientos en el lugar donde antes estaban las casas de la familia Malavolti. Todos los coleccionistas y expertos en escultura, los orfebres y todos los pintores célebres acudieron a inspeccionar esta maravillosa pieza de escultura. Recibió los elogios más grandes; de hecho, en opinión de todos los pintores que vivían en Siena en aquel momento, era una obra maestra. Con grandes honores, como para algo completamente excepcional, la estatua fue instalada en el Campo, en el lugar de la fuente, y la ocasión se celebró con grandes festividades ...”

Pero esta figura de Venus pareció traer la desgracia a Siena. Se la consideró responsable de la derrota que Siena sufrió en la reiniciada guerra contra Florencia, pues se dijo que el homenaje tributado a Venus quizá había ofendido a la santa Protectora de la ciudad. Y quizá Venus también era la causa de los adulterios y otras inmoralidades que de pronto se habían vuelto tan frecuentes. Así, pues, al cabo de dos años, el Consejo decidió que había que demoler la estatua y enterrar los fragmentos. Algunos consejeros incluso sugirieron que éstos se esparcieran por el territorio florentino.

Durante un breve período –apenas cincuenta años– casi pareció que los primeros brotes del Renacimiento se hubieran cortado y enterrado bajo tierra, pero el inicio del siglo quince lo vio rebrotar con fuerza redoblada. No sólo en el arte, sino también en la vida cotidiana de la gente, Venus alcanzó tal dominio que Enea Silvio Piccolomini, el célebre humanista sienés, que más tarde se convertiría en el papa Pío II, llamó irónicamente a Siena *Civitas Veneris*.

Desde el punto de vista moderno, la decisión del Consejo de destruir la figura de Venus puede parecer supersticiosa. Pero de hecho era un acto de sana autodefensa por parte de un período que todavía pertenecía a la gran tradición gótica, una disciplina que había espiritualizado todas las formas. Al mismo tiempo, con el despertar del interés por toda clase de fenómenos naturales, y a causa de la sobrevaloración de la habilidad artesanal, la gente se había vuelto sensible y receptiva al especial encanto sensual que emanaba del naturalismo antiguo. El hecho de que a comienzos del siglo quince la idea de un “renacimiento” de la ciencia y el arte antiguos hubieran seducido a la imaginación de casi todas las personas cultas y de los habitantes de la ciudad, muestra que el medievalismo ya era cosa del pasado. No es que el pueblo en conjunto estuviera dispuesto de entrada a aceptar una nueva filosofía, porque esto era el privilegio de unos pocos; pero la opinión general había cambiado imperceptiblemente debido a la ruptura de la estructura tradicional de la sociedad, un orden estructural que había dado unos contornos definidos e inteligibles a la vida comunitaria. Ya hacía tiempo que la verdadera jerarquía de las castas se había ido socavando, la mundanalidad había invadido la Iglesia, y la nobleza contaba menos que el dinero.

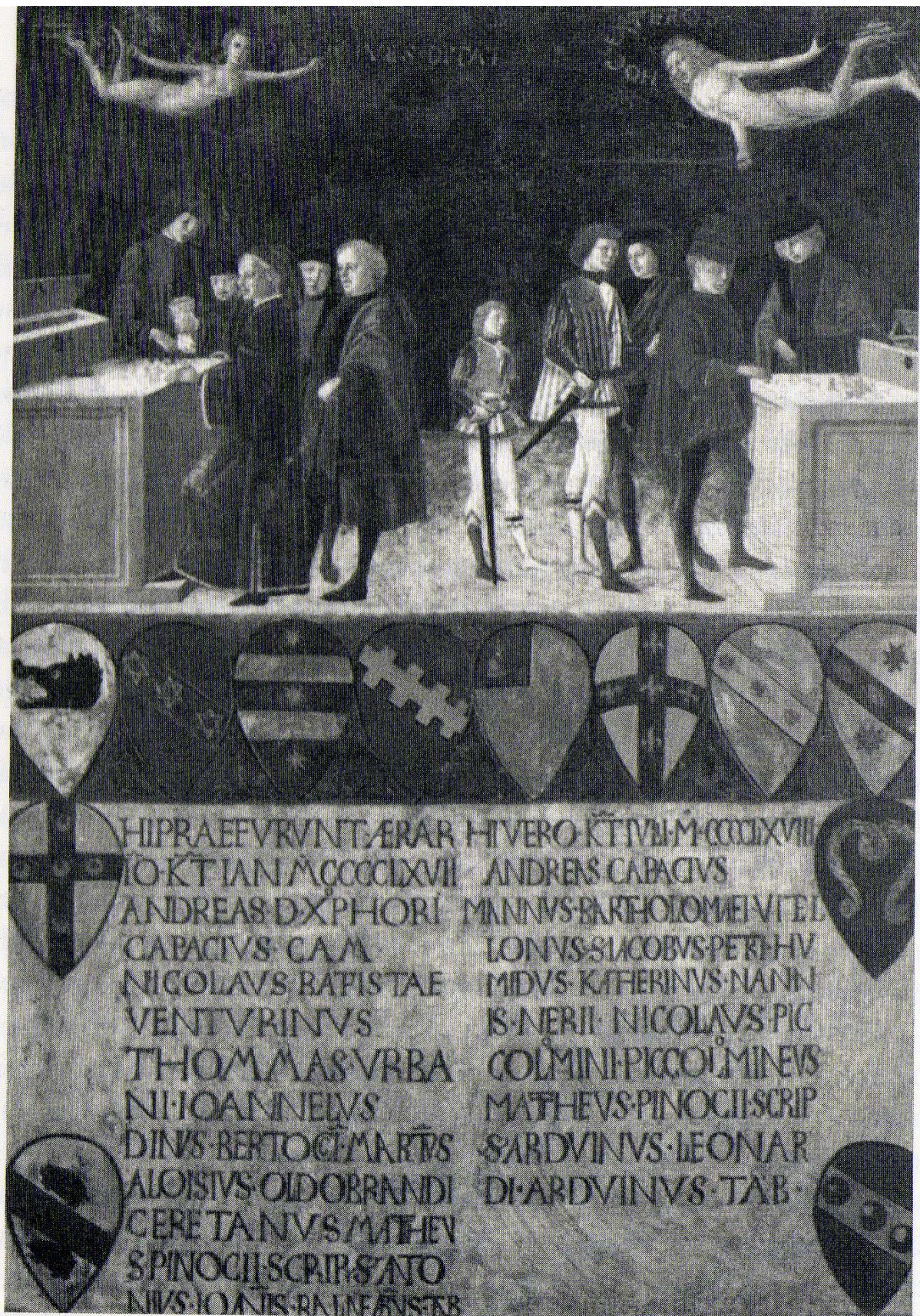
Los cargos públicos ya no eran una expresión de la ley cósmica, de la que el hombre era meramente el instrumento: ya no se “confería” un cargo, o sólo se hacía en apariencia; en realidad los cargos se obtenían a la fuerza o mediante soborno. Así, las formas tradicionales llegaron a perder su significado espiritual, por lo que se consideraron estrechas o rígidas, y finalmente se abandonaron. Y se produjo la liberación: todas las fuerzas se expandieron, las artes florecieron, la ciencia percibía nuevos horizontes, y los hombres ansiosos de poder vieron el camino abierto ante sí.

La concepción de la vida en la que se apoyaba la cultura medieval, y que Dante bosquejó, por decirlo así, a modo de recapitulación final, reconocía en la jerarquía su ley suprema, en virtud de la cual todo lo que tiene existencia deriva, por grados, del Ser Eterno, de modo que cada cosa existente tiene su principio en el hecho de que representa una imagen de algo superior. Desde el punto de vista cristiano, esta ley deriva de la doctrina de la encarnación del Verbo eterno de Dios, pues, si el hombre no fuera la lejana imagen de Dios, Dios nunca hubiera adoptado su forma.

La jerarquización es la Unidad que se manifiesta en la multiplicidad a través de una diferenciación que, siendo de naturaleza cualitativa, no es separación, de modo que cada elemento singular, con su cualidad específica y con el grado que le es propio, expresa el orden único general. Este orden es como la luz, que, al fraccionarse a través de un prisma, revela la gama múltiple de sus colores pero, a pesar de toda esta riqueza, sigue siendo una.

Cuando esta jerarquía de la realidad se rompe, y cada elemento singular pretende ser el todo, no sólo quedan los elementos fuera de su lugar en el orden eterno de las cosas sino que también pierden su carácter especial e inimitable y dejan de ser ellos mismos.

Un ejemplo aparentemente superficial pero no obstante significativo de esta evolución se puede observar siguiendo la historia de la vida artística sienesa, concretamente en la realización del pavimento de mosaico de la catedral entre los años 1370 y 1550. En rigor, este suelo no está decorado con mosaicos, sino con una especie de taracea de mármoles de diferentes colores. Es una técnica particular que exige habilidad en el dibujo y una composición ornamental adecuada para una superficie sobre la que se puede caminar y cuya decoración no se contempla como un cuadro colgado en una pared. La costumbre de crear pavimentos con mosaicos se remontaba a épocas antiguas y nunca había desaparecido del todo. Es posible que Dante, con su descripción de un sendero recubierto de imágenes simbólicas por el que asciende al monte purificador (*Purg.* XII, 133 ss.), inspirara a los sieneses el proyecto de la pavimentación de su catedral. Las partes más antiguas de este revestimiento del suelo, realizadas poco después de 1370, son de un estilo casi heráldico, de modo que el suelo todavía aparece como una extensión plana y no entra en conflicto para nada con el conjunto arquitectónico. Las composiciones creadas a comienzos del siglo quince por Domenico di Bartolo o por Pietro del Minella se apartan de este principio al estar realizadas en perspectiva, pero se trata todavía de una perspectiva tan poco acusada que el suelo sigue siendo un área plana. Pero a principios del siglo dieciséis, cuando Beccafumi realizó las partes centrales, se pusieron en juego todos los medios a disposición del dibujante para representar la distancia: perspectiva, claroscuro, grandes efectos de nubes, etc. El artista ya no tuvo en cuenta la armonía estructural del conjunto del edificio en el que iban a estar sus obras, sobre las que iba a andar la gente; sus paneles blancos y negros se esfuerzan por serlo todo al mismo tiempo: pintura, arte plástico y arquitectura, y así sólo consiguen crear un efecto irreal y confuso.



El ministerio de hacienda en la paz y en la guerra. A la izquierda, el cobro de los impuestos; a la derecha, el pago a los mercenarios. Miniatura de la cubierta de un libro de contabilidad municipal (biccherna) del año 1468. Archivio si Stato, Siena

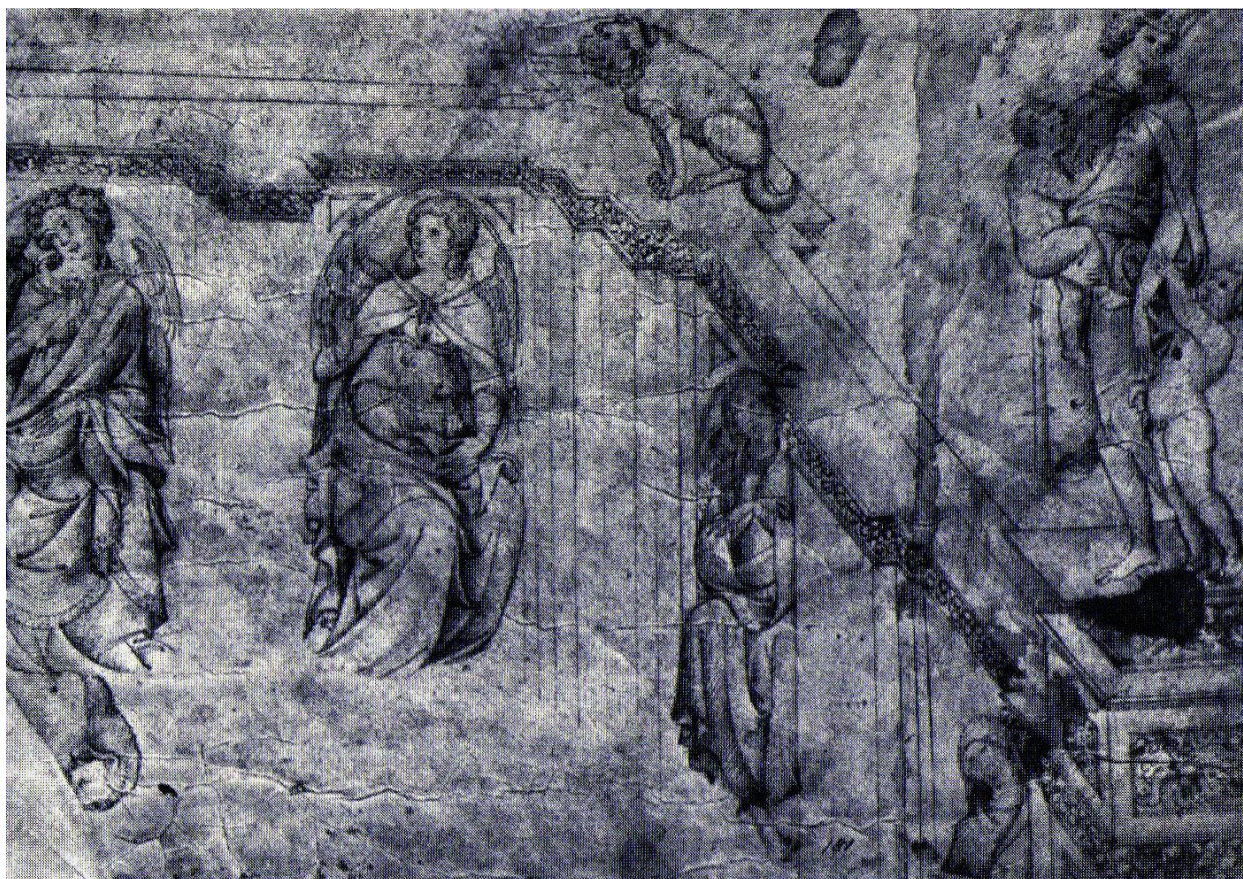
Un cambio similar se está produciendo en el campo científico: por primera vez se empezó a cultivar un saber y una investigación que ya no tenía ninguna relación directa con la naturaleza integral del alma humana. Hasta entonces se había considerado que un conocimiento científico cultivado correctamente confería una sabiduría real al hombre. Se suponía que las diversas ciencias liberales –que anteriormente se llamaban las “artes liberales”- conferían un conocimiento más profundo de la unidad intrínseca del mundo, construido como una catedral divina. Así, todo el conocimiento heredado había tenido, hasta aquel momento, un fondo espiritual que sólo se podía comprender intuitivamente. Esta concepción, sin embargo, ya se veía lastrada por cierta rutina racionalista en la época en que el Renacimiento empezaba a manifestarse. Ahora se quería liberar a la ciencia: la investigación científica había que cultivarse por sí misma, igual que se propugnaba la práctica del arte por el arte. Era algo inaudito que la ciencia ya no persiguiera un fin espiritual que tuviera en cuenta al hombre en su totalidad, como ser inmortal que vivía más allá de la muerte. El resultado inmediato de este cambio de tendencia fue un trastorno moral, que adquirió formas más graves en los medios intelectuales que en la población en general. En Siena, la relajación moral de la Grecia tardía llegó a aceptarse como un modelo de vida que lo justificaba todo. Lo demuestra un libro de un antiguo miembro del *Studium generale* de Siena titulado *Hermaphroditus*, que describe meticulosa y provocativamente todas las formas imaginables de orgías, tanto heterosexuales como homosexuales, como *figurae Veneris*.

En el plano político, el Renacimiento fue la edad de oro de los dirigentes autoritarios y violentos. Siena, aunque no tenía un gobierno principesco, se vio indirectamente implicada en este estado de cosas, pues se vio obligada a doblegarse sucesivamente a diversos poderes extranjeros y tuvo que pilotar con cuidado su nave en medio de esas aguas turbulentas a fin de no zozobrar. Primero, desde 1399 hasta 1402, fue Gian Galeazzo Visconti, duque de Milán, después, desde 1408 hasta 1409, el rey Ladislao de Nápoles, desde 1432 hasta 1439, el emperador Segismundo de Bohemia, y finalmente, desde 1478 hasta 1480, Alfonso, duque de Calabria. Todos ellos, con más o menos fuerza, impusieron su voluntad a Siena.

Quizá la tardanza de los pintores sieneses de principios del siglo quince en aceptar completamente el naturalismo del Renacimiento se debió en parte al hecho de que Siena no estaba gobernada por príncipes, pues el pueblo creyente, al que estaba destinado este arte, era fiel a los prototipos tradicionales santificados por los milagros y por una antigua práctica. En consecuencia, el arte eclesiástico siguió siendo de estilo gótico durante mucho tiempo. Cierta prudente representación del espacio y el claroscuro introducida recientemente en la pintura religiosa le daba a ésta a primera vista un atractivo especial, algo íntimo, más cálido, más expresivo; en realidad, casi se podría considerar un nuevo florecimiento del lenguaje gótico en la pintura. No obstante, este aparente enriquecimiento de la representación de los personajes sagrados en un ambiente hogareño, doméstico, como amigos o parientes del pintor que vivían en un entorno común y vestían trajes urbanos convencionales, les privaba de su inviolabilidad divina. Podemos seguir este proceso de cambio comparando las numerosas representaciones sienesas de la Virgen: el rostro de la Reina de los Cielos ya no está, como en las pinturas anteriores, misteriosamente envuelto en la luminosidad de su aureola; ahora no es más que una figura femenina, noble pero ya no sobrenatural, colocada ante un círculo dorado suspendido detrás de su cabeza. El azul insondable del manto de la Virgen, característico de todas las imágenes de la Virgen del siglo trece e incluso del catorce, se ha convertido en un color duro, casi crudo, que indica con el claroscuro el contorno de una figura tridimensional. Desde el momento en que la pintura abandonó el orden jerárquico y adoptó las cualidades de la escultura, el poder ilustrativo del color y el lenguaje directo de la línea se sacrificaron. La pintura ya no se conformaba con indicar lo divino, sino que intentaba producir una ilusión imitativa y se hacía demasiado sofisticada y dependía únicamente de las emociones. Por eso, la irrupción del pleno Renacimiento, con el triunfo de la fría razón y de una abierta sensualidad, no pudo sino sentirse como una liberación.



*Paolo di Giovanni Fei: Nacimiento de la Virgen. Hacia 1400. Pinacoteca Nazionale, Siena.
Esta pintura es un ejemplo del nuevo modo de representar el espacio, que muestra
la influencia del Renacimiento pero que al mismo tiempo conserva la línea gótica tradicional*



*Boceto para la Fonte Gaia de Jacopo della Quercia. Victoria and Albert Museum, Londres.
Comparado con la ejecución escultórica de este tema, el boceto tiene
todavía una fuerte influencia gótica*



*Un fragmento de la Fonte Gaia conservado
en el balcón del Ayuntamiento, Siena*

En este aspecto, la escultura se adelantó a la pintura, pues Siena posee en la Fonte Gaia de Jacopo della Quercia una de las primeras esculturas renacentistas, creada entre los años 1409 y 1412. Primero adornó el Campo; hoy en el lugar del original hay una copia bastante buena, realizada en fecha posterior. Los fragmentos que quedan de la antigua cornisa de la fuente, tallada en relieves y figuras se conservan en el balcón del Ayuntamiento.

“Fonte Gaia” significa “Fuente Alegre”, y es cierto que en esta obra escultórica hay cierta animación juvenil que la acerca al arte griego, en comparación con las obras más tardías del Renacimiento, próximas al pathos romano. De la tradición gótica, Jacopo della Quercia extrajo los rasgos de nobleza y encanto, y de la escuela antigua, su serenidad despreocupada. Sus esbozos para la fuente se han conservado cuidadosamente, y muestran hasta qué punto el artista se basaba todavía en la tradición gótica.

En este primer período del Renacimiento se manifiesta una actitud aristocrática que trata de distanciarse del mundo de las corporaciones, que había dominado la vida ciudadana en el siglo catorce y que ahora se había vuelto estrecho. Este rasgo encuentra expresión en un relato que Gentile Sermini, un noble sienés autor de muchas historias atrevidas, escribió en 1425, en una época en que la posesión de dinero se consideraba el factor decisivo en la vida, y que refleja la nostalgia de la edad de oro de la nobleza:

“En la hermosa ciudad de Siena vivía un joven muy aristocrático de la familia Salimbeni, hijo del señor Salimbeni, cuyo nombre era Anselmo. Era un muchacho apuesto, de cuerpo bien formado, de maneras encantadoras y riquísimo. Anselmo se había enamorado violentamente de una refinada y noble doncella de la familia Montanini, llamada Angelica. Esta muchacha no tenía padre ni madre, sino sólo un hermano, Carlo, con el que vivía tranquila y sencillamente. Aunque de noble familia, eran pobres, y su única posesión era una finca y la casa en la que vivían. Había un rico ciudadano que codiciaba esta finca por su buena situación; estaba tan decidido a comprarla que repetidamente les ofreció 1000 florines por ella, pero Carlo no tenía ninguna intención de venderla, pues se trataba de una antigua posesión de la familia. A causa de esta negativa, el ciudadano sentía un odio secreto por el propietario. Y sucedió que Carlo tuvo que batirse en duelo e hirió a su oponente, otro ciudadano influyente. Su enemigo, viendo en ello su oportunidad para forzar la venta de la propiedad, convenció al juez de que condenara a Carlo a pagar una fuerte multa, esperando que esto le obligaría a deshacerse de su finca. Carlo fue encarcelado y condenado a pagar en el plazo de quince días una multa de 1000 florines, y en el caso de que no pudiera pagarlos, se le cortarían la mano derecha. Y así, con una profunda desesperación, el joven pasó los primeros días en la cárcel. Para no perder la mano derecha estaba obligado a intentar obtener dinero con la venta de su propiedad; pero entretanto su enemigo, dándose aires de importancia, le ofreció sólo 800 florines por la finca, al tiempo que se aseguraba de que nadie más haría una oferta por la propiedad, con lo que ponía a Carlo en una situación imposible. No queriendo empobrecer a su hermana, ni tampoco que le estafaran, Carlo se puso en manos de Dios. Mientras tanto, Anselmo, que había estado de viaje, regresó a Siena y se enteró de lo que sucedía. Profundamente preocupado por el hecho, y también porque aspiraba a la mano de la hermana de Carlo, decidió intervenir en el asunto; rico como era, pagó los 1000 florines sin que Carlo lo supiera y le liberó de la cárcel. Carlo, agradecido, dio las gracias a Dios Todopoderoso y a su benefactor. Pero cuando trató de descubrir cómo se había obtenido su liberación, Anselmo se limitó a responder: ‘No pienses más en esto; tu deuda se ha saldado’. Pero Carlo no tardó mucho en descubrir que fue Anselmo quien había pagado los 1000 florines, por lo que le dijo: ‘Me has hecho un favor que me obliga a ti como a ningún otro hombre vivo. Busquemos un abogado, porque quiero transferirte nuestra propiedad y así pagaremos adecuadamente este favor’.



Una boda aristocrática. Miniatura de la cubierta de un libro de contabilidad municipal (biccherna) de 1473. Archivio di Stato, Siena

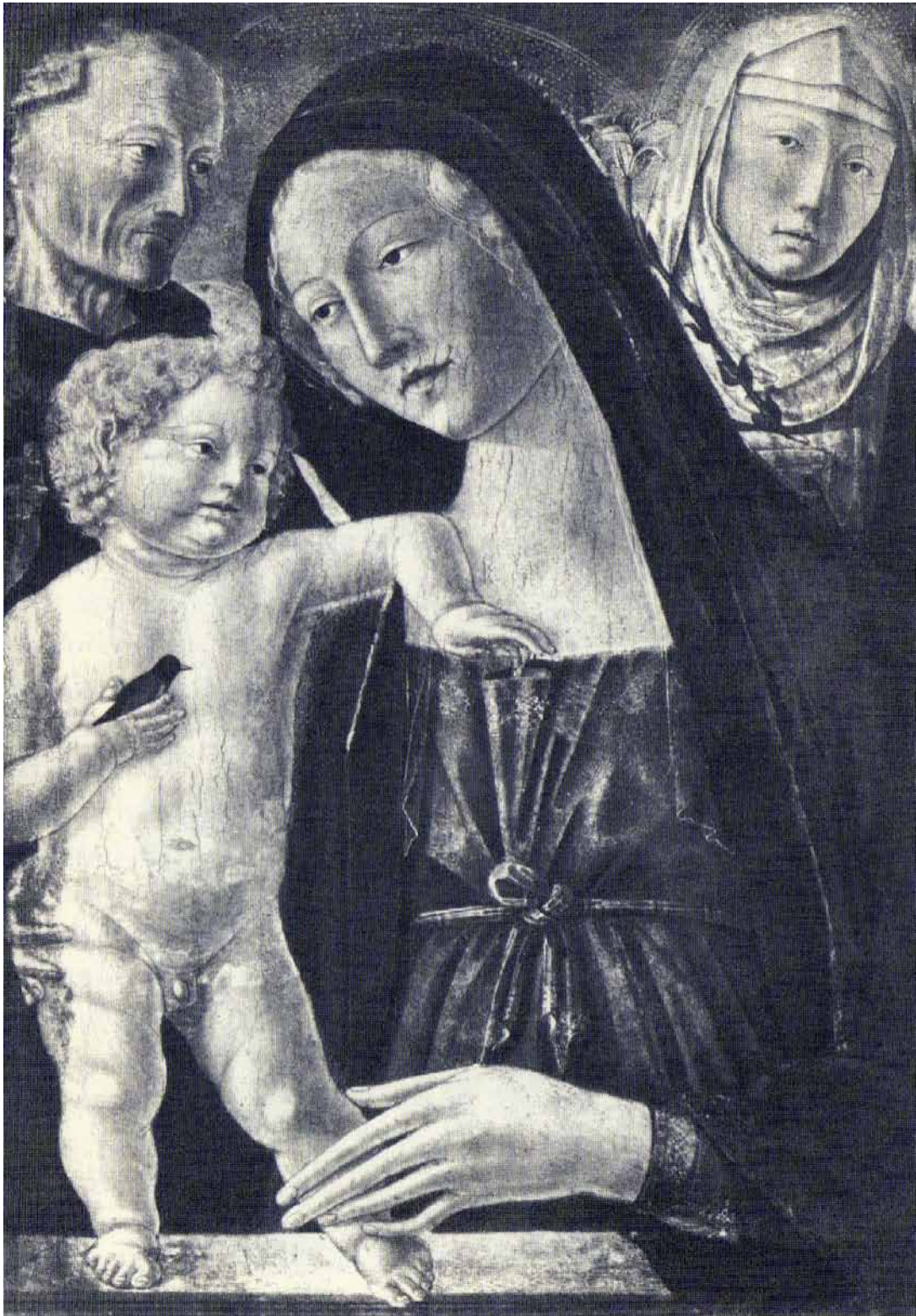
“Pero Anselmo no quería oír hablar de esta transacción, ni se dejó convencer por la insistencia de Carlo. Al volver a casa, éste contó a su hermana todo lo sucedido y cómo Anselmo le había prestado un servicio por el que rechazaba todo pago. Los dos hermanos examinaron la cuestión desde todos los puntos de vista y llegaron a la conclusión de que no hay nada peor que la ingratitud, y Carlo, un hombre de honor, no podría descansar hasta que pudiera, de un modo u otro, devolver el favor que le habían hecho, pues consideraba que la gratitud era su primer deber. No tardó en darse cuenta de que Anselmo estaba profundamente enamorado de su hermana, por cuya causa había intervenido en su favor. Se dijo a sí mismo: ‘¡Oh, Carlo! Aquí hay un hombre que te ha salvado de que te cortaran la mano, que ha pagado los 1000 florines por ti y que te ha sacado de la cárcel sin que se lo pidieras: ¿eres tan ingrato que tengan que pedirte que hagas algo por él a cambio? ¿No ves que tanto tú como Angelica estáis obligados a servirle en todo lo posible? En verdad, si no quiere ni dinero ni la propiedad a cambio, sólo puedes servirle poniendo vuestras personas a su disposición, y saber muy bien lo que anhela’. Insinuó el resultado de estas cavilaciones a su hermana y vio que era sensata y que no carecía de verdadera gratitud por lo que Anselmo había hecho por ellos. Así, pues, Carlo decidió ir directamente al grano cuando habló con Anselmo. Le dijo: ‘Mi noble amigo, has restaurado el honor de mi hermana y el mío y me has salvado de un destino terrible. Te ruego que consideres qué servicio somos dignos de prestarte: pues cualquier cosa que esté en nuestro poder y que pueda satisfacerte, la haremos con mucho gusto en pago de tu bondad’. En un tono dulce Anselmo murmuró: ‘Es poca cosa lo que hice por ti y por tu hermana; para mí, poseer vuestra amistad es recompensa suficiente’. Cuando se calló, Carlo prosiguió: ‘Conozco tu amor por mi hermana. Tu intervención en mi asunto fue una muestra de consideración por nuestra buena reputación, y puedo ver que tu buena acción la hiciste por ella, de modo que ambos estamos en deuda contigo. Te niegas a tomar el dinero en la forma de nuestra propiedad; dispón, pues, de nuestras personas. Ya posees todo mi corazón, pero soy consciente de que yo solo no soy suficiente para borrar esta deuda. Es Angelica quien tiene que hacerlo. Espérala esta noche, pues vendrá llevando una bolsa llena a rebosar. Sin embargo, para no perjudicar su reputación, seré yo mismo quien la lleve a tu estudio a las tres de la madrugada. Procura que podamos entrar sin ser vistos’. Esta oferta levantó en Anselmo un tumulto de emociones que casi se desmayó. Incapaz de hablar, sólo pudo quedarse mirando a Carlo con los ojos muy abiertos. Tras recuperarse un poco, contestó, temblando y con lágrimas en los ojos: ‘Hermano, que sea como quieras’. Al partir, cada uno se dirigió a hacer sus preparativos. Anselmo a disponer que pudieran entrar en secreto en su casa y Carlo a convencer a Angelica, a la que expuso tantas buenas razones que, finalmente convencida, ella aceptó la propuesta de su hermano. Con la mayor circunspección, éste acompañó a su hermana a las tres de la madrugada a casa de Anselmo, y le dijo: ‘Ahora págale a tu manera todo lo que ha hecho por nosotros’. Los dejó solos y volvió solo a su casa. Y ahora, querido lector, debo dejar para tu imaginación la visualización del apasionado recibimiento que hizo Anselmo a Angelica, y el comportamiento tímido y dulce de ella; y sin embargo, no creo que ni con el mayor esfuerzo puedas concebir lo que significó aquel primer cuarto de hora para los dos enamorados. Después, cuando de mutuo acuerdo se dispusieron a acostarse, la emoción de Anselmo era tan grande que mi pluma no puede describirla. Llegado por fin el momento que tanto había deseado, el joven –a quien la doncella no negaba ningún favor- fue súbitamente presa de la duda. Después de un momento de silencio, lanzando un suspiro, dijo: ‘Oh tú, la más noble y hermosa de las muchachas, a quien amo y deseo intensamente, una devoción que está mucho más allá de las riquezas te ha impulsado, sin consideración por tu propia reputación a los ojos del mundo, en la gloria de tu virginidad, a venir hacia mí, con el único deseo de darme placer, entregándote generosamente a mí, dispuesta a hacer mi voluntad en todo, permitiéndome tomar posesión corporal de todo tu tesoro. Me has demostrado que estimas en más mi felicidad que tu propio honor. ¿Qué debo hacer ahora? ¿No debo amar más tu virtud que mi satisfacción momentánea? Sin duda esto sería lo correcto, y sería un ingrato si satisficiera mi deseo a costa de tu vergüenza; por consiguiente, dejaré que el honor y el sentimiento correcto frenen mi deseo ardiente. Te pido de todo corazón que me aceptes, aunque sea indigno de ello, como prometido y futuro esposo tuyo, si tu hermano Carlo y tu familia están de acuerdo. Si es así, llegarás a nuestro matrimonio virgen, lo que significa mucho más para mí que verte ahora

deshonrada. Aunque dijeras: ‘Nadie más que nosotros lo sabrá nunca’, tú misma lo recordarías siempre con vergüenza. No quiero ser la causa de tu tristeza; así pues, vuelve a ponerte tus vestido, porque ahora iré contigo a ver a tu querido hermano’. La doncella respondió pensativamente: ‘Queridísimo amigo, veo que esto que dices de que te amo más que a mí misma, no se refiere a mí, sino a ti; pues eres tú el que me ama más que a sí mismo, no lo contrario. Pues sabes muy bien que no merezco ser tu esposa. Tú, que eres descendiente de una de las familias más nobles de Italia, tú, el hijo de un gran señor, rico en posesiones, con buenas cualidades y un gran saber, hermoso, gentil y cortés, combinas todas las cualidades que pueden hacer deseable a un joven y mereces que tu esposa sea de alta cuna o incluso de sangre real, más que una pobre muchacha como yo. Toma de mí lo que desees, no te humilles por honrarme. Tienes toda mi confianza y sé que no me equivoco contigo’. Y entonces se dijeron uno al otro muchas dulces palabras. Finalmente, tras ponerse de acuerdo, se dirigieron a ver a Carlo, que se alegró muchísimo y agradeció a Anselmo con sinceras palabras su honorable comportamiento. Luego hablaron sobre cómo se debería efectuar el matrimonio para que no pareciera ser una especie de trueque acordado por ellos ...

“A la mañana siguiente Anselmo visitó a uno de sus parientes, el señor Cino Barducci. Tras inclinarse cortésmente, dijo: ‘Sabéis que amo a Angelica Montanini. He venido a rogaros que hagáis todo cuanto esté en vuestro poder para conseguir que acceda a ser mi esposa’. El señor Cino, hombre sabio y bienintencionado, trató vehementemente de disuadirle de este proyecto, explicándole las muchas razones por las que se oponía a ello y sugiriéndole en cambio los nombres de las mejores familias de Siena: sólo tenía que elegir a quien quisiera y, si la joven era digna de él, Cino le prestaría ayuda. Pero Anselmo le interrumpió diciéndole: ‘Nunca me casaré con otra mujer’, y añadió: ‘Y no seamos mezquinos con la dote, pues, gracias a Dios, tengo todo lo necesario para mantenerla con comodidad sin ningún dinero de su familia. La doncella es para mí un capital suficiente. Si queréis ganarme su favor, os estaré muy agradecido, y os ruego encarecidamente que lo hagáis; pero, si no queréis, buscaré a alguien que me haga este favor sin todas estas condiciones’. Y terminó con las palabras: ‘Nunca tomaré por esposa a ninguna otra mujer, y si sucediera que se casara con otro hombre, me comportaría de tal manera que todos mis parientes lo lamentarían. Así, pues, no aduzcáis más razones para disuadirme, ya que estoy decidido’. Cuando el señor Cino vio que su decisión era inquebrantable, y reflexionando además que la doncella era bien nacida y de noble familia, decidió ayudar a Anselmo ...

“Al cabo de unos pocos días se firmó el contrato matrimonial y se celebró en San Donato, donde Anselmo hizo el siguiente discurso: ‘Doy gracias a Dios Todopoderoso por la bendición que me ha concedido al consentir Carlo y su familia en darme a matrimonio a la noble doncella Angelica: la he deseado desde hace mucho tiempo, sabedor de sus muchas virtudes. Pero, consciente de que no merezco tal tesoro, no voy a aceptar ninguna dote de su parte: ella me basta y no pido más. Y sabiendo que merece mucho más que mi persona, le entrego todas mis posesiones de este mundo. Por favor, escribid esto, señor Giuliano. Las buenas cualidades y la dulce naturaleza de su hermano Carlo son características que aprecio mucho y, si él está de acuerdo, deseo que se convierta no sólo en mi cuñado, sino en mi hermano. Y si quiere vivir con su hermana en mi casa, deseo transferirle la mitad de todo lo que poseo’. Diciendo esto, se volvió hacia Carlo y le preguntó: ‘¿Estás de acuerdo con lo que propongo? Y corriendo a abrazarle, Carlo contestó: ‘tomad nota, señor Giuliano, de que estoy de acuerdo con todo lo que propone Anselmo’, y añadió que también él quería compartir con Anselmo lo que poseía: ‘Pero, como él tiene cien veces más que yo, consideraré mi deber encargarme de administrar sus negocio y así él podrá vivir en libertad’. Muchas más cosas se dijeron por ambas partes, se concluyó el contrato y todos fraternizaron alegremente. Al cabo de un mes, con grandes honores y celebraciones, Anselmo se llevó a su esposa a casa. Aquella misma mañana, los dos hombres, Anselmo y Carlo, se vistieron igual, con el vestido de la fraternidad, para la boda, y las fiestas duraron todo un mes. Y así, durante el resto de su vida, los tres vivieron juntos en perfecta armonía y amor. Ahora, querido lector, considera todas las pruebas de verdadera

amistad que se mostraron unos a otros y decide cuál de los tres fue el más magnánimo y cuál el más ejemplar”.



*Neroccio di Bartolomeo: la Virgen y el Niño, con S. Bernardino y S. Catalina. Hacia 1490.
Pinacoteca Nazionale, Siena*



*San Bernardino de Siena,
escultura de madera policromada del escultor
sienés Lorenzo di Pietro, llamado «Il Vecchietta».
Obra juvenil anterior a 1470. Museo del Bargello, Florencia.*

EL SANTO MONOGRAMA

En los años 1425 y 1427 san Bernardino predicó en Siena día tras día durante seis semanas. Al principio eligió hacerlo para el monasterio de San Francesco, o la plaza que hay delante del mismo; más tarde, cuando la plaza se hizo pequeña debido a la multitud de oyentes que acudían, predicó en el Campo. Conmovidos por sus palabras, muchos enemigos mortales se reconciliaron, se calmó la discordia de los partidos y el Consejo de la ciudad decretó leyes contra la difamación y la usura; además, por orden del Consejo se colocó en la fachada del Ayuntamiento –donde se puede ver aún hoy en día- el santo monograma del nombre de Jesús que san Bernardino, mientras predicaba, solía sostener ante sí, pintado en una tabla.

Bernardino degli Albizzeschi, era descendiente de una familia aristocrática de Masa Marittima, en el territorio sienés, pero creció en Siena, donde, muy joven todavía, estudió filosofía y derecho canónico y civil antes de entrar en la orden de los franciscanos de estricta observancia. Cuando en Siena volvió a declararse una epidemia de peste, Bernardino, con apenas diecisiete años, se dedicó a cuidar a los enfermos en el hospital de Santa Maria della Scala, e incitó a otros jóvenes a seguir su ejemplo, como había hecho santa Catalina durante la primera epidemia. En años posteriores viajó por toda Italia, predicando y exhortando a las masas en Milán, Venecia, Brescia, Ferrara, Bolonia y Florencia, y en todas partes dejó una impresión profunda y duradera. En 1425 el Consejo de Siena le invitó a venir de Florencia, donde había predicado durante la Cuaresma.

En una época en que veía debilitarse la observancia de la tradición cristiana, restauró en sus oyentes el respeto por el sacerdocio, cuya dignidad no depende de la perfección humana del propio sacerdote. Los sermones de san Bernardino también reavivaron el respeto por el sacramento del matrimonio, así como la creencia en la inmortalidad del alma y la veneración del nombre de Dios. Utilizaba el lenguaje familiar del pueblo para que todos pudieran seguir sus palabras, flagelaba los pecados dominantes en la época, daba rienda suelta a un humor incisivo que le era propio y apelaba a menudo al sentido común y al buen juicio de los intelectuales, mientras que, recurriendo a sus vastos conocimientos, iluminaba con inesperados destellos de intuición las palabras de las Escrituras mediante innumerables símiles y parábolas.

He aquí algunos pasajes de un sermón de san Bernardino sobre el matrimonio:

“ ... Dos extremos: es muy provechoso predicar [sobre el tema del matrimonio], porque no hay nada de lo que se hable más en el mundo, y sin embargo la gente en general es muy ignorante respecto a todo lo que a él se refiere. Por otra parte, la gente dice que sería vergonzoso predicar abiertamente sobre el tema u ofrecer consejos al respecto. En la confesión se menciona con vacilación por miedo de que se diga que el padre confesor enseña malas costumbres; y desde el púlpito raramente se habla de él por dos razones: por miedo de que la gente ignorante se burle del predicador, o por miedo de que éste, sintiéndose violento, pierda el hilo de su discurso.

“El hecho de que no se hable del matrimonio ni en el confesionario ni en el púlpito ha dado origen a la ignorancia de su naturaleza que hoy predomina; por consiguiente, seguís vuestras inclinaciones naturales con todas sus prácticas maliciosas y vivís como animales sin respeto por el alto sacramento del matrimonio, que Dios estableció en el Paraíso terrenal. Fue el primero y el más grande de sus dones, y vosotros lo habéis profanado. Habéis llegado a creer que el matrimonio

consiste tan sólo en el contacto corporal, mientras que está hecho de fe y confianza mutuas entre el hombre y la mujer.

“Estos son los dos extremos: uno dirá: ‘Habla de ello tan franca y abiertamente como se pueda hablar de una cosa deshonesta’. Pero otro exclamará: ‘No lo hagas, que no es costumbre hacerlo, y serás víctima de los maldicientes’.

“¿Qué harás, pues, hermano Bernardino? Si permaneces en silencio por miedo de que se burlen de ti, o porque te sientes violento al hablar del tema, o si te abstienes de hablar sobre el matrimonio por cualquier otra consideración, te condenarás. Se te ha enseñado a predicar, a reprender a los que hacen malas acciones y a mostrárselas con el fin de devolverlos al camino de la salvación. Por lo tanto, toma sobre ti esta carga, y deja que la gente diga lo que quiera ...

“El apóstol san Pedro escribe en su epístola: ‘¿Qué vaso es el más débil? Sin duda la mujer es la más débil; por consiguiente, sé atento con ella y apréciala, como si poseyeras un frágil y precioso vaso de cristal ...

“Si una mujer se lamenta de ser mujer, de ser pequeña, o de pies oscura, o velluda, o patituerta, no se salvará nunca si no se contenta con lo que Dios le ha dado ...

“... Por sí misma el alma no tiene inclinación por las prácticas antinaturales ni por ninguna acción claramente opuesta al orden natural. Pensad en el sufrimiento de la esposa de un libertino, arrastrada por su esposo a todo tipo de actos disolutos. Sería mejor para vuestras hijas que les cortaran el cuello antes que casarse con uno de esos depravados; pues, si les quitaran la vida, al menos su alma se podría salvar, mientras que, entregadas a manos de los sodomitas, pierden el alma y el cuerpo ...

“... Prudencia y discernimiento. Uno puede tener grandes dudas. ¿Qué hay que hacer? Sus temperamentos son desiguales, no están verdaderamente hechos el uno para el otro. Aquí no se puede dar ninguna regla general, al igual que no se puede insistir en que todo el mundo coma dos hogazas de pan al día, pues los hay que comen tres, y otros que comen una, y también están los que apenas comen pan, y unos pocos que no comen nada.

“Hay que considerar tres cosas:

- en primer lugar, la naturaleza corporal;
- en segundo lugar, la naturaleza espiritual;
- en tercer lugar, la gracia singular.

Primero hablaré de las condiciones corporales: yo soy joven y ella es joven; yo soy viejo y ella es joven; yo soy joven y ella es vieja.

Nunca cases a tu hija con un viejo, pues sólo tendrá penas e inquietudes y podría ser fácil presa de innumerables pecados. Y tú, vieja, nunca te cases con un joven, pues cuando te haya despojado de tu tesoro se volverá contra ti. Mira a tu hombre desde todos los puntos de vista: ¿es fuerte?, ¿es débil?, ¿está sano, o enfermo? ¡Afina el laúd de forma que las cuerdas no estén demasiado tensas y se rompan! Ten la cordura de no satisfacer sus apetitos cuando huelan a bestialidad ...

“En segundo lugar, la gracia espiritual. Si estás en peligro de perder la gracia de Dios y el estado de gracia de tu alma, déjate ir hasta donde sea correcto para que la gracia no te abandone. No

obstante, como de estas naturalezas hay pocas, no hablaré mucho de ello. Pero os pondré un ejemplo: ... Supongamos una mujer llena de gracia de Dios y que desearía practicar la continencia si pudiera; pero le resulta difícil decidir qué modo de vida es el mejor. Que busque primero el consejo de dama Prudencia, después de dama Conciencia, y finalmente de dama Caridad, tres nobles mujeres, pero que también se aconseje con el amor de Dios, a su propia alma y a su marido, y estará bien aconsejada ...”



La ciudad vista desde Casato di Sopra, mirando hacia San Martino

Las palabras de san Bernardino están llenas de imágenes, como por ejemplo en el pasaje siguiente de un sermón que predicó durante la Cuaresma en Florencia, en el año 1425:

“ ... En segundo lugar, el tema del placer mundano. Del placer se ha dicho: *mane floruit, et transeat*: florece por la mañana, pero está destinado a marchitarse. Es como en el mes de mayo. ¡Ved los prados floridos!

“Consideremos cuatro jardines, pues cuatro son los que se nos prometen en este mundo de engaño. Pero si no me acompañas no entenderás lo que quiero decir. ¿Vienes? –Sí- ¿Cómo te llamas? –Gozoso- Pues vamos, Gozoso mío, vayamos a aquel pico, el monte Morello, y te mostraré estos cuatro bellos prados floridos. Primero, el de la ciudad, segundo, el del mar, tercero, el del comercio, y, cuarto, el del matrimonio.

“Consideremos el jardín de la vida de la ciudad.

“Ves, amigo mío, que te he traído a esta montaña para que puedas contemplar el jardín de Florencia: desde esta altura puedes ver como se ha hecho, un ejemplo para muchas otras ciudades. ¿No ves nada, Gozoso mío? ¡Mira bien! ¿Qué es lo que ves? –Veo una casa de un ciudadano rico de gran categoría, tan llena de mercancías que apenas caben en ella, el almacén lleno de trigo: una familia realmente próspera. *Filii tui sicut novellae olivarum*: ‘Tus hijos son como los brotes tiernos del olivo’. Veo que esta familia está formada por muchas almas, y el padre manda y es obedecido. Tiene administradores de las muchas granjas que posee. Le llegan cartas de Francia y de París. Es como aquella de quien el profeta David dijo: *Sicut novellae plantationes in iuventute sua. Filii eorum circumornati ut similitudo templi. Promptuaria eorum plena. Oves eorum foetosae, abundantes in egressibus suis*: ‘Es como la planta joven, sus hijos están adornados como el Templo. Sus graneros están llenos de trigo. Sus rebaños están bien alimentados y gordos, lentos en andar’. También puedo ver que posee mucho ganado y que su casa está bien conservada en todas partes.

“Bien, ¿y qué te parece? –Me parece que está en un paraíso: *Beati dixerunt*. La gente dice que es muy afortunado- ¿Y tú qué dices? –No lo sé, ¡yo sólo quiero gozar!

“Pero mira con más atención. ¿No ves nada? –Sí- ¿Qué ves? –Me parece que una enfermedad ha afectado a los hijos y que están todos muertos- ¿Ves algo más? –Sí, que el padre siente tanto dolor que se quiere dar muerte. Veo la esposa, que era tan alegre y que ahora está desesperada- ¿Y has visto algo más? –Si, veo que la enfermedad se ha contagiado al padre. Sus administradores esconden los libros de cuentas y se llevan todo el dinero, y la casa está llena de acreedores que exigen que les paguen. Sí, y ahora el padre está muerto, y la enfermedad se ha contagiado al ganado. Veo que uno se lleva una cosa y otro, otra. Y los acreedores se han llevado el resto y han vaciado la casa, que ahora parece un antro- Bien, ¿qué dices? ¿qué te parece? –Creo que tiene razón David cuando dice: *Beatus populus cuius Dominus Deus est*: Feliz el pueblo cuyo Dios es el Señor.

“Veamos el segundo prado florido, el del mar.

“Mira y dime qué ves en el bello prado de este mar. ¿Ves algo? –Sí, veo un barco que se acerca, lleno de gente alegre que celebra una fiesta. Han recogido los remos. Entre la tripulación hay algunos sodomitas- ¿Ves algo más? –Para mí es evidente que son gente adinerada y próspera para quienes el viento de la vida sopla del lado bueno- Bien. Ahora mira con más atención. ¿Qué más puedes decirme? –Ah, ahora se extiende la neblina y se levanta el viento; a bordo los hombres corren de un lado para otro- ¿Y qué ocurre ahora? –Arrojan apresuradamente sus mercancías por la borda; un hombre hace el voto de ir en peregrinación a Santiago de Compostela y otro quiere ir a San Antonio- ¿Ves algo más? –¡Oh, el mástil se rompe, el barco se parte en dos y todos se ahogan!

¿Y qué supones que es la causa de todo esto? -¡Oh mundo engañoso! ¡Con qué placeres tentadores les has extraviado, sólo para arruinarlos y destruirlos!

“El tercer prado de placer es el comercio.

“Bien, Gozoso mío, observa este bello prado del mundo y cuéntame lo que ves. ¿Ves algo en particular? –Sí, me parece que todos los que veo que se acercan son mercaderes, aunque entre ellos hay algunos paseantes. Están de buen humor y celebran algún suceso feliz, parece que no caben en sí de gozo. Entre ellos los hay que llevan lana, especias, oro y muchas otras clases de mercancías, y está claro que regresan a su casa enriquecidos. Veo que todos están despreocupados y que muchos aseguran las alforjas- ¿Qué impresión te da? –Me parece que todo va de maravilla- Fíjate bien, Gozoso, ¿qué más ves? –Parece que unos hombres armados esperan emboscados al grupo de mercaderes para asaltarles y robarles, ¡pero ninguno de ellos se da cuenta del peligro! Puedo ver como los ladrones hacen subir un hombre a un árbol para que espíe a los viajeros, mientras el resto de la banda se prepara para el ataque; los ladrones, además, son mayoría, más numerosos de lo que imaginé primero- ¿Algo más? -¡Sí! Ahora la banda de ladrones rodea a los mercaderes, les atacan a sangre fría, y todo el grupo corre un gran peligro. ¡Si pudieras ver lo que hacen! ¡Unos roban, otros huyen, otros lloran! Han matado a un mercader y han hecho prisioneros a los otros- Amigo mío, ¿qué dices a esto? -¡Me parece que este mundo en verdad está lleno de traición!

“Y ahora viene el jardín florido del matrimonio.

“Mira con atención, Gozoso, y dime qué se puede ver ahí. ¿Hay algo especial? –Sí, veo una casa en la que se celebra una boda, y la novia es entregada a su marido ataviada como si fuese una reina. Se canta, se baila y hay una gran fiesta- ¿Y qué te parece, Gozoso mío? –Bien, en mi opinión, está muy bien, esto es el santo matrimonio.

“Ahora mira aún con más atención y fijate en cada detalle. ¿Puedes decirme algo especial? –Sí, ciertamente hay algo especial- Bien, ¿y qué es? –Hace apenas tres días que se han casado y les veo pelearse. El hombre es un matón y un sodomita, y la mujer está trastornada- ¿Algo más? –Sí, han tenido muchos hijos y todos son unos demonios. En esta casa están continuamente gritándose unos a otros: lo que creí que era un paraíso resulta que es un infierno.

“Ahora puedes ver que David dijo la verdad: *mane floruit et transeat*: por la mañana es un campo florido, pero al cabo de un momento se marchita. Esto explica por qué Cristo sólo perseguía las riquezas espirituales, no las materiales. No pasó por el primer prado, el de las riquezas, ni por el del mar, ni por el del comercio, ni tomó mujer. De ese modo enseñó la sabiduría ...”

La costumbre de tener un escudo de armas se había convertido en habitual incluso entre plebeyos. Cada partido, cada corporación, cada clan y cada familia aspiraba a la posesión de un escudo de armas. A todos estos aspirantes a gozar de honores mundanos especiales, san Bernardino les opone el Santo Monograma, que consiste en el Nombre de Jesús representado por las tres letras IHS, derivadas del nombre griego de Jesús, enmarcadas por una corona de rayos llameantes. Este era el único signo que los hombres debían honrar y en el que debían buscar refugio.



Un rebaño de ovejas junto al Arbia, cerca de Siena

Este monograma tenía un significado más profundo de lo que parecía a primera vista. Al familiarizar a la gente con este símbolo, san Bernardino hacía accesible a todos los hombres la devoción al Nombre de Jesús de una manera inmediatamente comprensible. Esta devoción en su forma más directa, como concentración en el Nombre pronunciado interiormente, ha sido desde tiempo inmemorial uno de los principales medios de concentración espiritual. El culto al Nombre del Hombre-Dios atraviesa como un hilo rojo la mística cristiana, desde los Padres del desierto de la Tebaida hasta los místicos españoles del siglo dieciséis, y sigue hasta el día de hoy. De hecho, no sólo en el cristianismo, sino también en la mística de todas las demás religiones, esta concentración en un Nombre divino o divino-humano, que a veces se presenta de forma visible, tiene una función esencial. El santo de Siena hizo, pues, que uno de los tesoros más interiores de la tradición contemplativa se hiciera exterior y popular, y lo hizo deliberadamente con el objeto de que para muchos este Nombre, con su poder de atracción, volviera a interiorizarse:

“Si lo tienes dentro (el Nombre), más gozarás viéndolo fuera ... Si no lo tienes dentro, este el modo de llevarlo dentro ...”

“El texto siguiente es un pasaje de un sermón sobre las virtudes del Nombre de Jesús que dio san Bernardino en Florencia y en Siena en el año 1424:

“ ... Hablemos hoy del rostro radiante de los serafines. San Pablo dice: ‘Ante el Nombre de Jesús toda rodilla se dobla, tanto en el cielo, como en la tierra, como en el infierno ...’ Creedme, todo aquel que no sea del diablo dirá maravillas del Nombre de Jesús. Pero ¿cómo voy a expresar adecuadamente las virtudes del Nombre? Tanto si hablo como si grito mis palabras serán como el silencio; con mis palabras puedo ensalzar el Nombre, pero esto sería rebajarlo; puedo afirmar y

negar mil veces para explicarlo, pero no lo explicaría ... Lo que quiero hacerlos entender es que las virtudes del Nombre de Jesús son tan grandes que cuanto más digo, menos revelo. Si todos los granos de arena del mar, todas las hojas de los árboles y todas las estrellas del cielo fueran lenguas que alabaran y glorificaran el Nombre de Jesús, todos ellos juntos no podrían decir más que una cienmillonésima parte de lo que una sola lengua podría decir. La razón de ello es que el Nombre de Jesús es Origen sin origen, que antes de la creación del sol y hasta que éste se extinga, el Nombre estaba predestinado, desde el principio del Tiempo hasta el final, y más allá. El Nombre de Jesús es tan digno de alabanza como Dios mismo. El profeta David dice: ‘Tu Nombre de Jesús es tan digno de alabanza como Tú Mismo, oh Señor’. Si todos los ángeles del Paraíso, desde el coro inferior hasta el más alto, y todos los hombres que existen, han existido y existirán en la tierra se entregaran a la alabanza del Nombre de Jesús, esto no bastaría para un Nombre del que está escrito al principio del Libro: ‘Mi Nombre es el fundamento de los que se salvan’. En este Nombre de Jesús todos se salvan. Por la fe en Su Nombre los santos Padres se salvaron ...



El monograma del Nombre de Jesús, dibujado a la manera de la época según la descripción verbal dada por S. Bernardino. Las tres primeras letras «IHS» de la forma griega del nombre de Jesús se reproducen en caligrafía gótica. Más adelante se dio una nueva interpretación al monograma de modo que correspondiera a las tres letras iniciales de las palabras Jesús Hominum Salvator. Dibujo de Titus Burckhardt

“Todo lo que Dios ha hecho para la salvación del mundo está oculto en este Nombre de Jesús.

“Leed las Escrituras, los Hechos de los Apóstoles, las cartas de san Pablo y los otros apóstoles, el Apocalipsis, toda la Biblia de hecho, y si podéis señalar un solo pecador, enfermo de alma o de cuerpo, que pidiera ayuda en el Nombre de Jesús y fuera rechazado, exhalaré mi último aliento. Ved en el Evangelio de san Lucas la historia del ciego que rogó: *Jesu, fili David, miserere mei*. Jesús hizo que el hombre se le acercara y dijo: ‘¿Qué quieres que haga?’ El ciego respondió: ‘Señor, que pueda ver’. *Respice*: ‘¡Ve!’. Él, el Hijo de Dios, dijo las palabras en un sentido espiritual. El ciego dijo: *Señor Jesús*, que pueda verte a Ti’, pues sólo en eso reside nuestra entera felicidad, a saber, que podamos ver el Rostro del Señor Jesús; y con esto podéis considerar cuán verdaderamente Él es el refugio del corazón contrito ...

“Los diablos huyen ante el Nombre de Jesús y pierden todo su poder. Dios dio primero el Nombre a los Apóstoles, y después nos lo dio a todos nosotros, para que pudiéramos combatir a los demonios. Esto quiere decir que podéis protegeros del propio Diablo y no sólo de los poseídos por él. En el último capítulo del Evangelio de san Marcos, Jesús dice: ‘En mi Nombre expulsarás a los demonios ...’

“Un día, mientras san Bernardino caminaba por las calles de Milán, le trajeron una mujer poseída por un espíritu maligno. Reconociendo el mal de la mujer, el santo, lleno de piedad, se arrodilló a su lado para liberarla. Y entonces, por la boca de la enferma, el diablo habló y dijo: ‘No puedes hacer

nada contra mí'. San Bernardino respondió: 'No yo, sino el Nombre de Jesús, te exorcizará'. Y así sucedió. ¡Santo y temible es el Nombre de Jesús! Es santo para los hombres que son santos, y terrorífico para el diablo, para los malvados y los posesos. Tanto más deben venerarlo los comerciantes y los artesanos, y con la inscripción de Su Nombre deberían empezar todos sus libros y manuscritos. Que todo lo que hagamos se inicie en el Nombre de Jesús ... Para el usurero y el libertino el Nombre es terrible, pues Jesús es humilde, dulce, lleno de gravedad y de toda verdad ... Las serpientes huyen de la flor perfumada de la vid; del mismo modo, el diablo huye ante la fragancia del Nombre de Jesús ...

“En Padua, una endemoniada se curó mientras escuchaba un sermón sobre el Nombre de Jesús. Asimismo, en Alessandria della Puglia una mujer se curó instantáneamente de la enfermedad de su alma cuando un niño la tocó con el monograma del Nombre de Jesús ...

“Tú, mercader que vas por los mares, llévalo contigo. Tú, soldado, en las guerras, y tú, viajero, llévalo a todas partes contigo y ten fe en que el Nombre de Jesús te protegerá de todo mal ...

“Poned el Nombre de Jesús en vuestras casas, en vuestras habitaciones, en vuestros corazones ...

“En palabras de Salomón: 'Una fuerte torre es el Nombre del Señor'. Miles de experiencias nos han mostrado, y nos muestran todos los días, que llevando el Nombre de Jesús uno está protegido de los ladrones y los salteadores. Diciendo *autem transiens per medio illorum ibat*, o simplemente 'Jesús, Jesús, Jesús', todo el que se encomiende al Nombre de Jesús estará protegido ...

“Considerad el cuerpo, esto es, el cuerpo carnal: no hay espíritu de hombre, por muy iracundo, excesivo, orgulloso, lascivo, mezquino, glotón y codicioso que sea, o por lleno que esté de cualesquiera otros vicios, que, si acepta el Nombre de Jesús con fe y amor, no quede libre inmediatamente de toda tentación ...

“Cristo dijo: 'Si imponéis las manos a los enfermos en mi Nombre, serán curados'. Y tened por norma general lo que dije antes, a saber, que si no recibís la gracia que habéis pedido, es o bien porque vuestra fe era débil, o bien porque la gracia no se os da por el bien de vuestra alma ...

“Dios dice: 'Mi Palabra no es ahora menos poderosa que en los primeros días de la Iglesia'. Todos los milagros realizados por los Apóstoles, y por otros que no eran apóstoles, se efectuaron en el Nombre de Jesús. Una vez los Apóstoles dijeron a Jesús: 'Estos fariseos que no son tus discípulos expulsan a los demonios en Tu Nombre'. ¿Qué mejor prueba se puede tener del poder del Nombre de Jesús?

“Gritad bien fuerte: '¡Jesús, ten piedad de mí!' cuando os encontréis con dificultades, y ningún mal os sucederá. Llevadlo con vosotros y tenedlo junto a vuestro corazón; pronto os acostumbraréis a volveros hacia Él. En toda tribulación, gritad: '¡Jesús, Jesús!', y vuestro corazón se volverá humilde, aunque estuviera tan endurecido como un diamante ...

“... Él es el Consolador en toda pena y toda ansiedad ... Para los que soportan con paciencia, Él es su Refugio. Él os dará alegría. En medio de la tortura los Apóstoles estaban llenos de confianza. ¡Escucha, fray Bernardino! Si no estás dispuesto a gozar sufriendo persecución por el Nombre de Jesús, mereces el oprobio. 'Estad alegres, exultad', dijo Jesús a los Apóstoles, 'pues grande es vuestra recompensa en el cielo si os persiguen por Mi Nombre'.

“Una vez san Pedro entraba en el Templo y un tullido le pidió limosna. San Pedro le dijo: ‘No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy. En el Nombre de Jesús, levántate y anda’. El hombre se levantó y entró corriendo en el Templo lleno de gozo. De la misma manera, cualquiera que sea la dificultad por la que pueda pasar vuestra alma, se levantará gozosa en el Nombre de Jesús ...

“La mejor inscripción del Nombre de Jesús es la que se encuentra en lo más profundo del corazón: después la de la palabra, y finalmente el Nombre visible escrito o esculpido. Si el ojo corporal lo tiene delante constantemente, pronto se hará visible para el ojo del corazón, ese ojo espiritual interior del alma. Pronunciaréis a menudo este Nombre en voz alta con reverencia, amor y fe, hasta que acabe convirtiéndose en un hábito para vosotros, un hábito que se grabará indeleblemente en vuestra alma y se manifestará en cualquier dificultad que se os presente en la vida. En vuestro corazón tendréis ‘¡Jesús, Jesús!’ y os encontraréis con que lo repetís constantemente, como el santo obispo Ignacio, que fue martirizado por Jesús: a cada golpe que recibía decía la palabra ‘Jesús’, y ninguna otra palabra salió de sus labios. Cuando le hubieron dado muerte, maravillados de su paciencia, le abrieron el pecho y en su corazón descubrieron el Nombre de Jesús escrito en letras de oro. Al dividir el corazón en dos partes, encontraron el Nombre en cada parte; y al dividir las en partes cada vez más pequeñas, vieron que en cada una de ellas estaba escrito el Nombre de Jesús, lo que demostraba que realmente llevaba el Nombre en su corazón ...

“Escuchad las palabras de san Juan en el Evangelio: ‘Todo lo que pidáis al Padre en mi Nombre se os dará ...’

“¿No hemos oído decir de nuestro bienaventurado hermano Egidio, uno de los primeros discípulos de nuestro padre san Francisco, que cada vez que se elevaba en contemplación el Nombre de Jesús estaba en su corazón? O sería más cierto decir que cada vez que se acordaba del Nombre se elevaba en contemplación ...

“En el Antiguo Testamento, el Sumo sacerdote sólo podía entrar en el Sanctasantórum si llevaba ceñido a la frente o en la mitra el Nombre de Jesús –el *tetragrammaton*, como se llama en griego- lo que significa que en aquel Paraíso que es el Sanctasantórum sólo puede entrar el que lleva el signo de Jesús en la frente ...”

Sobre la representación pictórica del Nombre:

“Está rodeado por doce rayos que representan a los doce Apóstoles, o los doce artículos del Credo; entre ellos hay ocho, diez o doce rayos más pequeños que representan la doctrina de la Santa Iglesia, o la perfección de la vida apostólica. Su lugar adecuado es el escudo de la Santa Iglesia.

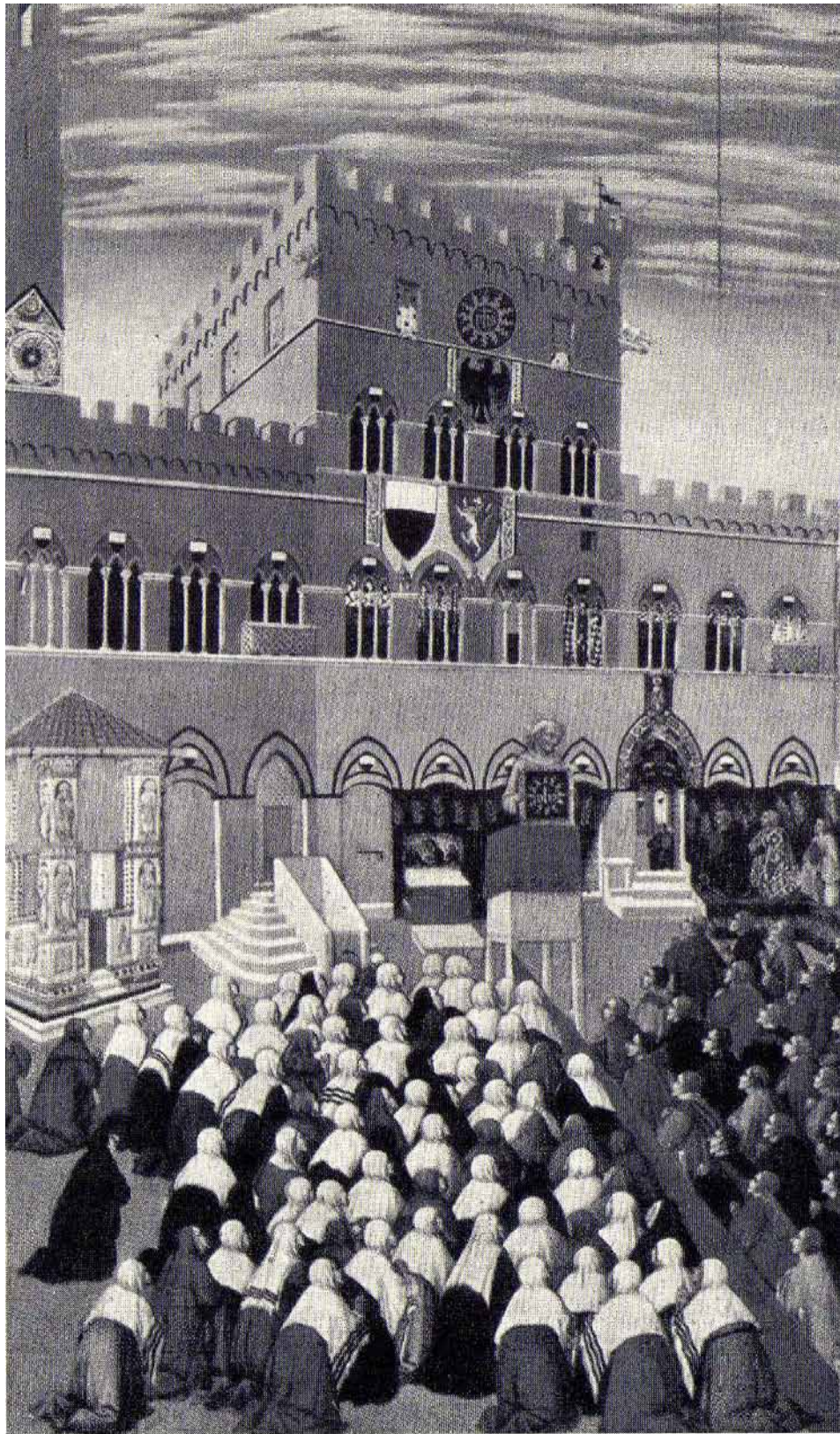
“Cuando el Anticristo venga a este mundo se apropiará de todos los nombres del Todopoderoso, pero no podrá apropiarse del Nombre de Jesús.

“El fondo del Monograma es azul, el signo de la fe, la caridad y la esperanza. San Pablo dice: ‘Tomad el Nombre de Jesús como escudo’. Un arma maravillosa se levantará contra las huestes del Anticristo.

“Sobre las tres iniciales: para el que lleva el Monograma significa la Trinidad, que se imprime en lo más profundo de su corazón; para el que así dedica su alma, no sólo es un signo, es un milagro de Gracia ...

“Consideremos ahora el lugar del Santo Monograma: está en el sol, cuyos rayos iluminan el alma. Doce es el número de los éxtasis de la fe inquebrantable. Las bendiciones principales corresponden

a los rayos más grandes, los restantes denotan la *gratia gratis data*. El conjunto está enmarcado en un cuadrado, que significa las cuatro virtudes cardinales.



San Bernardino predicando en el Campo, según una tabla de Sano di Pietro, hacia 1444. Sacristía de la catedral, Siena. A la izquierda de la imagen se ve la capilla conmemorativa de la Peste Negra de Siena

“Domine Dominus, quam admirabilem nomen tuum in universa terra!”

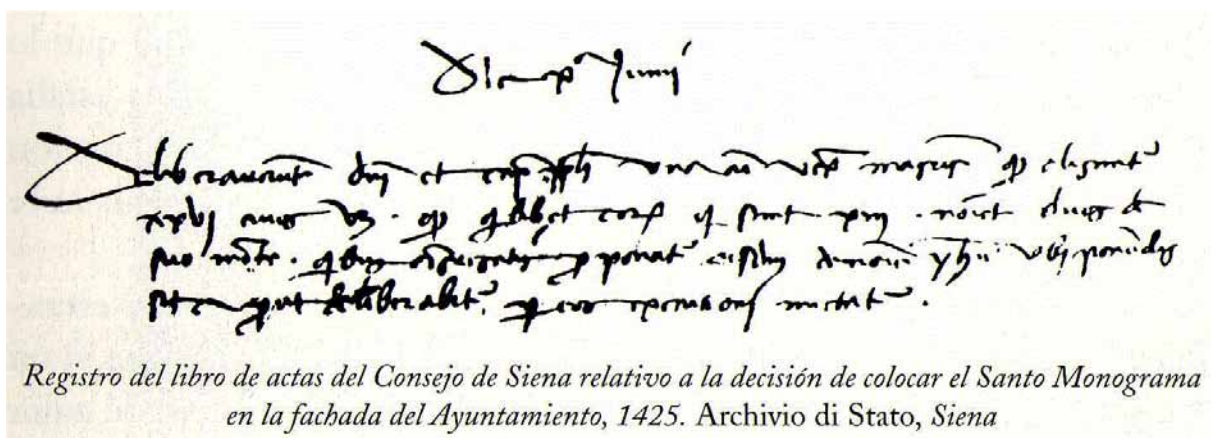
“Os describiré el monograma con un símil: o lleváis el Nombre de Jesús en vuestro corazón o no lo lleváis. Pero el que lo hace anhelará tenerlo visible ante sus ojos. Un enamorado que lleva el retrato de su amada en el ojo de su corazón, ve su imagen en mil cosas exteriores. Cuanto más el corazón es poseído por ella, más placentera es en su forma visible. Y lo mismo ocurre con el Nombre de Jesús; el que lo posee interiormente lo anhela exteriormente. El apóstol Pablo estaba lleno del Nombre tanto por dentro como por fuera. Si vuestro corazón está vacío de Él, el medio para tenerlo dentro es colocarlo ante vosotros y proclamarlo abiertamente.

“El gran Constantino llevaba Su Nombre estampado en su estandarte, con el que salió victorioso en todas las batallas. En Verona vi un antiguo libro en la sacristía, un Evangelio, cuyas páginas eran de color púrpura como el vestido de Cristo. Todas las letras eran de plata salvo las del Nombre de Jesús, que estaban escritas en oro para mostrar que el Nombre de Jesús está por encima de todos los demás nombres, como el oro está por encima de todos los demás metales preciosos ...”

La oleada de fervor religioso que provocó en Siena este sermón sobre el Nombre de Jesús es algo que hoy en día apenas podemos concebir. Muestra que el racionalismo del Renacimiento todavía no había socavado la capacidad de las almas humanas para percibir los imponderables de realidad espiritual que un simple símbolo puede contener.

El Consejo de la ciudad decidió que el monograma del Nombre de Jesús, tal como san Bernardino solía mostrarlo cuando predicaba, debía tener un lugar permanente en la fachada del Ayuntamiento, en un gran relieve pintado. Muchos ciudadanos colocaron este signo, pintado o esculpido, sobre la entrada de sus casas, por lo que casi se convirtió en un segundo escudo de armas de la ciudad. Y en otras ciudades de Italia por las que el santo pasó en un momento u otro encontramos el mismo signo en edificios y en artículos de uso diario.

El año 1427, el papa Martín V quiso nombrar obispo de Siena a Bernardino, pero el santo rechazó el cargo. Seis años más tarde fundó el monasterio de la Estricta Observancia en la colina que delimita el horizonte al nordeste de la ciudad.



Entre los que escucharon a san Bernardino había un joven aristócrata llamado Enea Silvio Piccolomini. En aquella época estaba estudiando en Siena, su ciudad natal, y llevaba una vida bastante mundana. Quedó tan impresionado por las palabras del santo que consideró la posibilidad de entrar en una orden monástica. Para que le ayudara a tomar una decisión, pidió consejo a san Bernardino, al que siguió cuando éste se dirigía a Roma. El santo le animó y le tranquilizó, pero le aconsejó que regresara y terminara sus estudios en la universidad. Posteriormente Enea Silvio fue secretario de uno de los cardenales que participaron en el Concilio de Basilea, con lo que entró en el servicio diplomático y finalmente se ordenó sacerdote, convirtiéndose en obispo de Siena. No permaneció mucho tiempo en su obispado, ya que fue nombrado cardenal y finalmente fue elegido papa, con el nombre de Pío II. Aunque durante toda su vida sintió una gran veneración por los dos grandes místicos sieneses –por Catalina, a la que canonizó, por Bernardino, cuyas dotes oratorias admiraba tanto-, permaneció espiritualmente alejado de ellos a causa de su pensamiento ya impregnado de Cicerón y Virgilio. Su espíritu irradiaba una dulce influencia, una luz descompuesta, por decirlo así, por el prisma de la *Ratio*, que no dejó rastro en el alma de la gente de Siena en conjunto. Era célebre en los círculos intelectuales y políticos; en su forma de entender la vida ya había cruzado el umbral del Renacimiento.

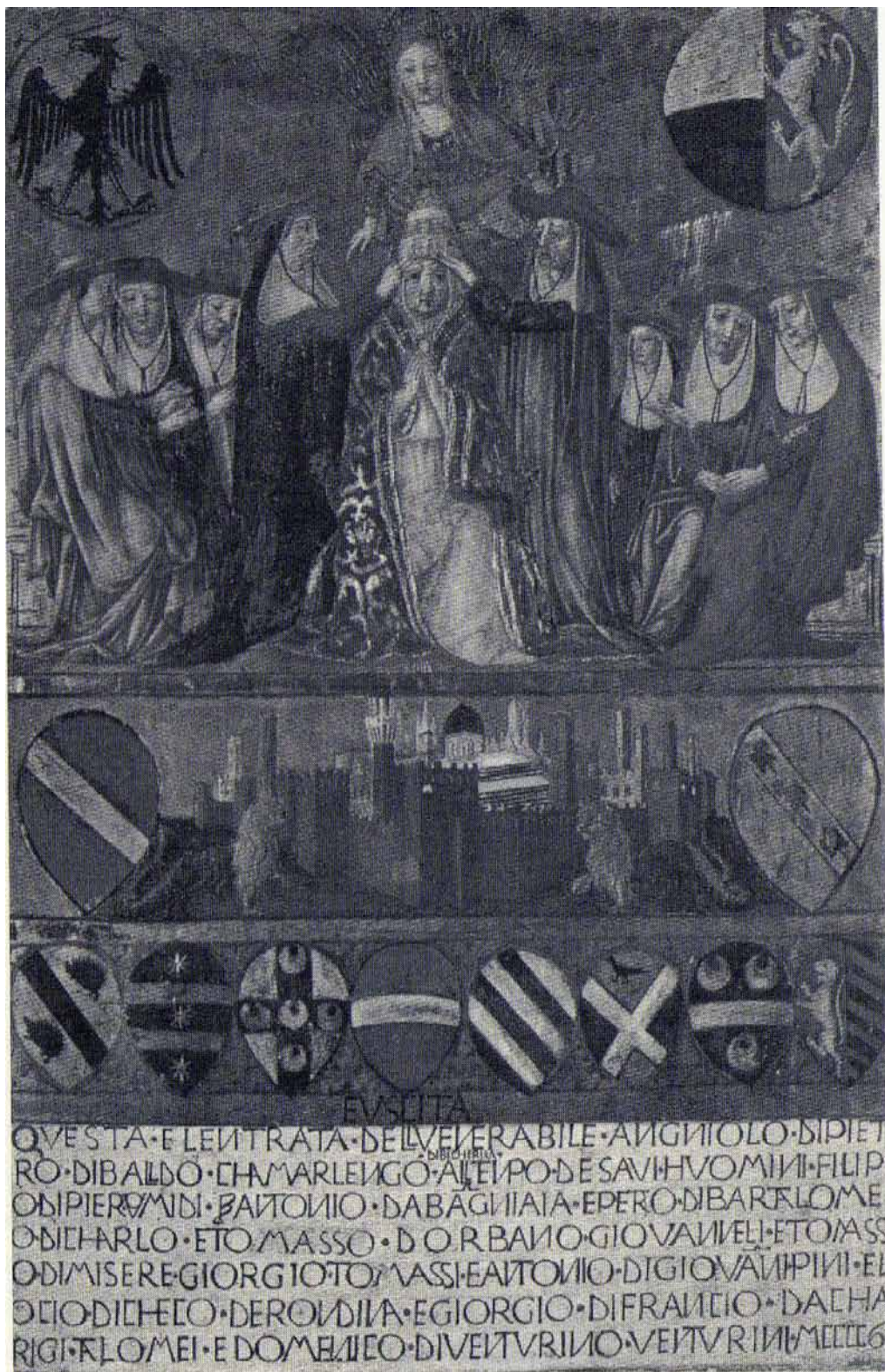


*Ayuntamiento (Palazzo Pubblico) de Siena, con el Monograma del Nombre de Jesús.
El fondo azul se ha resquebrajado y ha desaparecido, y el dorado se ha oscurecido con el tiempo*

Pío II visitó Siena en la primavera del año 1459, llevando a la ciudad una preciosa reliquia, el brazo derecho de san Juan Bautista. En aquella ocasión, pidió al Consejo que readmitiera a la nobleza en el gobierno de la ciudad, petición que el Consejo satisfizo a medias, ya que sólo la familia Piccolomini fue admitida de forma permanente en el gobierno.

La muerte de Pío II se produjo en 1464. Poco antes de morir exhortó a los príncipes cristianos a tomar parte en una cruzada contra el poder de los turcos. Deseaba recuperar para la cristiandad Constantinopla, que Mahomet II había conquistado en 1453. Como ninguno de los príncipes gobernantes le seguía, se puso en camino él solo hacia su flota, esperando que otros imitarían su ejemplo, pero Pío II murió antes de que sus barcos pudieran zarpar.

Su sobrino, el cardenal Francesco Piccolomini, hizo construir la biblioteca de la catedral y le puso el nombre de “Librería Piccolomini” en memoria del gran papa humanista. Entre los años 1502 y 1507 Pinturicchio pintó los murales, muchos de los cuales representan escenas de la vida del papa fallecido. En esta biblioteca se encontraba el célebre grupo de las tres Gracias desnudas, una copia romana de la famosa escultura griega, obra muy apropiada para el clasicismo de Enea Silvio.



Coronación del papa Pío II (Enea Silvio Piccolomini). Abajo: representación simplificada de la ciudad de Siena. Miniatura de la cubierta de un libro de contabilidad municipal (biccherna) del año 1460. Archivo di Stato, Siena

Item et la .S. de .n. s. de hinc in futurum ad tutti i disiderati Compliri et sequari
 spual et temporal. et Agenti p loro qualunq. Coe deo a spualia natura.
 de stat. roba bnficio et qualunq. altre coe. co Bi ecclesiastica. come Timto
 rali: Anora s ad altri p caro bbero concessi. qd hi non creditur.
 Et absoluca li bndich da qualunq. Censure pene o altro bbero in un
 modo se intendano restituiti in tutto nel proprio Stato. Con le Confir
 mationi. et reintegracioni de privilegij et Bolle. Come erano in nanti
 In currisboro se pur. nanti fo bbero In desobediencia. contumacia et
 rebellion alcuna. per le differencie o alienacioni re. State talte
 dala .S. de .n. s. et Illmo. s. dura ad questi giorni. et de pnti. Lequali
 Cole. fo Illmo. s. dura e obliga et la .S. de .n. s. Confirmara
 et ratificara in forma ualida:

~ C. B.



~ D. G. Molo x Novobz x D. U.

~ H. B.

Carta en la que César Borgia invita al tirano sienés Pandolfo Petrucci y a sus confederados a Sinigaglia, con la intención de darles muerte a todos. Archivio di Stato, Siena.

LOS TIRANOS

La historia de las formas de gobierno de la antigua Siena –que, en términos generales, es similar a la historia de otras constituciones cívicas de Italia durante aquél período- coincide de forma notable con la ley establecida por Platón acerca de la decadencia de las ciudades-estado, sobre la que Averroes escribió un comentario: el gobierno ideal, dice Platón, es el ejercido por unos jueces que representan una sabiduría impersonal y eterna, y no sus intereses personales. Expresado en términos cristianos, esto describe la esencia del gobierno sacerdotal, ya sea de la Iglesia, según las ideas güelfas, o del Sacro Imperio Romano, según los principios gibelinos. Cuando esta forma ideal de gobierno declina, la nobleza, la casta de los guerreros, es la que toma el timón. La ciudad-estado entra entonces en una fase de guerras; se hace poderosa gracias a las conquistas, pero acaba muriendo desangrada a causa de sus delirios de grandeza. A continuación es la clase de los mercaderes la que toma el poder, y el interés supremo ya no es el honor, como era el caso con el gobierno de la aristocracia, sino el dinero. Mientras que el gobierno de los nobles, a pesar de ciertas deficiencias, demostraba amplitud de miras y un sentido de la grandeza, ahora las posesiones materiales son el principal objetivo de los esfuerzos de los ciudadanos. Se produce entonces una diferencia demasiado ostensible entre ricos y pobres. Junto con el declive de las virtudes militares, este hecho tiende a producir la caída del gobierno de los mercaderes y el poder pasa a manos del pueblo, para el que en general sólo una cosa es importante, a saber, los placeres directamente tangibles. No obstante, puesto que la generalidad de la masa ignorante no sabe qué es posible y qué no lo es en cuanto a la obtención de placeres, es rápidamente víctima del político que prometa más y que tenga menos escrúpulos a la hora de cumplir sus promesas. De este modo el gobierno del pueblo termina en tiranía.

Esto es exactamente lo que sucedió en Siena. Hacia el final del siglo quince, la lucha entre los diferentes estratos sociales y los partidos políticos llegó a su punto culminante. El partido del pueblo, *il Monte del Popolo*, unió a todos los habitantes más pobres con los que alguna vez habían sido influyentes y se levantó en una insurrección sangrienta contra el gobierno de los ricos burgueses –el Consejo de los Nueve, *i Noveschi*- y los expulsó de la ciudad. Pero los “Nueve” no hicieron más que esperar a que los partidos que se quedaron en Siena se debilitaran luchando entre sí, para luego volver y tomar posesión de la ciudad con un ataque súbito. Los “Nueve” lograron este objetivo en el año 1487, bajo la dirección de Pandolfo Petrucci, el cual, sin embargo, no tenía ninguna intención de devolver el poder a los “Nueve”, sino que reunió a todas las clases y a todos los partidos en lo que se llamó el “partido del pueblo de Siena”; y, mientras halagaba al populacho, gobernaba como un tirano. Siguiendo el ejemplo de otros tiranos contemporáneos, utilizó los servicios de asesinos a sueldo para eliminar a los hombres influyentes que se le oponían, llegando incluso a hacer matar a su suegro. El populacho excusaba estas cosas porque el tirano les eximía de impuestos, sacando el dinero para pagar sus proyectos y su vida ostentosa de los ciudadanos ricos, así como de la confiscación de los bienes de la Iglesia, y además llevó la paz a Siena gracias a la cesión a Florencia de Montepulciano y las fortalezas sienesas del valle de Chiana. Todo esto se iba a pagar muy caro en el futuro.

En el año 1499, el rey francés Luis XII conquistó Milán, mientras más al sur, en la Romagna, el famoso César Borgia, hijo ilegítimo del papa Alejandro VI, llegaba a la cúspide de su poder. Petrucci hizo pactos ora con uno, otra con el otro, esperando con ello poder navegar astutamente entre Escila y Caribdis, y al mismo tiempo apoyaba en secreto la conspiración de los *condottieri* de César Borgia contra su señor. Pero éste, oliéndose el complot, invitó a todos los conspiradores a

Sinigaglia y los hizo matar a todos. Sólo Pandolfo Petrucci, que intuyó la trampa, se quedó en Siena.

Para vengarse, César Borgia, con el pretexto de liberar a los sieneses de su tirano, cayó sobre la ciudad con un ejército de 15.000 hombres y exigió el destierro de Petrucci, que se vio obligado a huir. Seguido de cerca por los hombres de César Borgia, galopó hasta Lucca, donde encontró asilo. En ese momento intervino el rey francés Luis XII proclamando que Siena estaba bajo su protección y exigiendo que se volviera a entregar el poder a Petrucci, petición a la que los Borgia –Alejandro VI y su hijo César- no tuvieron más remedio que acceder. Por todo agradecimiento Petrucci se alió pocos años después con los españoles, que habían derrotado a los franceses en Carigliano, pero pocos después, cuando los españoles, que pretendían conquistar Florencia, se encontraron en dificultades, Petrucci los abandonó para volver a su antigua alianza con Francia. Mientras tanto, Florencia no sólo había extendido su dominio a Montepulciano, sino también a Pisa: los florentinos tenían ahora libre acceso al mar y también controlaban la gran carretera de Roma. El destino de Siena estaba sellado. En 1512 Pandolfo Petrucci murió mientras regresaba a la ciudad desde los baños de San Filippo. Sus funerales se celebraron con gran pompa en la iglesia de la Osservanza, cerca de Siena.

Se dice que el papa preguntó en una ocasión al docto Antonio da Venafro, consejero permanente de Petrucci, cómo había conseguido éste tener bajo control a los inconstantes sieneses, a lo que Venafro respondió: “Con mentiras y engaños, Santo Padre”.

A favor de este tirano se suele decir que durante su gobierno la ciencia y las artes florecieron de nuevo. Pero incluso este florecimiento era degenerado y enfermizo, como la mayoría de las producciones que se llevaron a cabo en Siena en aquella época: Pinturicchio, que pintó los frescos gráciles pero nada espirituales de la biblioteca Piccolomini de la catedral, fue también responsable de la decoración del palacio de Petrucci; y Sodoma, de quien se dice que pintó el retrato de Petrucci, muestra, con su arte animado pero afeminado y pervertido, cuál era el espíritu de la época. El artista sienés más importante de aquel tiempo, el arquitecto Baldassare Peruzzi, vivió y trabajó sobre todo en Roma.

Tras la muerte de Petrucci, su hijo Borghese accedió al poder, pero se comportó tan al estilo de un Nerón que al cabo de cuatro años fue depuesto a la fuerza por los sieneses. Lo sustituyó su primo Raffaello, al que León X había nombrado cardenal, y cuando, con gran alivio de los sieneses, también murió, su hermano Fabio se convirtió en gobernador de la ciudad. Como el gobierno de Fabio fue aún más cruel y corrupto que el de Borghese, al poco de acceder al poder fue obligado a abandonar la ciudad y exiliarse.

Declaración de la renta del pintor Giovanni Antonio Bazzi, llamado “Il Sodoma”:

“Ciudadanos y funcionarios de la Oficina de Impuestos, yo, el Maestro Giovanni Antonio Sodoma de Boccaturro, por la presente declaro lo siguiente:

“Primero: Poseo un huerto cerca de Fontenuova, que yo cultivo y cuyos frutos recogen otros.

“Segundo: Poseo una casa, en la que vivo, en Vallerrozzi, sobre la cual Niccolò de’Libri y yo tenemos un litigio.

“En la actualidad poseo ocho caballos, a veces llamados ‘cabras’, y creo que debo ser como un caballo castrado para seguir conservándolos.

“Tengo un mono, y un cuervo que habla. Este último lo conservo para que pueda enseñar a hablar a un asno teólogo que tengo enjaulado. Además de esto, tengo un búho para asustar a los estúpidos y también una lechuza. No entraré en detalles sobre el chotacabras, a causa del mono antes mencionado.

“Poseo dos pavos reales, dos perros, dos gatos y un halcón, un gavián, seis gallinas y dieciocho pollos.

“Y además tengo dos pollas de agua y tantos pájaros que describirlos a todos sería apabullante.

“También poseo tres bestias malvadas, a saber, tres mujeres; además, hay unos treinta niños que no me dejan ni un momento de descanso. Sus Excelencias, por lo tanto, se darán cuenta de que estoy siempre enormemente ocupado.

“Finalmente, en los Estatutos hay una cláusula según la cual todo aquel que tenga doce hijos no está sujeto a ningún impuesto. Por lo tanto a vosotros me encomiendo.

“Bene valete, Sodoma, derivatum mihi Sodoma”



*Autorretrato del pintor
Giovanni Antonio Bazzi,
llamado «Il Sodoma».
Fragmento de un fresco
de la abadía de Monte Oliveto
Maggiore, cerca de Siena*



La victoria de Porta Camollia, encargada por el Consejo de Siena al pintor Giovanni di Lorenzo Cini. Esta representación de la Santísima Virgen que extiende su manto para proteger a la ciudad tiene quizá su origen en la imagen representada en un gran estandarte de guerra sienés de color blanco. Iglesia de San Martino, Siena

EL ASEDIO

Tras la caída de la tiranía, los habitantes de Siena se fraccionaron en innumerables partidos políticos en sus luchas por la restauración de la antigua libertad comunal. Sin embargo, con el siglo dieciséis había comenzado una época en la que ya no era posible que una ciudad libre existiera con sus propias fuerzas y bajo sus propias leyes.

En la Edad Media la sociedad se constituía espontáneamente, como consecuencia de las relaciones naturales, en una estructura piramidal que culminaba en un vértice. Las diversas clases, las corporaciones y los consejos ciudadanos eran, en gran medida, los promulgadores de sus propias leyes, dentro del marco de la justicia tradicional, y el Emperador, el Rey o el Obispo tenían poco que hacer más allá de garantizar, como autoridad suprema, la aplicación de aquellas leyes de acuerdo con las circunstancias. Con esto se restringía la arbitrariedad de los monarcas, de modo que ni siquiera el Emperador tenía derecho a interferir en ciertas clases de cuestiones personales, ni a alterar la estructura del orden social. Gobernaba mediante el control de los jefes de la jerarquía; su poder era, por lo tanto, indirecto. Por consiguiente, la justicia, tal como se entendía en aquellos tiempos, no consistía en la aplicación de una regla igual para todos los hombres, sino en el respeto por todas las leyes derivadas de la naturaleza de los hombres y de las cosas.

Entonces, cuando esta estructura social flexible se descompuso, hizo su aparición la monarquía absoluta, que ya no gobernaba sobre la base de las corporaciones existentes, sino de arriba abajo sin tener en cuenta las circunstancias particulares de la ciudad. Los mercenarios sustituyeron definitivamente a los caballeros; y la supremacía de las armas de fuego tuvo el efecto de relegar las reglas del combate caballeresco a un juego innecesario, puramente decorativo y peligroso.

El pueblo de Siena, para el que la antigua ciudad-estado seguía siendo el ideal supremo, luchó obstinadamente contra la absorción en este nuevo orden que se estaba imponiendo en Italia con el Imperio de Carlos V, “Su Majestad Católica” de España, con el Reino de Enrique II, “el Cristianísimo Rey” de Francia (antes se decía simplemente “Emperador” y “Sire”) y, en tercer lugar, con el poder eclesiástico y secular del Papa.

Tras el despotismo de Petrucci, el partido de los “Nueve”, del que había salido la tiranía, intentó recuperar el poder con la ayuda de la intervención papal. Pero un nuevo partido popular que se hacía llamar los “Libertini” y que tenía como objetivo el derrocamiento del despotismo, se rebeló contra el partido de los Nueve y contra la guarnición papal, y los expulsó de la ciudad.

Con la intención de castigar a los sieneses y devolver el poder a sus fieles partidarios, los “Nueve”, el papa Clemente VII, miembro de la familia Medici, envió contra Siena un ejército de 7.600 mercenarios junto con una milicia de 2.200 soldados florentinos, al mando de Andrea Doria. Este ejército acampó delante de la Puerta Camollia.

Tal como hicieron en el pasado antes de la batalla de Montaperto, los sieneses decidieron encomendar su ciudad a la protección de la Santísima Virgen. Los ancianos de la ciudad depositaron las llaves de las puertas de la ciudad sobre el altar de la Madonna del Voto, en la catedral, y proclamaron a la Reina del Cielo Protectora de su *res publica*.

El 25 de julio, un pequeño contingente de la milicia ciudadana, formado por sólo cien caballeros y unos pocos cañones, hizo una salida por las puertas de Fontebranda y Camollia y con un audaz golpe de mano se apoderó de la artillería enemiga. Al mismo tiempo se oyó la gran campana de la torre del Ayuntamiento que llamaba a los habitantes para que acudieran en ayuda de su milicia y completaran la victoria. Pero el ejército enemigo, presa del pánico, ya había huido en completo desorden.

Igual que anteriormente, tras la victoria de Montaperto, los victoriosos sieneses, cargados con el botín y coronados con ramas de olivo, fueron en procesión por las calles de la ciudad hasta la catedral para expresar su gratitud a la Santísima Virgen. Incluso los extranjeros que presenciaron el suceso lo calificaron de milagro. Para protegerse de posibles nuevos ataques por parte del Papa, el nuevo partido gobernante, los Libres –los “Libertini”- se alió, de acuerdo con la tradición gibelina, con el Emperador Carlos V, cuyo general, Don Ferdinando Gonzaga, inmediatamente envió tropas para reforzar la milicia ciudadana.

En abril de 1536, el Emperador Carlos V en persona visitó la ciudad. Cincuenta nobles sieneses salieron a su encuentro ante la Porta Romana al grito de “¡Imperio! ¡Imperio!” y le besaron las manos, los pies, e incluso el caballo. En las puertas de la ciudad le esperaban los magistrados y el clero, precedidos de doscientos jóvenes de la nobleza vestidos de blanco y oro que llevaban guirnaldas de flores y ramas de olivo. En las calles por las que iba a pasar el Emperador, colgaban de las casas brocados, alfombras orientales y guirnaldas. Las mujeres saludaban desde las ventanas y el pueblo gritaba: “¡Bienvenido nuestro Emperador Carlos V!”

El Emperador dirigió unas palabras al pueblo y exhortó a los sieneses a mantener la concordia. Pero apenas el Emperador hubo abandonado la ciudad, comenzaron de nuevo las viejas luchas entre partidos, que ni siquiera la guarnición imperial pudo impedir. El Emperador, por consiguiente, decidió construir una fortaleza en Siena. Cuando los sieneses se enteraron de este proyecto, temieron por su libertad, y enviaron un embajador al Emperador para rogarle que reconsiderara su decisión. Un sienés llamado Alessandro Sozzini se refiere en su *Diario* a estos hechos:

“Mientras tanto, el señor Girolamo Tolomei, elegido embajador, partió con un secretario y un guía para llevar el mensaje a Su Majestad Católica. Cabalgó hasta España, donde el Emperador residía en aquel momento. Al llegar escribió casi inmediatamente al Senado de Siena para decir que Su Majestad Católica no había querido concederle audiencia, que ya había esperado tres días para ser recibido en audiencia y que en su opinión difícilmente podría conseguir lo que la ciudad de Siena solicitaba.

“Al cabo de unos cuantos días, el embajador escribió de nuevo diciendo que, gracias a la ayuda de unos amigos suyos de la corte, había sido admitido a presencia de Su Majestad Católica. El Emperador, al ver a quién tenía delante, frunció el ceño y le dijo que se levantara y se marchara, ante lo cual el señor Tolomei rogó al Emperador, por el amor de Dios, que al menos le dejara comunicarle el mensaje que le había confiado la República de Siena, a fin de que pudiera informar de que había llevado a cabo sus órdenes. El Emperador le dio permiso para que hablara, ordenándole que fuera breve. El embajador explicó entonces con pocas palabras que toda la ciudad esperaba que Su Majestad cambiara su decisión y, en vez de construir una fortaleza cerca de Siena, hiciera cualquier otra cosa, para mayor honor de Su Majestad Católica y mayor tranquilidad de los ciudadanos sieneses. Su Majestad podía tener la seguridad de que no se producirían más disturbios en la ciudad; podía prometer en nombre de todos sus conciudadanos que cualquier otro plan, cualquiera que fuese, excepto la construcción de una fortaleza, sería aceptado por los sieneses. Su Majestad Católica respondió que tal alteración de sus planes era imposible y que ya había dado sus

Cuando también este embajador regresó con una respuesta negativa, el pueblo se congregó en las iglesias para implorar la ayuda divina y grupos de flagelantes recorrieron la ciudad.

Mientras tanto, algunos exiliados sieneses habían hecho saber al embajador del rey de Francia en Roma, el cardenal de Tournon, que Siena aceptaría de buen grado la protección del “Cristianísimo Rey”, y, como en la propia ciudad de Siena varios personajes influyentes habían declarado secretamente su adhesión a Francia, se reunieron a toda prisa tropas aliadas de los territorios sieneses, que se pusieron bajo el mando del joven noble sienés Enea Piccolomini. Este pequeño ejército se reunió el 26 de julio de 1552 cerca de la ciudad y se dirigió hacia la Porta Nuova. Aquel día Don Diego Hurtado de Mendoza estaba ausente de Siena. Su lugarteniente, Don Franzese, hizo lo que pudo para sofocar la insurrección, pero no se decidió a tomar como rehenes a los principales ciudadanos. Sozzini cuenta en su *Diario* cómo se precipitaron los acontecimientos.

“Sucedió que en la casa de la familia Cerini, cerca de la fuente de S. Giusto, siete u ocho jóvenes celebraban una fiesta por la noche. Se encontraban en la calle cuando tres españoles pertenecientes a la compañía del capitán Pacheco del barrio de Servi se les acercaron y les ordenaron que entraran en la casa. Se produjo una refriega y uno de los españoles murió a manos del notario Francesco Cosimi. Los otros dos españoles huyeron. El cadáver fue retirado.

“Cuando los sieneses, que esperaban ser liberados por aquellos valerosos conspiradores, se enteraron de lo sucedido, iniciaron una rebelión y se armaron con las pocas armas que habían podido esconder. En todas partes se apilaron montones de piedras ante las ventanas y a la una de la madrugada los ciudadanos armados se pusieron en marcha con gritos de ‘¡Francia! ¡Francia! ¡Victoria y libertad!. Estos gritos sembraron el terror en los corazones de los españoles; simultáneamente en todas las ventanas se encendieron luces, de modo que toda la ciudad estaba iluminada como si hubiese salido el sol.

“Los que estaban en el campamento francés en las proximidades de la Porta Nuova, al oír el ruido que provenía de la ciudad y que parecía ser en su favor, se acercaron hasta el monasterio de los hermanos de Angioli, y cuando oyeron gritos de ‘¡Francia! ¡Francia!’ avanzaron hasta el convento de las monjas de Ognissanti, donde les detuvo durante un tiempo el ataque de unos cuantos españoles que se habían reunido en los baluartes de la Porta Nuova. Este retraso impidió que los hombres del campamento francés se acercaran lo suficiente para prender fuego a la puerta de la ciudad. Pero el señor Enea delle Papesse Piccolomini, valeroso e intrépido como era, descubrió en una habitación del convento una gran cantidad de leña seca y, agarrando un haz, gritó: ‘¡El que sea un hombre, ame a su patria y me ame a mí, y quiera liberar a su ciudad de los españoles, que coja su haz y me siga!’. Muchos nobles que se habían reunido en el campamento francés desde sus posesiones de fuera de la ciudad, y también varios jóvenes del distrito de Fontebranda, siguieron el ejemplo del señor Enea, que mientras tanto, despreciando el peligro, había colocado su haz de leña contra la puerta. Todos los hombres llevaron su haz, los amontonaron todos y les prendieron fuego. Los españoles que estaban encima de la puerta hicieron cuanto pudieron lanzando piedras y disparando sus arcabuces, pero, gracias a Dios, no pudieron hacer mucho daño, salvo la grave herida que sufrió en la cabeza Annibale de’Martini, que casi le causó la muerte, pero de la que acabó recuperándose. Cuando la guardia principal de los españoles vio que la Porta Nuova estaba en llamas y se dio cuenta de que fuera había ocho o diez mil hombres dispuestos a hacerles pedazos, empezó a alarmarse; todos los soldados españoles se reunieron en una gran formación en la plaza. Cuando las tropas al mando del capitán Pacheco, que esperaban en el barrio de Servi, siguiendo las órdenes del mariscal de campo, se dirigieron al Campo para unirse al resto de los españoles, se encontraron con una lluvia de piedras en todas las calles por las que tuvieron que pasar, piedras que hirieron a muchos soldados y les hicieron marchar más que trotando ...”

Con esta lluvia de piedras las mujeres sienesas se vengaban de todas las injurias que habían recibido de los mercenarios españoles. Aunque los españoles tenían los refuerzos de cuatrocientos hombres de la milicia florentina, de la compañía del duque Cosimo dei Medici, no pudieron dominar la situación. Mientras tanto se formó un potente ejército francés a las órdenes del cardenal Farnese. El duque Cosimo, temiendo que estallara una guerra entre Francia y España en la Toscana, se ofreció para actuar de intermediario, lo que resultó en un acuerdo según el cual los florentinos y los españoles se retirarían con todos los honores militares y Siena seguiría gozando de la protección de Carlos V. El 5 de agosto de 1552, los españoles y los florentinos se retiraron de la recién construida fortaleza de la Lizza. La descripción de Sozzini dice lo siguiente:

“... El último en partir fue el mariscal de campo Don Franzese. Al pasar vio a muchos jóvenes sieneses que habían sido amigos suyos a causa de sus buenas cualidades (pues era dulce como una doncella). Y mientras los saludaba, hubo uno entre ellos, un buen amigo suyo, el señor Ottavio Sozzini, que se dirigió a Don Franzese con estas palabras: ‘Don Franzese, amigo o enemigo, yo, en todo caso, como verdadero noble, os digo que, aparte de los intereses de la República, Ottavio Sozzini es y será siempre vuestro amigo y servidor’. Don Franzese respondió, con lágrimas en los ojos: ‘Os doy las gracias por vuestra buena opinión, a la que nunca responderé con ningún mal’. Después, dirigiéndose a los otros que le habían saludado, hizo esta elocuente observación: ‘Valerosos sieneses, habéis llevado a cabo un espléndido ataque por sorpresa; pero en el futuro tened cuidado, ya que habéis ofendido a un personaje demasiado poderoso ...’

“En cuanto los españoles y los florentinos hubieron abandonado la ciudadela, M. de Lansach, en representación de Monseñor de Termes, entró en ella con su compañía. Envío mensajeros a los ilustrísimos Señores y al Capitán del pueblo instándoles a reunirse enseguida en la ciudadela, ya que quería, según lo acordado, entregarles la fortaleza para que hicieran con ella lo que creyeran más conveniente. Las campanas de la ciudad tocaron para convocar a la asamblea, y los consejeros, el Capitán del pueblo y todos los funcionarios de la ciudad y la magistratura desfilaron en procesión. Delante de los ancianos de la ciudad marchaba el estandarte de Nuestra Señora. Todos los hombres iban coronados con ramas de olivo y a la procesión se unió una inmensa multitud, seguida por el clero. Muchos hombres llevaban consigo picos, azadas, martillos, barras de hierro y otras herramientas con las que demoler la ciudadela, y todos parecían tan alegres como si acudieran a una boda. En cuanto la procesión llegó a la ciudadela, el susodicho M. de Lansach, en nombre del Rey Cristianísimo de Francia y como representante suyo, hizo pública entrega de la ciudadela a la República ...”

El Consejero principal de la ciudad ordenó que la fortaleza se derribara, tras lo cual toda la población, con lágrimas de alegría, empezó a dismantelarla piedra a piedra con tanto ardor que al cabo de una hora las murallas estuvieron completamente arrasadas.

A continuación la ciudad se entregó a unas celebraciones que duraron días. La Madonna del Voto fue llevada en procesión por las calles, las viejas rencillas partidistas se olvidaron y cada cual decidió que en el futuro viviría en paz con su vecino.

Pero Carlos V había decidido que Siena pagara por su conducta y con este fin reunió un gran ejército en la región de Nápoles. Los sieneses abandonaron las celebraciones y se dedicaron con gran energía a fortificar su ciudad.

La ayuda que Siena recibió de los franceses llegó al mando de Piero Strozzi, enemigo personal de Cosimo dei Medici. Este último intervino entonces en la guerra y envió a su general, Giovanni Iacopo dei Medici, el marqués de Marignano, con tropas contra Siena, y Carlos V puso cuatro mil soldados españoles y una compañía de mercenarios alemanes a su disposición.

*La Santísima Virgen
 extiende su manto
 protector sobre Siena.
 Grabado en madera
 del siglo dieciséis.
 Museo Civico,
 Ayuntamiento, Siena*

**Oratio pro
 tate: et pro om
 nationum de**

**Custodi nos
 Domina nra
 Maria: ut pu
 pillam oculi..**

**Sub. vmbra
 alarum tua
 rum protege
 nos.**



**Patrie Liber
 nium tribu
 fensione.**

**Regina Pa
 tris summi
 dignata Co
 rona:**

**Perpetuo
 Senam re
 spice Virgo
 tuam.**

El marqués de Marignano esperaba llevar a cabo un ataque por sorpresa. El 26 de enero de 1554 cruzó de pronto la frontera y se dirigió a la ciudad a marchas forzadas. Sozzini cuenta lo siguiente:

“A las siete de la tarde el enemigo llegó ante las defensas de Camollia y, al no encontrar resistencia, consiguió entrar en el fuerte y apoderarse de él se dice que el ejército estaba formado por unos seis mil soldados italianos de infantería, quinientos españoles y doscientos hombres a caballo. Pero quince soldados napolitanos habían tomado posiciones en el baluarte de la ‘Madonna dipinta’ con provisiones para seis días de pan, vino y municiones. Estaban armados con mosquetes y cuando aparecieron los enemigos mataron a cuantos pudieron. A pesar de esto las tropas enemigas se apoderaron de los dos primeros baluartes, entraron en S. Croce y en el cementerio y tomaron posesión de la taberna del Sole, y rompieron las puertas de hierro con arietes. Un sargento español (que ya había sido hecho prisionero en Montalcino y después liberado) se puso ante la puerta, clavó la espada en una rendija y gritó en español: ‘¡Abrid la puerta! ¡Don Diego Hurtado de Mendoza quiere entrar!’”.

El marqués, viendo que era imposible tomar Siena por asalto, puso asedio a la ciudad y devastó los alrededores para impedir el suministro de víveres. Todos los campesinos a los que descubrieron intentando llevar comida a la ciudad fueron colgados de los árboles que rodeaban las murallas.

Piero Strozzi, mientras tanto, planeaba atacar Florencia con el apoyo de sus aliados y liberarla de los Medici, que tenían enemigos incluso en su ciudad. Enrique II, rey de Francia, había prometido enviar un ejército de gascones y alemanes en su ayuda, ejército que se uniría a las tropas de Strozzi en Lucca; entretanto, los exiliados florentinos, dirigidos por Bindo Altoviti, atacarían el territorio florentino desde el sur. En junio de 1554, Strozzi consiguió poner en práctica sus planes: cruzó las líneas enemigas por Casole, Volterra y Pontedera y llegó al Arno, cruzó el río y se reunió con las tropas auxiliares francesas en Lucca, tal como se había acordado. El marqués de Marignano, que no esperaba un ataque a Florencia, emprendió su persecución, cruzó también el Arno y reunió sus tropas en Pistoia. Pero Strozzi esperó en vano la llegada del ejército de los exiliados florentinos, que, tras llegar a Viareggio con la flota argelina, tenía que haber atacado desde el sur por el valle de Chiana. Pero la llegada de este ejército se retrasó a causa de intrigas personales, y Strozzi se vio obligado a retirarse para no quedar rodeado por las tropas del marqués de Marignano, cuyo número había aumentado entretanto. Cruzando otra vez por sorpresa el Arno, consiguió llegar a Maremma sin ser observado.

Aquí, en Buonconvento, se reunió con el ejército de los exiliados florentinos, que finalmente había podido desembarcar en Port'Ercole. Con los dos ejércitos juntos, regresó a Siena y acampó ante la Porta Romana.

Piero Strozzi había solicitado al rey de Francia que pusiera a su disposición un oficial experimentado que pudiera dirigir la defensa de Siena mientras él se hallara fuera de la ciudad luchando contra el ejército imperial. Enrique II envió al gascón Blaise de Montluc, que más tarde participó en el gobierno de la ciudad como representante del rey francés y se ganó el respeto y la estima de los sieneses. Llegó a la ciudad simultáneamente con el regreso de los ejércitos de Strozzi.



Paisaje toscano entre Siena y San Gimignano

En vez de lanzar inmediatamente un ataque contra el ejército imperial, cuya moral estaba baja a causa de la súbita llegada de los ejércitos francés y sienés, Strozzi vaciló y finalmente se retiró una vez más al valle de Chiana, perseguido por las tropas del marqués de Marignano. La principal ventaja que el ejército franco-sienés tenía sobre su enemigo era su caballería. Como el terreno era inadecuado para la caballería, Strozzi decidió retirarse aún más, hasta Lucignano. Aunque Blaise de Montluc le rogó encarecidamente que efectuara la retirada de noche, Strozzi, actuando con un sentido equivocado del orgullo caballeresco, levantó el campamento en pleno día el 2 de agosto. El enemigo le atacó en un terreno desfavorable para su caballería cerca de Marciano, donde sufrió una terrible derrota, que Sozzini refiere así en su *Diario*:

“ ... En la derrota del ejército del señor Piero, éste perdió noventa abanderados de la infantería y cincuenta de la caballería. Los restantes se salvaron porque huyeron de la batalla. Los que lucharon murieron casi todos. Entre los caídos estaba el señor Giovannino Bentivogli, capitán de caballería, y el capitán Antonio Galeazzo, de infantería, que eran hermanos naturales del señor Cornelio. Muchos gascones y suizos, algunos procedentes de los Grisonos, fueron capturados, despojados de sus posesiones y puestos en libertad. Cuando sonó la trompeta para reunir a todas las tropas, se vio que faltaban unos doce mil hombres del campamento francés, entre los caídos en batalla y los que habían sido capturados y trasladados a Florencia.

“Nadie que viera a todos aquellos soldados de diferentes nacionalidades volviendo a Siena despojados, heridos y maltratados, cayendo por las calles entre sollozos, o tendidos en bancos y muros bajos –pues el hospital estaba atestado, con cuatro hombres en cada cama, con todas las mesas y sillas ocupadas por los heridos, e incluso la iglesia estaba llena, por lo que los demás no tenían más remedio que echarse en las calles-, nadie, digo, que presenciara todo esto podía contener las lágrimas aun cuando su corazón fuera de piedra. Era un espectáculo horrible: las calles abarrotadas de heridos, los lamentos desgarradores, particularmente los gritos de los alemanes y franceses, hombres que pedían suplicando un sorbo de agua o un poco de sal para sus heridas: todos los que lo contemplaban sentían una gran piedad. Hombres y mujeres llevaron sal, pan y vino para aliviar a los heridos lo mejor que pudieron. Pero yo mismo puedo dar fe de haber visto más de un centenar de hombres que giraban el rostro hacia la pared llorando a la vista del sufrimiento de aquellos pobres soldados desgraciados que habían sufrido tal carnicería ...

“El 6 del mismo mes se inició la construcción de un fuerte a mano izquierda de la Porta Nuova. Se derruyó el convento de las monjas de Ognissanti, cerca de la puerta, a la derecha. El mismo día, los soldados que habían guardado los dos fortines del exterior de la Puerta de S. Marco se retiraron, pues había escasez de soldados. Y también aquel mismo día el resto del ejército imperial llegó a Badia al Lazzaro. En las carreteras confiscaron muchas bestias de carga que llevaban harina y trigo, por lo que aquel día poca comida llegó a la ciudad, y la carretera de roma ya no se podía utilizar ...”

A partir de aquel momento Siena entró en un estado de sitio con todos los horrores del hambre y los bombardeos. Monluc prometió a los sieneses la ayuda del rey de Francia y los ancianos de la ciudad juraron que “antes se comerían a sus propios hijos que rendirse al enemigo”. Se decidió mandar fuera de la ciudad a todas las personas que no participaran en su defensa, a fin de tener menos bocas que alimentar. En octubre de 1554, doscientos cincuenta niños de entre seis y diez años de edad del orfanato del hospicio de Santa María della Scala, escoltados por cuatro compañías de soldados y acompañados por muchos hombres y mujeres, abandonaron la ciudad. Pero los españoles derrotaron a la escolta y cayeron sobre la comitiva de niños y les confiscaron los caballos de carga y de silla. Sozzini escribe:

“ ... [Los españoles] empezaron a cortar las cinchas de los caballos y todos los niños cayeron al suelo, muriendo algunos y otros quedando heridos. Mataron a muchas de las mujeres que les acompañaban. Como todas las bestias de carga habían caído en manos de los españoles, la escolta no podía hacer otra cosa que regresar a la ciudad. Por la mañana encontraron a los niños supervivientes fuera de la Puerta de Fontebranda (donde antaño solía celebrarse el mercado anual de cerdos), tendidos en el suelo, sollozando y gritando desesperadamente ...”

En noviembre las tropas francesas se vieron obligadas a requisar las reservas de trigo de la ciudad. Sozzini escribe:

“ ... Aquel día los cuatro funcionarios municipales que administraban la distribución de trigo, acompañados por los agentes del rey, tomaron posesión de las llaves del depósito de grano del Hospital, tras prometer al administrador que le asignarían diez medidas de trigo cada mes para la manutención de los huérfanos, niñas y jóvenes que estaban a su cargo. Pero después del primer mes no se hizo ninguna otra asignación, y los internos del Hospital empezaron a pasar mucha hambre. Se propuso repartir a las niñas huérfanas por la ciudad, una con cada familia que aún tuviera una reserva de alimentos; pero los niños debían enviarse fuera de la ciudad. Todos los días una multitud de huérfanos salía de la ciudad para recoger leña en los alrededores, que cambiaban por pan para evitar morir completamente de hambre. Esta situación provocó la ira de muchos ciudadanos. En su opinión, la obra benéfica de una institución tan santa como el Hospicio de Santa Maria della

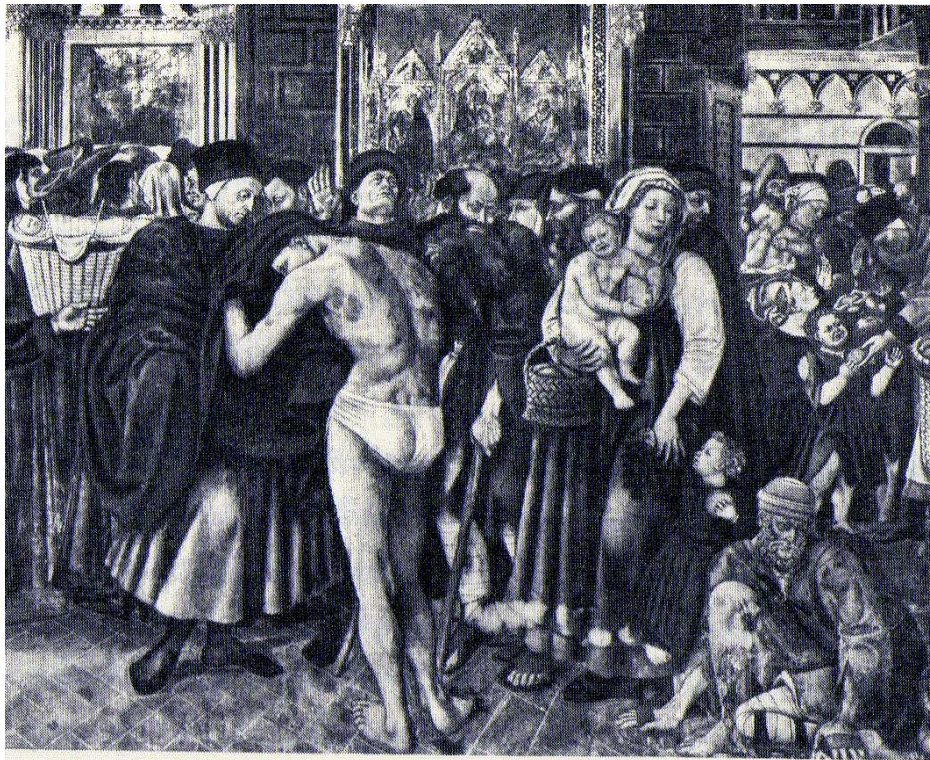
Scala daba a Siena razones para esperar que la gloriosa Madre de Dios suplicara a su Hijo unigénito que librara a la ciudad de los peligros en que se encontraba. Pero ahora la Santa Madre veía que se quitaba el pan a sus hijos y se daba a gente extraña, mientras sus protegidos sufrían a manos del enemigo. Era de temer que estuviera enfadada y que prestara oídos sordos a nuestras plegarias y pidiera al Señor que nos impusiera un justo castigo por semejante pecado ...”

Cuatro meses de hambre, y la noticia de que el marqués de Marignano estaba llevando potentes refuerzos de artillería hacia Siena, desanimaron a muchos de los ciudadanos principales. En sus *Comentarios*, Montluc describe:

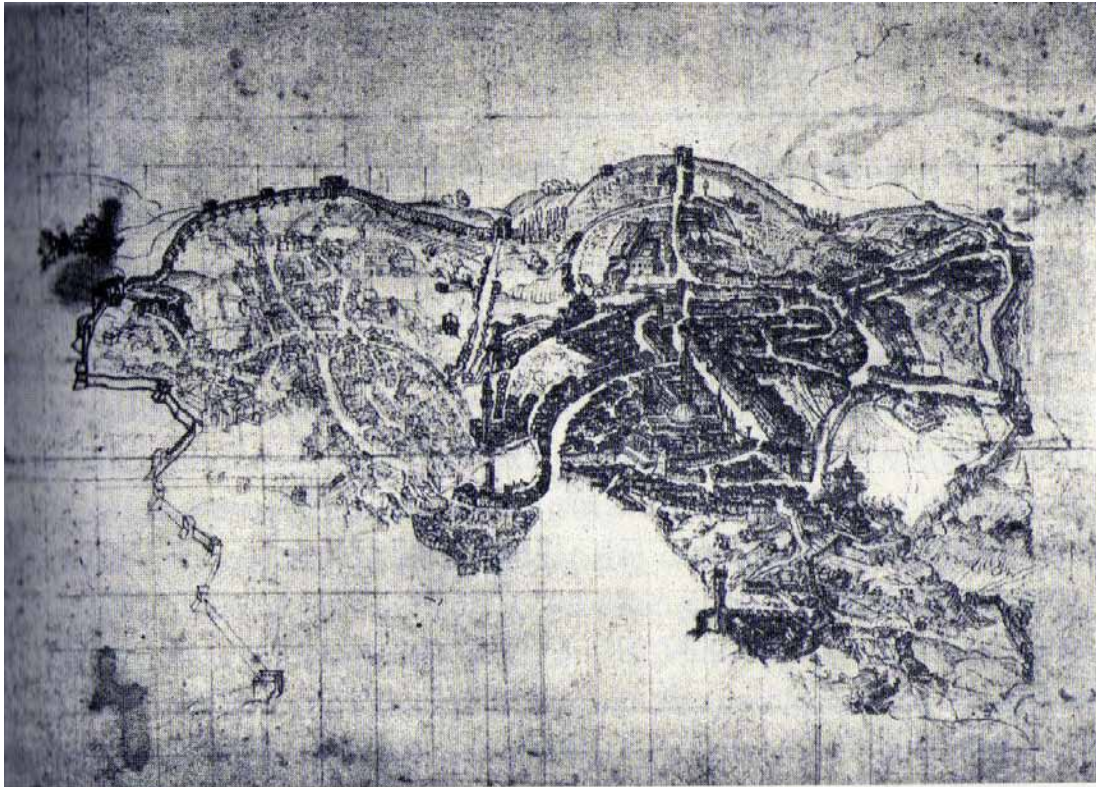
“Hacia el 20 de enero nos llegó la noticia de que la artillería partía de Florencia con 26 o 28 grandes cañones o culebrinas. Desde Siena se enviaron espías para que descubrieran qué había de verdad en ese rumor y se encontraron con que la artillería había llegado a Lucignano. Estas noticias me preocuparon bastante. Al día siguiente se convocó una asamblea de la nobleza y los ciudadanos en el Ayuntamiento para discutir si se había de resistir al ataque o si había que entrar en negociaciones con el marqués. Mostrarme colérico habría sido inútil, pues yo estaba en inferioridad numérica; y uno debe tratar de convencer a esta gente con argumentos sensatos y tranquila persuasión, sin amenazas ni cólera. Creedme, me costó contenerme ... Con los alemanes o los suizos hay que ser descarado; con los españoles, siniestro y altanero, y fingir que uno es más piadoso de lo que realmente es; con los italianos hay que tener tacto y cautela, sin insultarlos ni cortejar a sus mujeres; con los franceses uno puede hacer lo que quiera ...”

Uno de los ancianos del gobierno sienés dio a entender a Montluc que era más probable que la asamblea votara a favor de la negociación que de la resistencia armada. Montluc sigue diciendo lo siguiente:

“Estaba todavía tan agotado tras mi enfermedad que salí a la calle completamente envuelto en pieles, pues el frío era intenso. Nadie que me viera en esa guisa habría tenido mucha confianza en mi buena salud, todos debieron pensar que me iba extinguiendo poco a poco. Las mujeres y las personas timoratas (de las que hay muchas en todas las ciudades) decían: ‘¿Qué haremos si el gobernador muere? Estaremos perdidos; aparte de Dios, sólo confiamos en él ...’. De modo que saqué un par de botas de terciopelo escarlata que había traído de Alba, con cenefa de plata, bajas y bien hechas, y que había encargado en una época en que cortejaba a una dama ... También me puse un jubón y una camisa ricamente ornamentada con seda escarlata e hilo de oro (entonces era moda llevar el cuello de la camisa ligeramente doblado hacia abajo) y encima de ella un cuello de cuero de búfalo; para completarlo me puse mi escudo de armas de oro en relieve sobre el peto. Los colores que llevaba eran gris y blanco en honor de una dama de la que era humilde servidor cuando tenía libertad para ello. También tenía un sombrero de seda gris a la moda alemana, con un grueso cordón de plata y plumas de garza real ... Sobre los hombros me eché una amplia casaca de terciopelo gris toda ella incrustada de hileras de trenzas de plata separadas entre sí unos dos dedos, forrada de tela plateada y cortada entre trenza y trenza. En el Piamonte solía llevarla por encima de la coraza. Todavía me quedaban dos botellas del vino griego que me había mandado el marqués de Armagnac. Con parte de este vino me froté las manos y la cara hasta que mis mejillas adquirieron un poco de color. Luego me bebí tres dedales de vino y comí un trocito de pan, tras lo cual examiné mi aspecto en el espejo. Juro que apenas me reconocí: casi podía creer que todavía me encontraba en el Piamonte y enamorado, como lo estaba entonces; la verdad es que no pude evitar reír, pues parecía que Dios me hubiera dado de pronto un rostro completamente nuevo.



Cuidado de los enfermos y reparto de limosnas. Del fresco de Domenico di Bartolo de la Infermeria del Pellegrinaggio del Hospicio de Santa Maria della Scala. 1441—1444



Siena a vista de pájaro. Dibujo a pluma del siglo diecisiete. Ayuntamiento, Siena

“El primero que llegó a mi casa con sus capitanes fue el señor Cornelio, junto con el conde de Gayas, el comisionado de Bassompierre y el conde de Bisque, a todos los cuales había convocado, y al verme ataviado de aquella manera se echaron a reír. Me pasee con aire majestuoso por la habitación, más altanero que catorce hombres juntos, aunque en realidad no tenía fuerzas ni para matar una gallina ...”

En cuanto llegaron todos los capitanes de las tropas italianas, francesas y alemanas, Montluc se dirigió con ellos al Ayuntamiento:

“Cuando subimos las escaleras que llevan a la gran sala la encontramos llena de nobles y ciudadanos pertenecientes al gobierno de la ciudad. A la izquierda hay una pequeña sala reservada para las reuniones del capitán de la milicia, los doce consejeros y los ocho de la guerra: estos hombres forman la magistratura ... Primero entré en la gran sala, quitándome el sombrero para saludar. Nadie me reconoció, todos me tomaron por algún noble al que el señor Strozzi hubiera encargado la dirección de la defensa de la ciudad. Sintiéndome débil, entré en la sala pequeña, seguido por todos los capitanes y oficiales, que se quedaron de pie junto a la puerta. Me senté al lado del capitán de la milicia, en la silla reservada para el representante de la ley. Sonreí ora a uno, ora a otro, con el sombrero en la mano. Todos se mostraron asombrados al ver que me sentaba, y dos de ellos empezaron a decir lo que pensaban al respecto, pero yo inicié un discurso en italiano en el que dije lo siguiente:

“Caballeros, me han dicho que cuando llegó la noticia de que el enemigo había traído su artillería, se produjeron entre vosotros ciertos desacuerdos que demostraban más bien ansiedad y miedo que firme determinación de defender vuestra ciudad y vuestra libertad con la espada. Esto me pareció extraño, y me sorprendió tanto que apenas podía creerlo. Sin embargo, finalmente decidí acudir con los capitanes de las tropas de las tres naciones que el Rey ha destacado en esta ciudad para reunirme personalmente con vosotros y saber qué hay de cierto en los rumores que corren. Ahora, caballeros, os ruego que reflexionéis y sopeséis muy cuidadosamente el consejo de esta reunión a la que habéis

sido convocados, pues de la resolución que tome este Consejo dependen el honor, la grandeza, el poder y la seguridad de vuestro estado, vuestras vidas y la conservación de vuestra antigua libertad, o, por el contrario, puede traer deshonor, censura y vergüenza eterna para vuestros hijos e ignominia para vuestros antepasados, que os dejaron una herencia magnífica, que siempre fue defendida con la espada contra los expoliadores. Ahora tenéis la oportunidad de mostrar a toda la cristiandad que sois dignos hijos de vuestros antepasados, que tantas veces lucharon para conservar vuestra libertad. ¿Es realmente posible que los corazones sieneses, estos fieles corazones sieneses, sientan terror al oír hablar de artillería? ¿Es posible que os sintáis intimidados? No puedo creer tal cosa de vosotros, que habéis mostrado tanto valor. No puede ser debido a falta de amistad o de confianza respecto al Rey Cristianísimo; y tampoco puede ser que desconfiéis unos de otros a causa de los diferentes partidos políticos de vuestra ciudad, pues nunca he oído que estuvierais en desacuerdo; al contrario, siempre os he visto unidos en los momentos en que se trataba de conservar vuestra libertad y autonomía. Siempre os he visto decididos a morir con las armas en la mano antes que dejaros robar vuestra libertad ... No os falta el valor, pues nunca hemos realizado una incursión militar sin que uno de vuestros jóvenes se distinguiera incluso entre los soldados más veteranos y experimentados. No puedo imaginar que un pueblo capaz de tales cosas pueda perder el valor ante el estruendo de los cañones –que son más ruidosos que peligrosos- ni que semejante pueblo esté dispuesto a venderse como esclavo a esa nación insoportable que son los españoles o a los viejos enemigos que tiene entre sus vecinos. Por lo tanto, como esto no puede reflejar vuestro verdadero carácter, debe ser culpa de mi persona, que tengo el honor de ser el representante de vuestro amigo y protector el rey de Francia. Quizá habéis pensado que no tengo la salud y la resistencia necesarias para soportar los ataques del enemigo, que mi grave enfermedad me ha debilitado demasiado; pero podéis estar seguros de una cosa: la fuerza bruta no lo es todo. El gran capitán de Lève, gotoso y débil, ganó más batallas desde su silla que cualquier otro de nuestra época montado a caballo ...

‘Caballeros, estoy convencido de que sois conscientes de vuestra fuerza y de que mereceríais una vergüenza eterna si vuestra decisión fuera otra que la de defenderos sin contar las pérdidas que ello pueda suponer ...



El sector urbano conocido como de la «Ciudad», con el Ayuntamiento y el Mercado, visto a primera hora de la mañana desde Sant'Agostino

‘ ... Ahora os pido que unánimemente toméis una determinación que sólo hombres valerosos de vuestro calibre pueden tomar: morir con las armas en la mano antes que veros desposeídos de vuestra soberanía y vuestra libertad. Todos nosotros, yo mismo y todos los jefes y oficiales que veis aquí, juramos por Dios que estamos dispuestos a morir con vosotros, como se ve’, como se verá cuando llegue la hora, sin buscar nuestro provecho, ni beneficio económico, ni nuestra comodidad – pues podéis ver que estamos soportando el hambre y la sed en estos momentos-, sino sólo porque es nuestro deber y para cumplir el juramento que hicimos, de modo que se pueda decir –y vosotros seréis testigos de ello- que fuimos los que defendieron la libertad de esta ciudad y que la posteridad nos conozca como los protectores de los sieneses.’

“A continuación me levanté y dije al intérprete alemán que prestara atención a lo que iba a decir para poder repetírselo al capitán Reincroc y a sus oficiales. Luego me dirigí a los oficiales presentes diciendo: ‘Signore mei e tratelli, giuramo tutti e promettiamo innazi Iddio che noi moriremo tutti l’arme in mano con essi loro per aiutarli a diffendere lor sicurezza e libertà, e ogni uno di noi s’obblighi per gli suoi soldati; e álzate tutti le vostre mani’. Todos los hombres levantaron la mano. El intérprete lo repitió al capitán, que enseguida alzó también la mano, y tras él todos sus oficiales, gritando: ‘Io, io, huerlic!’ (alemánico: ‘Jo, jo, herrlig’), y los otros gritaron: ‘Oui, oui, nous promettons!, cada uno en su lengua ...”

Sobre el bombardeo de Siena Sozzini escribe:

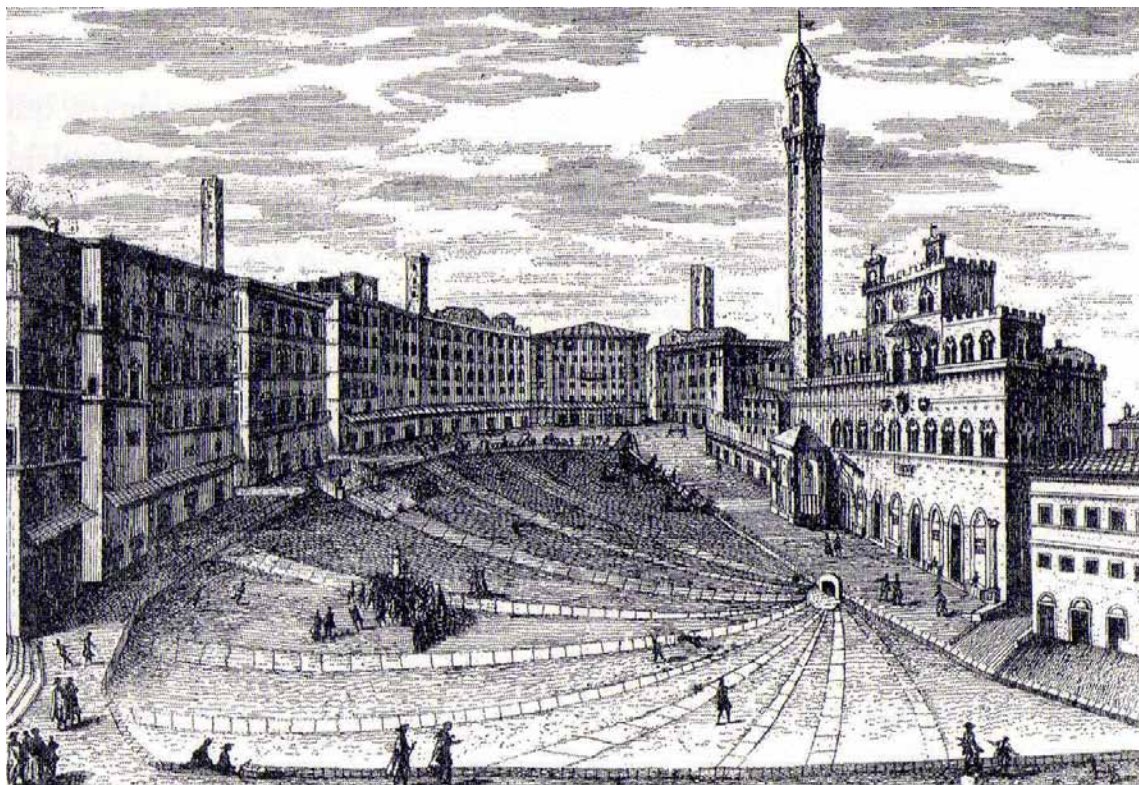
“... Durante aquella misma noche todos los soldados que estaban cerca de Porta d’Ovile oyeron ruido de ruedas de pesados carros de artillería que avanzaban hacia Poggio di Ravacciano. Los centinelas que hacían la ronda de las murallas preguntaron a los soldados qué podía ser aquel ruido. Los soldados contestaron que creían que unos veinte cañones pesados se habían trasladado a Poggio y los habían instalado en posición en la trinchera, en la que ya había veinte de estos cañones. Se supuso, por lo tanto, que al día siguiente habría un bombardeo aún más intenso que el anterior, y todos los hombres montaban guardia con el arma en la mano. A medianoche salió la luna y muchos jóvenes fueron al baluarte de San Lorenzo para ver si se estaban cavando nuevas trincheras, pero no pudieron distinguir nada. Finalmente apareció la roja aurora y todo el mundo estaba despierto esperando oír en cualquier momento el ruido de los cañones, pero todo se mantuvo en silencio. Cuando por el este salió el sol se pudo ver que las aberturas practicadas en las trincheras para las bocas de los cañones estaban vacías, pues el ejército imperial había trasladado la artillería a Croce dell’Osservanza; al verlo todo el mundo dio un suspiro de alivio.

“Cuando el sol estuvo más alto los franceses enviaron hombres a la trinchera para que efectuaran un reconocimiento: no encontraron ni soldados ni artillería. El ruido que habían oído los centinelas y que creyeron que era de cañones que llegaban resultó ser, por el contrario, el ruido de cañones que trasladaban a otro sitio ... Visto lo cual, los oficiales dieron permiso a todas las compañías sienesas para que abandonaran sus puestos y se tomaran un descanso, ya que todos estaban cansados después de estar de servicio día y noche. Esta orden complació a los hombres, y a mí particularmente”.

Sozzini prosigue:

“Aquel día, hacia mediodía, muchos jóvenes sieneses se reunieron en la gran Plaza (el Campo), se quitaron sus pesadas ropas y, vestidos con jubón, bailaron una elaborada danza en corro que llenó más de la mitad de la plaza. Después eligieron a dos jefes, se dividieron en dos bandos y jugaron un maravilloso juego de pelota durante dos horas o más. Todos los oficiales franceses estuvieron mirándolo, asombrados por nuestras locuras; pues ayer la ciudad era bombardeada y hoy jugábamos a pelota.

“El cocinero de los centinelas, Bernino, un joven valiente, había hecho prisionero tres días antes a un joven noble español que llevaba una bella chaqueta. De pronto se le ocurrió una idea: fue a buscar al prisionero, hizo que se quitara el uniforme y se quedara vestido con el jubón con su faja roja y le dejó tomar parte en el juego de pelota. Fue el más admirado, pues era muy ágil y corría y saltaba más que nadie. Al terminar el juego, sonó la trompeta y cada cual fue a su barrio, y entonces se organizó un gran combate de boxeo. M. de Montluc, el gobernador, estaba tan entusiasmado que casi lloró y dijo a los jugadores que eran los muchachos más valientes que había visto nunca. A lo que algunos de ellos respondieron: ‘¡Imaginad cómo podemos golpear al enemigo, nosotros que somos capaces de luchar de este modo y después, por la noche, volvemos a ser todos amigos!’. Cuando terminó el boxeo, se oyó la llamada: ‘¡A la guardia! ¡A la guardia!’. Inmediatamente abandonaron la plaza, fueron a buscar sus armas y cada hombre regresó a su puesto ...”



El Campo según un grabado del siglo dieciocho. Museo Civico, Ayuntamiento, Siena

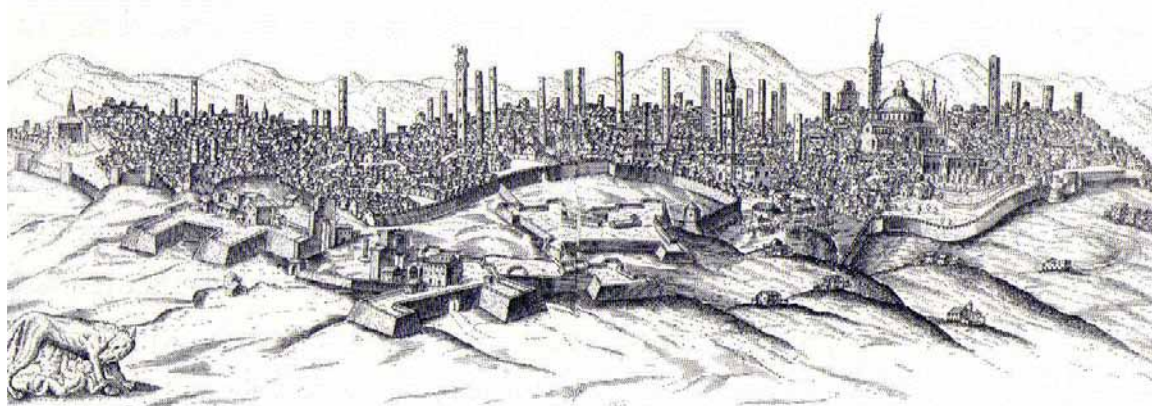
Los sieneses habían prolongado el recinto de las murallas de modo que la ciudad no se encontrara directamente expuesta al fuego de los cañones. De vez en cuando Montluc había pensado en aprovechar este hecho para atraer al enemigo a una emboscada, induciéndolo a entrar por una de las puertas al espacio abierto entre las murallas y el foso interior para cortarles después el paso con el fuego de la artillería y atacarlo finalmente desde todos lados con picas, alabardas y espadas. A este respecto Montluc escribe:

“... Al atardecer el marqués apostó su artillería en una pequeña colina situada entre Porta Ovile y el monasterio de la Osservanza. Esta posición nos puso a mí y a mi plan secreto en un aprieto, pues en la Porta Ovile hay una barbacana bastante larga y las casas de la ciudad están casi en contacto con ella, separadas sólo por la anchura de la calle, y por lo tanto no hay espacio para construir una trinchera sin derruir al menos cien casas. Era reacio a hacer tal cosa, pues podría crear hostilidad entre los nuestros, ya que el pobre ciudadano que tiene que contemplar como arrasan su casa es probable que pierda la paciencia ... ¡Pero hay que ver el comportamiento ejemplar de esta gente!

Lo describiré para que sirva de modelo a la posteridad y para todos los que valoran su libertad. En vez de mostrar enfado o tristeza por la demolición de sus casas, los desafortunados habitantes fueron los primeros que se pusieron a trabajar y todos echaron una mano. Nunca hubo menos de cuatro mil almas en aquel lugar, todas colaborando afanosamente en la demolición. Y algunos aristócratas sieneses me indicaron a varias damas nobles que llevaban cestos en la cabeza. Nobles damas sienesas, mientras el libro de Montluc exista nunca dejará de hacer vuestro elogio, pues en verdad, si alguna vez ha habido mujeres dignas de eterna fama, son las mujeres de Siena.

“Cuando el pueblo de Siena hubo tomado su espléndida decisión de defender su libertad, las mujeres de la ciudad inmediatamente se dividieron en tres grupos. El primero estaba dirigido por la señora Forteguerra. Iba vestida de color violeta, como todas sus seguidoras, con vestidos cortos como ninfas y mostrando hasta las rodillas las cintas entrecruzadas en sus piernas. El segundo grupo lo dirigía la señora Piccolomini, vestida de rosa brillante, al igual que las otras mujeres de su compañía. La tercera división estaba al mando de la señora Livia Fausta, vestida, como todas sus mujeres, de blanco y llevando una bandera blanca. Cada bandera llevaba inscrita una bella divisa, y hoy daría cualquier cosa para poder recordar esas palabras.

“Aquellas tres compañías, que en total sumaban tres mil mujeres, estaban compuestas tanto por aristócratas como por gente del pueblo. Sus armas eran picos, palas, cestas y haces de leña. Pertrechadas de esta manera, se pusieron a construir las fortificaciones. Monsignor de Termes, que a menudo ha contado esta historia (pues en aquella época yo todavía no estaba en Siena), me ha asegurado que nunca había visto un espectáculo tan hermoso. Más adelante vi sus banderas. Cantaban una canción que habían compuesto en honor a Francia; sacrificaría con gusto mi mejor caballo para poder citar aquí la letra de esta canción.



*Vista de Siena desde el norte, con las fortificaciones construidas en la época del asedio.
De un grabado del siglo dieciséis. Museo Cívico, Ayuntamiento, Siena*

“Y ya que escribo el elogio de estas mujeres, quiero hablar de una que, aunque era hija de gente humilde, debería figurar en el más alto puesto de honor para que todos los que vengan después puedan admirar el valor y la virtud de esa joven sienesa. Durante el tiempo en que ostenté la autoridad suprema en Siena, ordené que todo hombre que no hiciera su turno de centinela fuera castigado. Y sucedió que la dicha muchacha vio que uno de sus hermanos, al que le tocaba hacer guardia, no podía ir y por lo tanto sería castigado. Así pues, se puso el yelmo de su hermano, sus botas y su collar de piel de búfalo, se echó su alabarda al hombro y con este atavío ocupó su lugar en la guardia. Cuando pasaron lista contestó en su nombre y después hizo su ronda toda la noche, no siendo reconocida hasta que empezó a despuntar el alba. Los otros soldados la acompañaron a su casa con grandes honores, y después de la comida el señor Cornelio me la presentó”.

Como las reservas de alimentos estaban agotándose, se decidió de nuevo que todos los que no podían tomar parte en la defensa de la ciudad la abandonaran. Sobre esto Montluc escribe:

“ ... No podían ponerse de acuerdo sobre qué personas debían considerarse ‘bocas superfluas’, pues una persona quería conservar a un hombre y otra quería conservar a otro. Por consiguiente, me eligieron gobernador con autoridad suprema durante un mes. Durante ese tiempo ni el capitán del pueblo ni el magistrado dieron ninguna orden: sólo yo tenía el rango y la dignidad que en los tiempos antiguos tenían los dictadores romanos. Nombré seis comisarios para que hicieran una lista con los nombres de las personas superfluas, y se encargó a un caballero de San Juan de Malta, junto con veinticinco o treinta soldados, que sacara a esas personas de la ciudad. Todo esto tuvo lugar tres días después de que yo diera la orden. Si no tuviera como testigos de lo que digo a los propios sieneses y a los oficiales del Rey que estaban destacados conmigo en la ciudad, no escribiría este informe por miedo de que me llamaran mentiroso; pero lo que escribo es absolutamente cierto. Os aseguro que el número de ‘bocas superfluas’ era de más de 4.400 almas. De todos los sufrimientos y espectáculos penosos que he visto, éste fue el peor, y creo que nunca volveré a ver nada comparado con ello. El amo fue obligado a abandonar a su viejo y fiel sirviente, la señora a su doncella, por no mencionar siquiera a las innumerables pobres almas que vivían del trabajo de sus manos. El llanto y el dolor del éxodo duraron tres días enteros: todas aquellas desdichadas personas tenían que pasar a través de las líneas del enemigo, que las obligaba a volver hacia las murallas de la ciudad, y para ello el campamento estaba en armas día y noche, pues arrojaban a los exiliados a los pies de la muralla, tratando de obligarnos a dejarlos entrar de nuevo a fin de que nuestras reservas de comida se agotaran antes. El enemigo esperaba de este modo suscitar la compasión de la ciudad por sus antiguos sirvientes y criadas; pero fue en vano. Esto duró ocho días. La gente no tenía otra cosa que comer más que hierbas, y más de la mitad sucumbieron o fueron muertos directamente por el enemigo. Sólo unos pocos lograron escapar. Entre los exiliados había un gran número de muchachas y jóvenes hermosas. A éstas el enemigo las dejó pasar a través de sus líneas, pues por la noche los soldados españoles las iban a buscar para sus propios fines, aunque esto se hacía sin el conocimiento del Marqués, pues, de haberlo sabido, habrían perdido la vida. Algunos hombres fuertes y vigorosos consiguieron escabullirse en la oscuridad, pero estos no representaban ni una cuarta parte del número total, y todos los demás murieron. Así son las leyes de la guerra: si uno quiere superar al enemigo debe ser cruel. En verdad, Dios debe ser muy misericordioso con nosotros, los hombres de guerra, que hacemos tanto mal”.

En marzo de aquel mismo año, Sozzini escribe:

“Los ánimos estaban en su nivel más bajo, pues era evidente para cualquiera que quisiera enfrentarse a los hechos que la ciudad iba hacia una catástrofe terrible. Que se supiera, en la ciudad sólo había pan suficiente para llegar al 20 de aquel mes. En todos los monasterios los monjes y las monjas ya se estaban muriendo de hambre, pues el monasterio de la Osservanza ya no podía proporcionarles alimento y todos estaban a punto de morir. La gente todavía conservaba en el corazón un destello de esperanza y de fe en la bondad de Dios Todopoderoso, y creía en la intercesión de su gloriosísima Madre, la Virgen María, Nuestra Señora, intercesora y protectora. Por consiguiente, y tal como ocurrió muy a menudo en el pasado, la magistratura decidió depositar las llaves de la ciudad bajo la custodia de Nuestra Señora, con todo el ceremonial que los ancianos de la ciudad consideraron adecuado. Se pidió a los ciudadanos que se perdonaran mutuamente las ofensas y que, a la vista de los extremos a los que las disputas partidistas habían llevado a la ciudad, dejaran a un lado toda idea de venganza y encomendaran sus almas a Dios, suplicándole que en su misericordia infinita –y no por ningún mérito de los hombres- preservara a su ciudad de la destrucción y la aniquilación que la amenazaban ...”



*La magistratura ofrece las llaves de la ciudad a la Madonna del Voto en la Catedral.
 Al fondo, el altar mayor con la pintura de Duccio di Buoninsegna.
 Miniatura de la cubierta de un libro de contabilidad municipal (biccherna)
 del año 1483. Archivo di Stato, Siena*

“El domingo 24 de marzo, la víspera de la fiesta de la Anunciación, el clero, el capitán de la Milicia, los abanderados y todos los funcionarios de la ciudad se dirigieron a la catedral, sin fanfarria ni trompetas. Iban cubiertos de capas violetas, con el estandarte de Nuestra Señora y, en una bandeja de plata, las llaves de la ciudad. Una vez llegados a la catedral, renunciaron humildemente a sus asientos habituales en las tribunas y se sentaron en el coro bajo la capilla de la música. No sonó ningún coro ni música de órgano. Cantó la misa el reverendo canónigo Bernardino di Girolamo Maccabruni. Después de la misa, el Consejero principal ofreció la bandeja de plata que contenía las llaves de la ciudad a la gloriosa Virgen María, Protectora de la ciudad de Siena, con palabras reverentes que, en aras de la brevedad, no voy a repetir aquí ...”

Ante la situación desesperada en que se encontraba Siena, el Consejo decidió entablar conversaciones con el enemigo, Sozzini escribe al respecto:

“El 29 de marzo, a las cuatro de la tarde, el señor Alessandro Guglielmi salió de Siena llevando una carta y con plenos poderes para negociar con el enemigo de acuerdo con la decisión del Senado. Aquel mismo día unos cuantos labradores y gente del campo cuyos nombres estaban en la lista de personas indeseables también salieron de la ciudad. No lejos de ella los soldados imperiales los apresaron, les cortaron la nariz y las orejas y los enviaron de vuelta a la ciudad, advirtiéndoles de que si volvían a salir los colgarían ...”

“El 3 de abril del ejército imperial reanudó el bombardeo con muchos cañones, con lo que demostró que no había retirado la artillería. Hasta aquel momento nadie había entrado en la ciudad: no llegaban noticias y no se sabía nada del embajador florentino. Pasaba el tiempo y el pan se terminaba, no se podía conseguir ni siquiera pagando un alto precio. Los habitantes estaban desesperados. Muchos de mis amigos, cuando les preguntaba cómo estaban, respondían: ‘Mi vida se está acabando’.

“Al no quedar prácticamente nada de pan en el Hospicio de Santa Maria della Scala, los huérfanos no podían seguir viviendo: todos los días morían de hambre unos cuantos. Se decidió, por lo tanto, dejarles salir para que fuesen a llamar a las puertas de la nobleza pidiendo, por el amor de Dios, un mendrugo de pan. Y era cosa cierta que antes de que se decidieran a hacer tal cosa todas las reservas de alimentos se habían agotado e incluso habían vendido los vestidos que les cubrían la espalda. La magistratura no hizo nada para remediar esta situación, por lo que la gente temerosa de Dios preveía que de semejante injusticia se seguiría la destrucción y la caída de la ciudad ...

“El 15 del mismo mes, como el pan faltaba en todas las parroquias (y ya ni siquiera se podía conseguir con dinero), los pobres tenderos no quisieron hacer más guardias. Se juntaron ante el ayuntamiento gritando que se estaban muriendo de hambre y que nadie debería sorprenderse si hacían algo desesperado. Como los distribuidores de alimentos temieron que se produjeran disturbios, reunieron a los tenderos y les autorizaron, en cada parroquia, a entrar en las casas cuyos residentes fueran sospechosos de acaparar trigo y harina; si encontraban comida escondida que no se hubiera notificado, tenían que confiscarla; pero por la comida no escondida que sólo se hubiera dejado de notificar, debían pagar a razón de 20 liras la media fanega. Para evitar cualquier posible oposición iban acompañados por dos guardias. Se pusieron manos a la obra y descubrieron alimentos escondidos, que confiscaron, y también comida que no había sido notificada al Consejo, que también requisaron, pagando el precio convenido. Después de esto se tranquilizaron un poco. En cada parroquia se hicieron panes de 6 a 8 onzas que se pagaron a 14 *quattrini*.

“El 16 de aquel mismo mes el fuerte de Montalcino transmitió señales de fuego de diversas formas durante toda la noche, y la Torre del Ayuntamiento respondió; pero nadie supo nunca qué significaban aquellas señales.

“El 17 de aquel mismo mes los soldados ya no tenían pan, ya que muchos de los que habían prometido suministrar cada día cierta cantidad no cumplieron su promesa. En vista de ello, Messire Montluc sacrificó su gran caballo, que valía cien ducados, y distribuyó su carne entre los soldados ...”

“El 17 de abril de 1555 se completaron las negociaciones entre el embajador sienés y el delegado de Carlos V. Se acordó que Siena aceptaría la protección y la autoridad del emperador; éste, por su parte, se comprometía a no construir ninguna fortaleza en Siena. El ejército francés abandonaría la ciudad con todos los honores militares.

El 21 de abril los franceses salieron de Siena por la Porta Romana, acompañados de un gran número de ciudadanos que habían decidido no renunciar a su libertad y habían elegido Montalcino para fundar una república sienesa independiente. Recordando esa multitud hambrienta de hombres, mujeres y niños que habían escogido el exilio, Montluc escribe:

“Nunca en mi vida he visto un éxodo más desolado. No pude retener las lágrimas ante aquella triste visión y lloré amargamente por el destino de aquella gente que lo arriesgaba todo con tanta devoción y fidelidad para conservar su libertad”.

El asedio había tenido el efecto de reducir la población de 40.000 a 8.000 almas. Pero los sieneses, con su insuperable vitalidad, no renunciaron a recibir a su conquistador, el marqués de Marignano, con festivo esplendor. Las mujeres se vistieron con sus mejores galas y colgaron telas de brocado de sus ventanas. Encima de la puerta exterior de Camollia se grabaron las palabras: *Cor magis tibi Siena pandit* (“Siena te abre aún más su corazón”).

Sozzini escribe:

“Antes incluso de que las tropas francesas hubieran abandonado la ciudad, entraron tres batallones de soldados imperiales, uno español, uno alemán y uno italiano, cada uno con siete estandartes. Reunidos en la gran plaza [el Campo] lanzaron al unísono un gran grito de júbilo. En el mismo momento las campanas de todas las iglesias y del Ayuntamiento respondieron con un alegre repique. Entonces apareció el marqués de Marignano con muchos oficiales y jefes y una espléndida escolta de alabarderos alemanes. Todos entraron en la catedral para oír misa, tras lo cual el marqués cabalgó hasta el palacio Papeschi, en el Largo Chiasso. Como, por inadvertencia, la bandera del rey de Francia todavía ondeaba en la catedral, los españoles dieron muestras de enfado y amenazaron con romperla, pero el maestro albañil, al verlo, inmediatamente hizo que la quitaran y la escondieran.

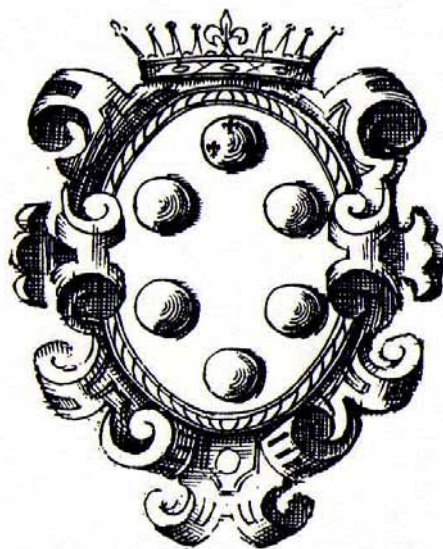
“Cuando las tropas imperiales se hubieron instalado en Siena, apareció en el Campo tan gran número de acémilas cargadas con vituallas que uno sólo podía mirarlas asombrado: grano, vino, pan, carne fresca y salada, y huevos. Y aunque todo costaba mucho dinero, casi parecía, por comparación con los últimos cuatro meses, que la mercancía era muy barata, casi regalada ... Más rápidamente que un torbellino limpia de basura una calle, limpiaron aquellos pobres sieneses hambrientos el Campo de todas aquellas provisiones; y al mismo tiempo aligeraron sus bolsas y empezaron a estar alegres ...

“El 1 de mayo todas las fuentes del Campo, que habían estado secas durante meses, volvieron a manar agua, y esto dio mucha alegría a los ciudadanos”.

Hasta el último momento los sieneses habían esperado la intervención del Papa.

“El tercer día del mes se colgó en la catedral la gran bandera de Marcelo II, el nuevo Papa. Y entonces sucedió algo muy extraño: se acababa de colgar la bandera con una cuerda nueva y fuerte, y el sacristán y yo estábamos a punto de salir de la iglesia cuando oímos un ruido que nos hizo volver atrás: la cuerda se había roto y la bandera estaba en el suelo ... Poco después nos llegó la noticia de que el Papa había pasado a mejor vida. Cuando supimos el día y la hora de su muerte, vimos que era exactamente el momento en que la bandera, rompiendo la cuerda, había caído al suelo”.

Cosimo dei Medici aspiraba a la posesión de Siena. En 1557 reclamó a Felipe II la suma de dos millones de ducados que España le debía por sus servicios en la guerra contra los franceses; y añadió que, si no recibía el dinero, se vería obligado a aceptar ciertas propuestas que le habían hecho los enemigos de los españoles. A Felipe II no le quedó más remedio que ceder a los Medici Siena y todos sus territorios. El 15 de julio de 1557 Cosimo tomó posesión de Siena. Construyó una fortaleza al oeste de la Lizza, donde sigue hoy en día. Los sieneses luchadores por su independencia que habían emigrado de la ciudad para fundar una nueva república en Montalcino se vieron obligados a someterse a Cosimo, al que Pío V coronó como Gran Duque de Toscana en 1570. Así se perdió para siempre la independencia de Siena.



*Escudo de armas de los Medici,
grandes duques de Toscana*

EL PALIO

La incorporación de Siena a un gran ducado, después a un reino nacional, y finalmente a la concepción cada vez más generalizada y abstracta de un estado moderno, iba a dejar insatisfecha para siempre la innata pasión por una política independiente que sentían los sieneses, los cuales, tomando la palabra “política” en su sentido más genuino, tenían un amor ardiente y creativo hacia su *polis*. Esta pasión, profundamente arraigada en lo más íntimo de su ser, sólo podía tener una válvula de escape a través de un retorno, hasta cierto punto al menos, a lo que equivalía a su núcleo original, a la *contrada*, llamada impropriamente barrio de la ciudad, pues sólo es una decimoséptima parte de ella. Cada *contrada* es como una unidad política, aunque las actividades de la comunidad están relacionadas con todo tipo de cosas que no tienen nada que ver con la política tal como se entiende hoy en día.

La división de la ciudad en *contrade*, que antaño eran veintidós, probablemente se remonta a una constitución adaptada a las necesidades de la guerra. Es sabido que en la Edad Media toda la población pertenecía a uno u otro de dos grupos, *los milites* o el *populus*, los caballeros o el pueblo, y que el pueblo, al igual que los caballeros, estaba dividido en corporaciones militares, de las cuales las más importantes representaban las tres divisiones de la ciudad. Es por lo tanto muy posible que las *contrade* todavía existentes en la actualidad correspondan más o menos a los sectores de la ciudad que siempre formaron una unidad militar, aunque estas corporaciones sólo sean claramente reconocibles a partir de la época del Renacimiento, en que adquirieron una forma oficial en los anales de las festividades públicas.

Por otra parte, Siena, a causa de la naturaleza misma del terreno en que se levanta, se divide en tres sectores; es fácil imaginarlos creciendo a partir de una serie de establecimientos aislados. En la alta Edad Media no había al parecer ninguna muralla que rodeara a las partes dispersas de la ciudad, por lo que cada grupo de edificios formaba una especie de fortaleza en sí mismo. Más tarde se estableció la costumbre de que los diversos oficios se instalaran en determinados sectores de la ciudad, como se puede ver al examinar los escudos de armas de las respectivas *contrade*. Por ejemplo, el gusaron de seda (*bruco*) del escudo de armas de la *contrada* de este nombre indica el oficio de los sederos, que se practicaba en aquella parte de la ciudad. Como se ve claramente en la fiesta del Palio, el archienemigo y rival de cada *contrada* es su vecino más próximo, mientras que todas las demás *contrade* más distantes se consideran aliadas. Esta es la ley natural de la política.

La rivalidad entre las diferentes *contrade* encuentra su máxima expresión en la carrera de caballos anual que se conoce con el nombre del Palio y que es al mismo tiempo una ocasión para competir en ostentación, pues esta es la otra pasión de los sieneses: el amor ardiente por la exhibición pública, por el gesto aristocrático, por la magnificencia, pasión que hunde sus raíces en el ambiente medio burgués, medio caballeresco de la antigua Siena; la historia de la ciudad está jalonada por pintorescas fiestas con la regularidad de los mojones de la carretera.

La carrera de caballos del Palio no es una carrera en el sentido habitual de la palabra, pues su objeto no es el triunfo del mejor caballo y el mejor jinete. Los caballos se asignan a cada *contrada* mediante sorteo, y los jinetes, que no son sieneses sino jóvenes procedentes de las zonas de pastos de caballos de la Romagna, son contratados por las *contrade* sólo unos días antes de que se celebre el Palio. La carrera es una especie de ordalía, pero una ordalía en la que se utilizan todo tipo de

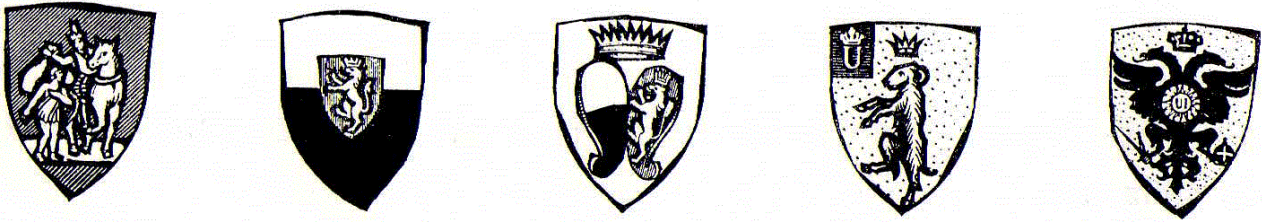
trucos y astucias para favorecer las propias posibilidades de triunfo, de modo que el resultado depende más bien de las intrigas de los contendientes que de la calidad de los caballos.



Visita de una comparsa a una contrada amiga el día de la festividad de su santo patrón.

Las carreras del Palio se celebraron inicialmente –y con toda seguridad a partir de principios del siglo catorce- en la festividad de la Asunción, en honor de la Virgen de Provenzano. Esta imagen estaba antiguamente en posesión de Provenzano Salvani, un jefe político de Siena de la época de la batalla de Montaperto, y hoy se encuentra en la iglesia del mismo nombre. Más adelante, aproximadamente a partir de 1650, la carrera se celebró el 2 de julio, festividad de la Visitación, y aún más tarde se añadió una segunda carrera que tenía lugar el 16 de agosto. En los primeros tiempos la carrera atravesaba toda la ciudad, pero durante los últimos cuatro siglos se ha celebrado en el Campo, y hoy está tan ligada al carácter social de la plaza que todo el Palio aparece como su máxima valoración escénica.

En el Palio cada *contrada* se presenta no sólo con su caballo y su jinete, sino también con las figuras decorativas de su *comparsa*, una espectacular representación con trajes de época, formada por un capitán (*capitano*), dos alféreces (*alfieri*), un portaestandarte (*figurino*), un tambor (*tamburino*), el jinete (*fantino*), el caballerizo (*barbaresco*) y un paje. En el desfile que precede a la carrera, en el que no puede faltar una reproducción del *carroccio*, el carro de guerra de Siena, el jinete monta un caballo de gala, mientras el caballerizo conduce al verdadero caballo de carreras por las riendas. Mientras tanto los alféreces muestran sus habilidades acrobáticas ondeando las banderas al son de los tambores.



*Los escudos de armas de las tres secciones de la ciudad: San Martino, Città y Camollia;
y de dos contrade: Montone (carnero) y Aquila (águila)*

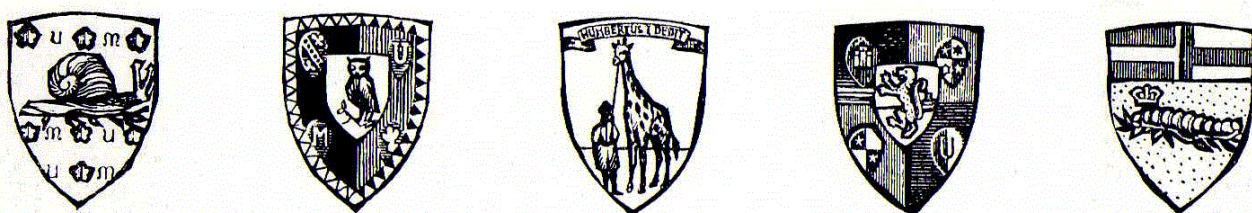


La carrera del Palio en el Campo, al atardecer

La carrera propiamente dicha tiene lugar al atardecer alrededor del Campo, sobre una pista cubierta de tierra; las curvas más cerradas, a derecha e izquierda del edificio del Ayuntamiento, se cubren con colchones, ya que al tomarlas es muy fácil que un jinete salga despedido de la silla.

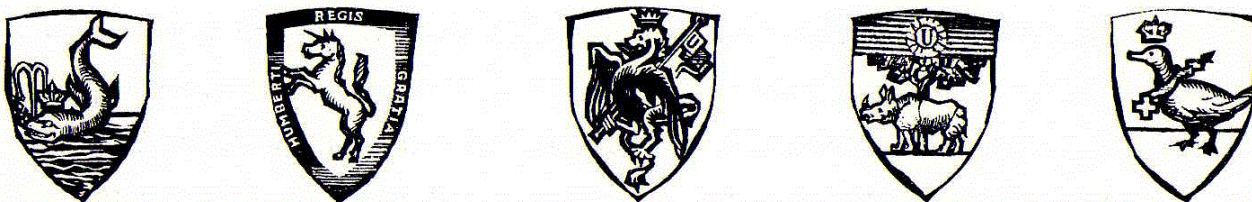
Los vestidos de la *comparsa* se renuevan de vez en cuando, con el resultado de que lo que se escoge como modelo no es el traje del siglo catorce, como cabría esperar, sino el del Renacimiento. Pero la magnificencia de la heráldica en las banderas, estandartes y colgaduras recuerda el esplendor de la antigua Siena.

Además de la *Balzana*, el escudo de armas de la ciudad, dividido horizontalmente en dos campos, blanco y negro, se ven los diecisiete emblemas de las *contrade*, cada uno con su animal particular, enseñas que el rey Humberto I, entusiasta espectador de las carreras, elevó a la categoría de emblemas aristocráticos y que desde entonces ostentan también el emblema de la Casa de Saboya. Cada *comparsa* lleva los colores de su escudo de armas.



Los emblemas de las contrade Chiocciola (caracol), Civetta (lechuza), Giraffa (jirafa), Pantera (pantera) y Bruco (gusano de seda)

Cada *contrada* tiene una sede donde se reúne el consejo encargado de conservar las tradiciones y de hacer los preparativos para el Palio, y donde se muestran los trofeos de anteriores victorias, los vestidos, los tambores y las banderas. Casi siempre se encuentran en ellas pinturas populares que representan victorias memorables, y a veces, exhibido con orgullosa ironía, el casco abollado de algún *fantino* apaleado por los rivales a causa de una victoria obtenida con astucia. Una vez al año se celebra la fiesta del patrón de la *contrada*: se adorna la capilla, se visitan las *contrade* amigas con las banderas desplegadas y al son de los tambores, y se termina la jornada con un banquete en la calle festivamente iluminada.



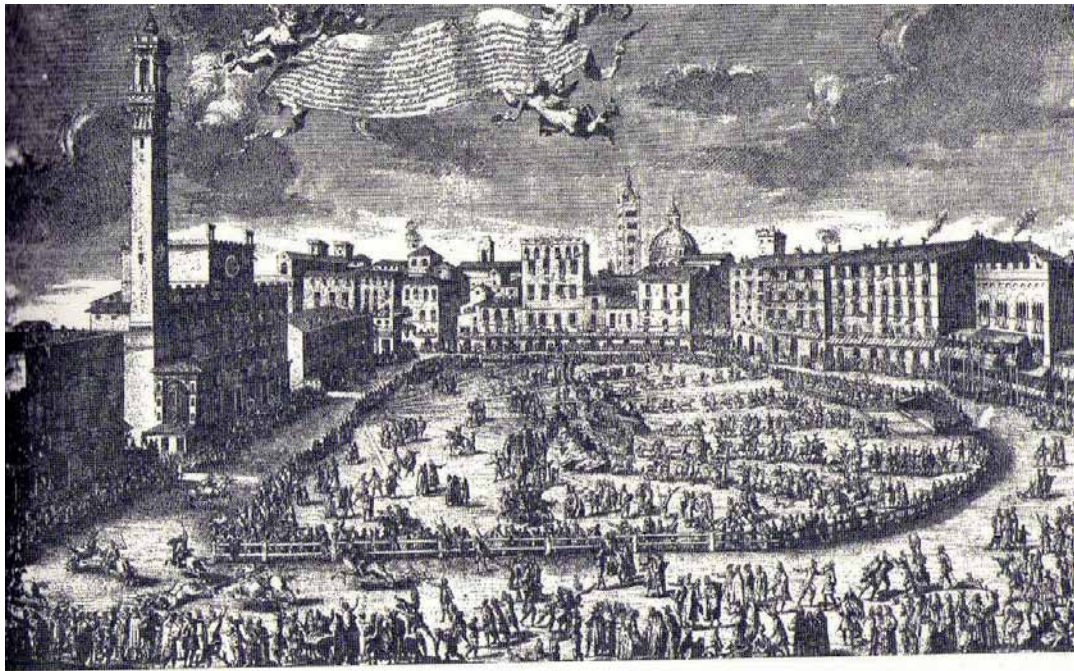
Onda (ola)

Leocorno (unicornio)

Drago (dragón)

Selva (bosque)

Oca (oca)



*Vista del Campo durante la carrera del Palio y el desfile de las comparse el 2 de julio de 1717.
De un grabado contemporáneo impreso por Domenico Rossi en Roma.
Museo Cívico, Ayuntamiento, Siena*

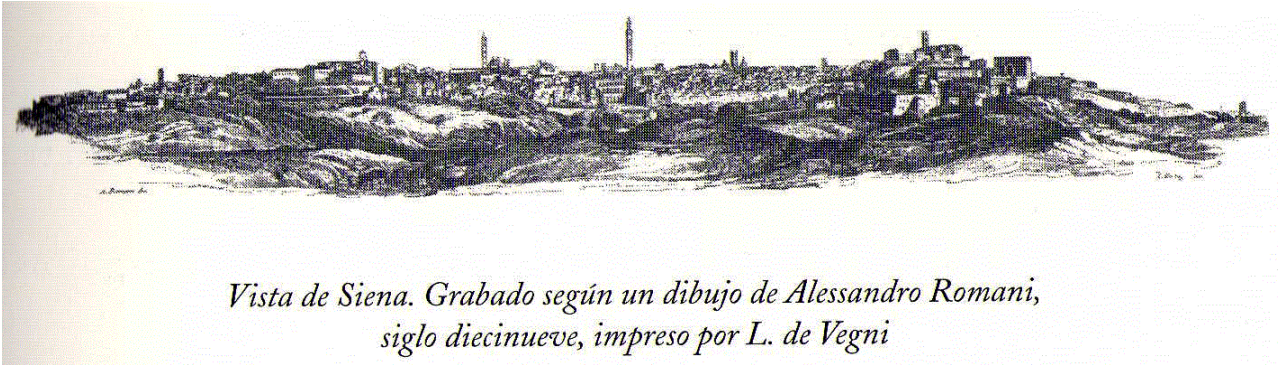
Todo sienés permanece fiel a la *contrada* en la que ha pasado su infancia y cuando se acerca la época del Palio participa apasionadamente en las intrigas dirigidas a sobornar a los *fantini* del enemigo para que retengan a su caballo o hagan caer a uno u otro contendiente con un buen golpe de fusta. En las iglesias se encienden cirios, e incluso en los establos, donde los caballos sorteados son celosamente custodiados y cuidados hasta el día de la carrera, se cuelga una imagen iluminada del santo patrón.

La carrera empieza con una ofrenda votiva a la Santísima Virgen, pues, a pesar de todas las artimañas que se llevan a cabo con tenaz encarnizamiento y festiva astucia, conserva un significado votivo que posiblemente tiene una relación lejana con las carreras de caballos que se celebraban en la antigüedad en honor de alguna divinidad. Los sieneses saben muy bien que de esta manera pueden dar una salida inofensiva a una pasión que de otro modo les agobiaría, y al mismo tiempo satisfacen, de la única manera en que todavía es posible, su anhelo nostálgico de traducir en acto una espléndida expresión estética de su comunidad.

El Palio es la última manifestación popular de una orgullosa ciudad libre.



*Emblemas de las contrade Istrice (erizo), Torre (torre), Lupa (loba),
Nicchio (concha) y Tartuca (tortuga)*



*Vista de Siena. Grabado según un dibujo de Alessandro Romani,
siglo diecinueve, impreso por L. de Vegni*

EPÍLOGO

Las estrechas calles de la antigua Siena no fueron creadas para el tráfico moderno. Si poco a poco se fueran haciendo concesiones a las exigencias modernas, pronto se destruiría completamente el aspecto antiguo de la ciudad y, así, un ejemplo irreemplazable de arquitectura urbana, la única ciudad europea del siglo catorce que se conserva en su perfección original, se perdería irremediabilmente. Por consiguiente, el Ayuntamiento de Siena ha elaborado un plan destinado a proteger adecuadamente las zonas antiguas de la ciudad y a impedir que se construya en las áreas de los jardines situados entre muros y que tanto incrementan la belleza de la ciudad. Este plan prevé una nueva zona industrial y comercial en dirección a la Lizza, así como que el tráfico pesado pase por el exterior de la ciudad antigua y que los automóviles que hoy desfiguran la belleza de las antiguas plazas puedan dejarse en un aparcamiento subterráneo situado bajo la plaza del Mercado. En septiembre de 1953 el proyecto fue presentado a la ciudadanía y aprobado por votación en 1956. Pero su ejecución requiere unos medios superiores a los que dispone la ciudad de Siena. Es de desear que, antes de que sea demasiado tarde, de todas partes de Europa pueda llegar la ayuda necesaria para preservar de la destrucción uno de los más bellos monumentos de la cultura occidental.

FUENTES

S. Bernardino da Siena: *Le Prediche Volgari*; ed. de P. G. Cannarozzi, Florencia, 1934.

S. Bernardino da Siena: *Le Prediche volgari inedite*; a cura del P. Dionisio Pacetti, OFM, Siena, 1935.

S. Caterina: *Epistolario*; a cura di Piero Misciatelli, Siena, 1922

Lorenzo Ghiberti: *Denkwürdigkeiten*; edición alemana de J. von Schlosser, 1920.

Milanesi: *Documenti per la storia dell'arte sienese*; tomos I-IV, Siena, 1854 y 1973.

Blaise de Montluc: *Commentaires*, Burdeos, 1592

Muratori: *Rerum italicorum scriptores*; tomo XI, parte IV: *Cronache Senesi*; a cura di A. Lisini e F. Iacometti, Bologna.

Gentile Sermini: *Novelle*; in *Scrittori nostri*, Lanciano, 1911.

Sozzini: *Diario delle cose avvenute in siena dal 20 iuglio al 28 giugno 1555*, Florencia, 1842.

Tozzi, Federico: *Antologia di antichi scrittori senesi*, Siena, 1913.

Archivos de la familia Bianchi-Bandinelli, Siena.

Todos los textos de las fuentes italianas y francesas utilizadas en este libro han sido traducidos por el autor, excepto el pasaje del *Inferno* de Dante citado en las págs. 45-48.

Las fotografías de la ciudad de Siena y de sus alrededores son obra del autor.
